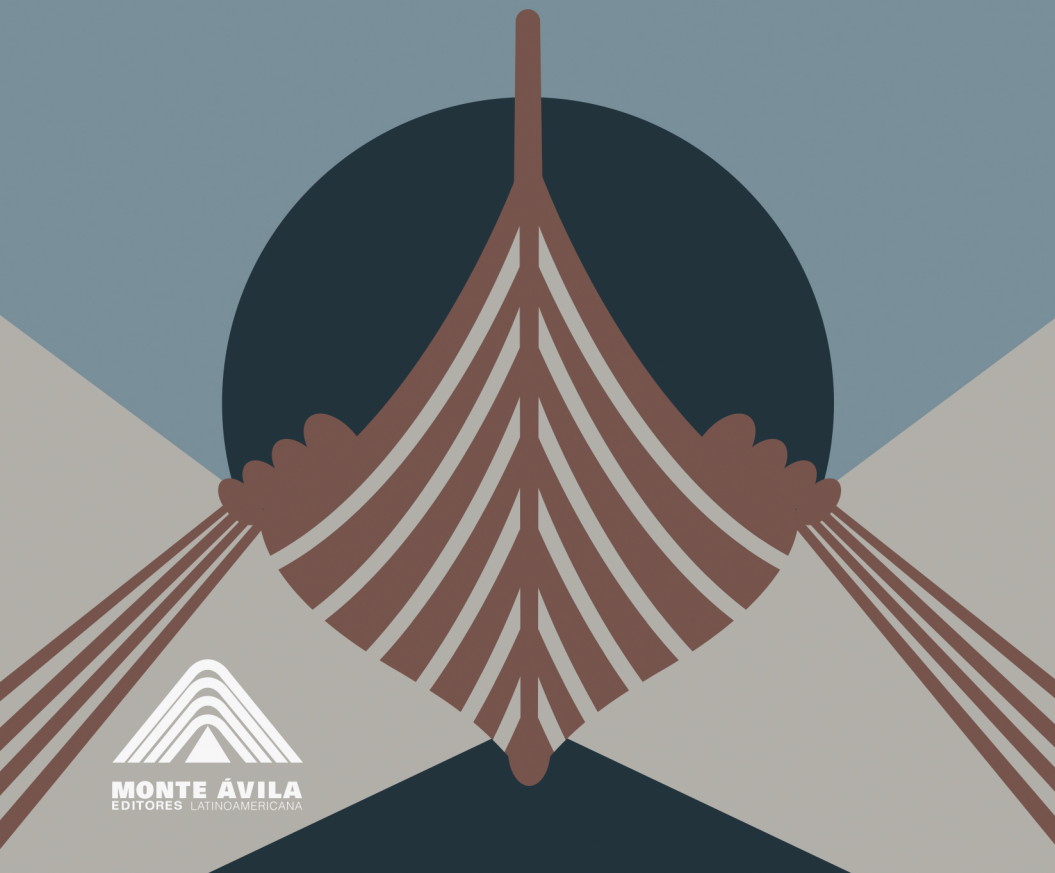
La galera de Tiberio

Crónica del Canal de Panamá

Enrique Bernardo Núñez



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



Enrique Bernardo Núñez (Valencia, 1895 - Caracas, 1964). Periodista, novelista, ensayista, cronista e historiador. Ocupó cargos diplomáticos en Bogotá, La Habana y Ciudad de Panamá. Junto a Manuel Díaz Rodríguez fundó *El Heraldo de Margarita*. Es en esta isla donde concibe *Cubagua* (1931). Su proyecto narrativo lo integran las novelas *Sol interior* (1918), *Después de Ayacucho* (1920) y la que ahora presentamos *La galera de Tiberio* (1938). Destacan también trabajos de corte histórico y biográficos: *El hombre de la levita gris. Los años de la Restauración Liberal* (1942) o *Tres momentos en la controversia de límites con Guayana* (1945). Primer cronista de la ciudad de Caracas, uno de sus textos más entrañables es *La ciudad de los techos rojos* (1947). Premio Municipal de Literatura e Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia en 1948.

COLECCIÓN CONTINENTES

LA GALERA DE TIBERIO
Crónica del Canal de Panamá

Enrique Bernardo Núñez

LA GALERA DE TIBERIO
Crónica del Canal de Panamá

Edición y notas
Alejandro Bruzual

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1.ª edición en Desclée de Brouwer & Co., Bélgica, 1938
2.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026

La galera de Tiberio. Crónica del Canal de Panamá
© Enrique Bernardo Núñez

EDICIÓN Y NOTAS
Alejandro Bruzual

DISEÑO DE PORTADA
Mónica Piscitelli

DIAGRAMACIÓN
Sonia Velásquez

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2026
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58 212) 485.0444
www.monteavilaeditores.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
DEPÓSITO LEGAL: DC2026001747
ISBN: 978-980-01-2696-7

Presentación

Cada grande obra de arte
crea medios propios y peculiares de expresión;
aprovecha las experiencias anteriores,
pero las rehace, porque no es una suma,
sino una síntesis, una invención.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Enrique Bernardo Núñez comenzó a escribir *La galera de Tiberio* en Panamá, apenas concluyó la primera versión de *Cubagua*, en 1930 (si bien indicó en ambas que había sido un año más tarde), y la terminó en 1932, en la mesa de Guanipa, estado Anzoátegui. Era su cuarta novela y el trabajo más híbrido y complejo, en términos literarios, que realizara en su vida. Fue, además, su última obra narrativa completa, ya que a partir de entonces se dedicaría al periodismo, la crónica citadina y la historia. Hay que destacar que esta es una de las pocas obras, si no la única, en toda la historia de la narrativa continental, cuya acción se desarrolla, además de en Venezuela, también en Colombia, Cuba y Panamá, países donde se desempeñaba entonces como secretario de las legaciones diplomáticas.

Abundan las razones por las cuales *La galera de Tiberio* ha permanecido prácticamente desconocida, incluso en Venezuela, donde debería haberse destacado por la peculiaridad de su factura y su condición innovadora sin precedentes ni, una vez más como *Cubagua*, tampoco herederos. A este silenciamiento contribuyó el autor, cuando, una vez impresa en la ciudad belga de Brujas en 1938, destruyó casi todo el

tiraje apenas recibido en Nueva York, negándolo como hecho publicado. Esto convirtió la novela en una obra que, a la vez, estaba ya editada, pero no existía, si bien marcó una operación de escritura en un momento definido, de la cual apenas se supo, convirtiéndose en una curiosidad y un misterio para el medio literario local. No son claros los motivos de este acto performativo (que luego incorporó como nota al pie en una de las versiones intervenidas), ni se explica la cercanía temporal entre las decisiones de editarla, con sus propios recursos, y destruirla de inmediato. En realidad, como acto radical de autoagresión, sintomatiza la crisis textual que experimentó el autor durante su escritura, correlato de la situación sociopolítica del momento, que por igual cifraba tanto una angustia ética como política. Nunca llegó a congraciarse con ella, pues la corrigió compulsivamente hasta el final de su vida, lo que expresa, más bien y de manera paradójica, que la imposibilidad de totalidad constituía precisamente su sentido. En todo caso, al hacer «naufragar» la novela –como confesó a su hija Carmen Elena, años más tarde–, transformó esta edición en una última galerada rechazada.

Poco después de su muerte, un comité editorial designado por la Universidad Central de Venezuela hizo un intento fallido de incorporar los cambios acumulados en uno de los ejemplares supervivientes de la primera edición, con la aspiración de ofrecer una versión definitiva. Sin embargo, los cambios no eran del todo legibles y muchos de ellos adolecían de anclajes en el texto, como dejaron constancia los propios miembros del comité en sus materiales de trabajo. Aun así, salió publicada por dicha universidad en 1967, sacrificando aspectos fundamentales para la comprensión de la trama y debilitando su ecuación estética. En efecto, quedó vaciada de su contenido político y disidente, así como de su inquietante carga vindicativa, de la que se sirvió para denunciar la sordidez

de la diplomacia continental de esos años. En realidad, se convirtió en una versión apócrifa que no logró despertar la atención de la crítica. Lectores acuciosos de su momento, como Orlando Araujo, no le encontraron sentido sin poder compararla con la primera edición, que seguía en la clandestinidad. Desafortunadamente, la versión «corregida» fue la que se incluyó en la antología de su obra publicada por Biblioteca Ayacucho, en 1986. Una vez más, hubo reacciones negativas quedando al margen de casi toda la revisión literaria que desde entonces se ha avanzado sobre el catálogo de Núñez, cuando no, provocando una visión incompleta y desproblematizada de la obra. Sin embargo, ya Casa de las Américas, en La Habana, había reeditado precisamente el primer escrito en 1978, bajo el cuidado de Domingo Miliana, quien había comparado ambas versiones (aunque no tuvo acceso al material corregido), llegando a conclusiones similares, pero corrió también con mala ventura, pues al parecer no circuló por problemas de derechos de autor.

A las consecuencias de este infausto destino editorial se le suma la dificultad que produce su compleja elaboración ficcional, que no tuvo intérpretes adecuados en su momento. Dentro de una trama con sentido lineal, se presentan cuatro largos relatos autónomos intercalados, con sus propios narradores, cuya articulación a la acción central no siempre es del todo evidente. Del primero, sobre la galera y el anillo de Tiberio, se desprende el título del libro; mientras que otro, una curiosa historia del futuro, llevó al crítico literario Julio Miranda a afirmar que esta novela era la primera obra de ciencia-ficción en Venezuela. Por otra parte, la misma narración principal se muestra como una suerte de *collage*, de montaje en el sentido cinematográfico, de colcha de textualidades, que incluye cables de prensa, narraciones orales, citas de otros escritos, cables de asociaciones de noticias internacionales,

crónicas sociales periodísticas, extractos de libros, dedicatorias, poemas, letras de canciones, etc.

A diferencia de la prosa poética de *Cubagua*, el estilo de ésta resulta más rudo y directo, consecuente con su voluntad crítica, si bien recoge el sentido oracular cifrado en la novela anterior sobre el proyecto neocolonial alrededor del petróleo, concebido como una confabulación entre los altos estamentos sociales antinacionalistas y un gobierno corrupto, expuestos a las manipulaciones de las empresas mineras extranjeras. En todo caso, en *La galera de Tiberio* Núñez hace un análisis pesimista de las posibilidades de cambio en todo el continente, naciones asediadas por dictaduras violentas y bajo el dominio continental de las grandes potencias, lo que cifra en un barco fantasma –la galera de Tiberio– que va tras las naves de guerra norteamericanas que surcaban amenazantes las aguas del Caribe en esos mismos días. Hacía coincidir, así, trama y momento de la escritura, y acercaba «su vida» de diplomático al acto literario, tomando como modelo a personajes de su entorno circunstancial, muchos de los cuales todavía son reconocibles.

El aspecto central de su propuesta está cifrado en términos metanarrativos, en particular, alrededor del protagonista Pablo Revilla, revolucionario internacionalista venezolano. Luego de participar en la revuelta estudiantil caraqueña de 1928, vive la experiencia traumática de la matanza obrera en Ciénaga, a pocos kilómetros de Santa Marta, en manos del ejército colombiano, en diciembre de ese año, instigada por una compañía bananera norteamericana. En ese momento de la acción, el narrador asume su omnisciencia para relatar que el militar responsable de la tragedia –llamado en la «vida real» Carlos Cortés Vargas– había decidido escribir su versión de lo acontecido embelleciéndolo con el «arabesco» estético, que «le hacía olvidar todo, hasta la sangre vertida». Núñez

responde a esto con la propia novela, que concibe en contra del falseamiento culpable de la literatura artística, cómplice de la tergiversación de la «verdad», buscando abrir un espacio de enunciación, de denuncia e inscripción histórica de los hechos falseados y borrados por el gobierno colombiano. Así, decide por oposición que la obra aparente una mala construcción, desordenada e incompleta, capaz de dar cuenta del trauma social y popular, enfrentando la opción oficial tergiversadora de los hechos en el terreno de lo simbólico.

Es en este sentido que la novela misma se propone como una voluntaria «literatura imperfecta» –que no «literatura mala»–, anticipándose en décadas al principio fundamental de elaboración social del neorrealismo cinematográfico, y a la propuesta formal del testimonio como literatura, de los años sesenta y setenta en Latinoamérica. La incorporación de estos hechos trágicos a una obra de ficción prefiguraba, en más de treinta años, su inclusión en *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, quien vivió en Venezuela como periodista a finales de los años cincuenta, antes de comenzar a escribir su obra. Por otra parte, *La galera de Tiberio* debe ser considerada la primera novela que trate –así sea casi de paso– la rebelión caraqueña de 1928, convirtiéndose en una clara revaloración de hechos que Núñez, poco antes y durante su residencia en Colombia, había criticado de manera pública y acerba.

Singularmente y con numerosos rasgos autobiográficos, la novela recoge también la inquietud social que caracterizó los años posteriores a la «crisis apocalíptica» de la bolsa de Nueva York –como la califica uno de los personajes–, la Gran Depresión que afectó a todo el mundo occidental. Para ello, se ponen en tensión tres grupos abigarrados de personajes, no plenamente desarrollados y con cierto sentido coral, que funcionan en la trama simbolizando el poder, la subalternidad y las formas de la disidencia. Todos se cruzan en las mancebías

de la Ciudad de Panamá, convertida en un cínico lugar también anfictiónico. El primero está conformado por los diplomáticos continentales, una burocracia decadente y deshonesta que pesa sobre sus Estados fallidos. En el extremo opuesto, un conjunto de prostitutas latinoamericanas, entendidas como resultado de la explotación social, y producto de la miseria y el abandono. Y entre ambos se mueve un friso colectivo de revolucionarios, inspirados en internacionalistas reales que entonces pululaban por el Caribe. Estos van desde el protagonista Revilla, que es de una coherencia ideológica sin partido, hasta políticos de baja laya, conspiradores, aprovechadores ideológicos de precarias condiciones morales, oportunistas de ocasión y falsos propagandistas.

La intrincada elaboración estética de la obra se muestra también en el protagonista y en la enmarañada condición de enunciación. Revilla está concebido como una cadena de alter-egos que termina uniendo a Núñez, como autor-biográfico, con el internacionalista venezolano Pío Tamayo, a quien quizás conoció entonces y sobre quién está modelado el personaje principal. A la par de esto, el Núñez que forma parte del texto se trasviste de autor implícito representado y ficcionalizado, que hace de editor de lo que leemos, y que se firma con sus iniciales «E.B.N.», en la advertencia editorial y en algunas notas al pie. Así, asume ser quien maneja los papeles abandonados del narrador Xavier Silvela, quien a su vez muestra rasgos vinculantes y explícitos con el propio Núñez. En su acción como editor ficcional, señala que la narración tiene carácter autobiográfico, y diagnostica que los materiales son caóticos y están desordenado, lo que curiosamente refleja el trabajo genético-editorial con los pretextos que hemos conocido de la misma novela. Es, entonces, una obra abierta (si bien, con sentido de herida), al menos hasta que aparezca la versión extraviada –si aparece– que intentó editar al final de su vida en Lima, en 1959.

Más allá de su accidentada experiencia editorial, y de esa crisis escrituraria que nunca más le permitiría forjar una novela, Núñez concretó una tempranísima narrativa social de una potencialidad política que mantiene su dolorosa vigencia. Por otra parte, su peculiaridad literaria obligaría a una reconsideración de la historia literaria continental de esos años. Si su temática se prestaba para el realismo socialista que entonces imperaba, más bien en *La galera de Tiberio* el autor se alejó de toda concesión estética de cometido militante, y profundizó en su actitud crítica y solitaria. Así, aprovechando algunas de las conquistas de las vanguardias históricas, en el momento de más abierta ideologización, su escritura exige una participación interpretativa mucho más compleja de parte del lector.

A casi ya un siglo de su concepción primera, esta edición se dirige a un público amplio intentando provocar una nueva aproximación que compense, aunque sea en parte, el injustificado olvido que la ha marcado hasta ahora.

A. BRUZUAL
Caracas, 2026

Nota editorial

Se utiliza como texto-base la primera edición, publicada en Bélgica por Desclée de Brouwer & Co., en 1938, y se cotejó con todo el material pretextual que se obtuvo de sus archivos, borradores en muy diversos estadios de escritura, pruebas, manuscritos y tapuscritos, y hasta alguna galerada. Además, se revisaron tres ejemplares impresos supervivientes que recogen intervenciones del autor hasta el final de su vida. Sin embargo, no se incorporan los múltiples cambios que presentan, no siempre coherentes, legibles ni se muestran como definitivos, además de que no tienen anclajes claros. Se aprovechan para precisar erratas, algunas evidentes y, en casos, nutren las notas críticas.

Se intenta respetar en todo lo posible la escritura del autor, con algunas apropiaciones de otros idiomas, en particular del inglés (que incluye subrayadas, aunque hayan sido ya incorporadas al castellano), y en buena medida se acepta su puntuación un tanto inconsistente, agregando apenas algunas comas para hacer más comprensibles los incisos. No obstante, se regularizan las mayúsculas, en general excesivas; se unifica la manera como hace los énfasis de escritura, y se revisan los guiones. Se mantienen las citas largas, también ficcionales, en el cuerpo del texto, y se reestablecen los espacios intracapitulares, a los que daba particular importancia en sus obras narrativas.

Como se presentan inconsistencias en cómo aparece el título de la novela, desde los diversos estadios de escritura, optamos por «galera» en bajas, para pronunciar su ambigüedad productiva. Por un lado, la galera de Tiberio se llama *La galera de Tiberio*, es decir, como si no tuviera nombre sino marcara su propiedad. Por otro, es la tienda de antigüedades La Galera de Tiberio, que se incluye en la segunda parte, y va en altas para hacer más evidente la complejidad que refiere. Finalmente, priva la idea de que «galera» es también una prueba de imprenta, de lo que tenía que estar consciente un Núñez que corregía de manera insaciable sus trabajos por publicar.

El texto presenta notas al pie que son del narrador representado, aunque algunas estén firmadas por «E. B. N.», o éste en papel de editor ficcional (indicándolo entre paréntesis). Por ello, todas las notas críticas nuestras se colocan al final del libro.

Agradecemos la ayuda recibida de la Biblioteca Nacional de Venezuela y el apoyo irrestricto de la hija del autor, Carmen Elena Núñez.

Enrique Bernardo Núñez

LA GALERA DE TIBERIO

Crónica del Canal de Panamá

A la memoria de
Miguel Enrique Carvallo

E. B. N.

El editor al lector

Sobre estas páginas han caído algunos años. Las escribió Xavier Silvela en los días de 1930 y 31. Para entonces frisaba en sus treinta y cinco. Había estudiado derecho. Luego dejó las aulas por el comercio en el cual trabajaba como representante o agente viajero de una firma americana exportadora de harinas. Perdió luego su empleo y vino a menos. Silvela era un gran lector y tenía un gusto excelente en escoger sus autores. La última vez que lo vi fue en Caracas. Me dijo que se marchaba al Orinoco. La ciudad lo aburría. Todo en ella le parecía falso, mezquino y hasta idiota y pensaba hallar en la naturaleza un refugio reparador. Antes de su viaje me confió algunos de sus libros y papeles. Estos permanecieron largo tiempo en un cajón sobre el cual se fue amontonando el polvo, no obstante servir a menudo para usos domésticos. Un día me puse a examinarlos y hallé el cuaderno que ahora publico y una copia en máquina. Se trataba de un relato escrito en forma autobiográfica y titulado *La galera de Tiberio o crónica del Canal de Panamá* –yo añadiría– y de la mesa de Guanipa.[1] Un relato extraño, un poco desordenado y escrito a ratos con bastante descuido y negligencia, mezcla de hechos fantásticos y de otros más reales o menos increíbles, como dos mundos distintos y contradictorios, o mejor dicho, como si en el fondo de todo aquello el uno apareciese derivándose del

otro. A pesar de sus defectos me pareció digno de que algún lector compartiese tales impresiones.

La escritura era muy difícil y la misma copia en máquina estaba tan plagada de errores que en ocasiones se hacía casi ininteligible. He procurado conservar el texto original con toda fidelidad, en la creencia de que casi siempre las correcciones lejos de favorecerla quitan fuerza a la expresión, la alteran o desfiguran. Además la premura con que parece escrita[2] –quizá Silvela no pensó nunca en darla a la publicidad– está más de acuerdo con su carácter de crónica. Después no he vuelto a saber de Silvela.

E. B. N.

Primera parte*

I

Nada tan plácido y absurdo a la vez como el entendimiento de los que reducen las posibilidades de la existencia –la realidad de las cosas– a hechos puramente experimentales, sin reservar nada a lo desconocido. Estos hombres han hecho el mundo tan pequeño que es innecesario hacer observaciones. Al contrario de la ciencia misma que últimamente se ha dado a comprobar verdades relegadas hace tiempo al fondo de la barbarie. Recuerdo siempre al doctor Pedro Isojo, en su colegio de Valencia, que creía infundir la inteligencia a sus discípulos hablándoles de las logias masónicas, y al profesor Testa, de Caracas, que ajeno a cuanto ocurre en el mundo, pasa los días y las noches escribiendo cosas desprovistas de sentido. Ante su mesa cubierta de paño rojo manchado de tinta, la barba apoyada en la diestra –según conviene a un filósofo–, el doctor Isojo disertaba contra las religiones y temía por momentos que un atentado acabase con su vida.

Era preciso remontarse hasta la Antigüedad para hallarle paralelo y comentaba la vida de los grandes filósofos con la

* Fragmentos de *La galera de Tiberio* aparecieron en el diario *Ahora* y la revista *Élite*, de Caracas, en septiembre y noviembre de 1936.

suya propia. Sin duda se complacía en imaginar el suplicio y el modo con que iba a referirlo la historia: en medio de sus discípulos predilectos él disertaba serenamente hasta la hora de la ejecución señalada para la puesta de sol. En ocasiones el doctor Isojo interrumpía su discurso dirigiéndose a mí: «Esto no ocurrirá seguramente al señor Silvela». El señor Silvela tenía entonces trece años. Un día, no obstante, osó salir en defensa de no sé cuál diosa indígena que según la leyenda moraba en unas cavernas vecinas donde en otro tiempo los habitantes primitivos iban a rendirle culto. Después de una humillante reprimenda fui expulsado de la clase por varias semanas y entregado a la mofa del colegio. El doctor Isojo no me dirigió ya nunca la palabra y el obeso exgobernador de la ciudad, don Ignacio Zap, informado de lo ocurrido, señaló las deplorables consecuencias que semejante falta tendría en el orden social.

Cierta noche, a causa de un motín callejero, el maestro creyó llegada la hora del martirio y rodeado de sus favoritos, en el patio del colegio cuyos muros estaban cubiertos de máximas filosóficas, se dispuso a recibirlo. Los minutos pasaban angustiosos y arrepentido estaba yo a punto de estrecharle la mano, resuelto a morir también en su defensa. Él entretanto balbuceaba: «A mí me espera la suerte de los grandes filósofos». Pero ni una piedra fue arrojada a la puerta del colegio. Si hubiera sido razonable aquella habría sido la noche triste del doctor Isojo.

Felizmente no se dio cuenta de la tremenda verdad: nadie pensaba en él y mucho menos en quitarle la vida. Sin duda los mismos dioses a quienes perseguía tuvieron para él esa suprema e incomparable piedad.

Visitando el Canal de Panamá –y sé muy bien que las cosas materiales, por grandes que sean, no deben nunca hacernos olvidar las espirituales– aquellos hombres acudían

involuntariamente a mi memoria. Los veía trepados a las enormes armazones de acero que giraban negras y potentes, atormentados por el aire y el espacio que habían olvidado en sus hábitos sedentarios. Una grúa enorme servía de asidero a Testa, autor de varias recopilaciones y monografías, y esta grúa se precipitaba en una especie de dique seco cuyo fondo se hundía más y más. Testa no tardó en desaparecer.

Precisamente era en febrero de 1930 durante las maniobras de invierno de la flota americana en la Zona del Canal, y cuando don Paco de Lareda[3] y Reverón, ilustre literato, desempeñaba las funciones de ministro de Venezuela ante el gobierno de Panamá. Terribles desastres en la Bolsa de Nueva York amenazaban dar en tierra con las más sólidas previsiones. Se trataba de rechazar el ataque de una escuadra y probar la eficiencia de las fortificaciones de tierra. En los diarios numerosos *Warning*; para indicar las zonas de peligro. Desfilaban los furgones arrastrados por mulas relucientes. De vez en cuando un centinela. Buques tanque procedentes del Lago de Maracaibo y de Cartagena de Indias. U.S.A. Dragas, remolcadores, fraguas. El ruido de los aviones mostraba un cielo abandonado de cuervos. Se les veía en largas filas por el camino del Fuerte Amador que bordea un campo de *golf*[4]. La costa cubierta de nubes artificiales. Los judíos de Panamá esperaban ansiosos el fin de las maniobras, pues entonces los marinos irían a tierra con raciones de dos semanas y la sangre enardecida por el sol y la continencia. Un ejército de prostitutas penetraba en la ciudad. La policía arrestaba diariamente a unas cuantas. Se permitió trabajar los domingos. La flota es uno de los recursos del comercio panameño. Si la flota desapareciese o las maniobras llegaren a prolongarse el comercio se declararía en bancarrota; no podría pagar los impuestos. Los diarios dedicaban a este problema sus editoriales –sin duda el Almirantazgo debía tomarlo en cuenta– y los

antiimperialistas no hallaban manera de conciliar sus tendencias con los intereses del comercio y del fisco.

Una de aquellas tardes llenas de vaticinios –precisamente el mismo día en que la flota negra destruyó teóricamente las defensas del Canal–[5] tuve el encuentro singular del cual se deriva parte de este relato o mejor dicho uno de los encuentros, pues ellos coinciden de tal modo que es imposible dejar de señalarlo, ya que los hechos y las imágenes exteriores se conciertan a veces de un modo extraño y corresponden a nuestros pensamientos. Hacía tiempo lo observaba. Caminaba delante de mí por el mismo sendero de árboles, un grasiento *overall* azul, hundido hasta las cejas un viejo fieltro de soldado. Las facciones de dios marino, orgulloso y joven. De pronto se detuvo y me enseñó su pipa con gesto desolado. Le ofrecí tabaco y él lo tomó con avidez. Sus palabras salieron lentas y llenas de humo:

—Es la galera…

Y tras un momento de silencio añadió en voz baja para recompensarme sin duda con su confidencia:

—La galera de Tiberio.

Le miré con desconfianza y vi un relámpago brillar en sus ojos. Al mismo tiempo divisé una especie de portaviones que se deslizaba fuera del Canal. Al parecer nada tenía de común con las famosas naves ponderadas de los antiguos, movidas por varias órdenes de remos y algunas tan grandes como la que llevó de Egipto el gran obelisco, hundida, según refiere Suetonio, al construirse el dique de Ostia en tiempos de Claudio. Pero la idea de una de esas naves doradas y magníficas atravesando el Canal, orgullo del siglo xx, me dejó extático. Sabía que estaba en una de esas épocas en que el mundo cambia y las palabras del obrero me ponían ante el drama universal, intacto.

Ocurría esto en las alturas de Balboa, el *Quarry Heights*, la colina silenciosa de recodos agrestes y jardines rodeados de

palmeras donde están las oficinas del Estado Mayor. Para el hombre del norte el trópico es un animal rebelde al cual es preciso enseñar hábitos disciplinados. Desde el extremo de la colina se abarca el panorama divulgado a todos los vientos y adquirido en las estaciones por los turistas de todo el mundo: las esclusas de Miraflores y Pedro Miguel más allá de los valles cubiertos de *bungalows* –de un verde litográfico–; de las armaduras de acero y las chimeneas prodigadas por las cuales se escapa y flota en vapores caliginosos el pensamiento de obreros y máquinas.

El sol iba a desaparecer tras las montañas. Diríase que el sol, en Panamá, tiene dos caras a manera de alguna divinidad asiria. Por la mañana es un chino asomado al naciente –la posición de la ciudad hace que el sol parezca nacer por la espalda–*. El Pacífico tiene los ojos oblicuos. El Atlántico –al contrario– es rubio o moreno, pero su sol es completamente blanco. Por la mañana macerado, amarillento, parece salir de uno de esos conventos budistas de las montañas asiáticas y por la tarde es un hombre blanco y saludable que juega *tennis* todos los días. Por eso la puesta del sol es mucho más tranquilizadora, pero a toda hora parece decir:

—¡Qué vía magnífica digna de César!

Animándose gradualmente el coro de plata de las cigarras surgía de los senderos escalonados; del silencio de los valles. Pronto la noche sofocante iba a surgir de las cuestas y la bahía presentaría entonces su aspecto habitual, llena de luces y orquestas. En el Cerro Sosa la estación de señales indicaba el paso de un buque. Se oyó una campana. Y una visión distante se abre paso a través de los talleres y por encima de los lagos que el poniente volvía de un color escarlata como en otro

* La situación del canal es de Norte a Sur y el pasajero que va a Costa Rica ve salir el sol a su espalda. Nota de X. S.

tiempo enrojecía las velas de los buques piratas: los campos natales empurpurados de ciruelas. Atajos que bajan hasta el río. Y el canto de las cigarras era como ahora vivo y profundo.

Ya los *reading rooms* estaban alumbrados y las esclusas brillaban también entre la bruma. Ni un avión en el cielo. A su vez el desconocido proseguía sus observaciones. Primero, al oír una campana, sus cejas se enarcaron. Después su mirada se ensombreció.

—El Canal está cerrado hace una hora, pero a este le han dado paso. Hay mucha niebla —añadió con aire sarcástico— y los faros resultan a veces insuficientes. Los navíos parten de Cristóbal cada media hora aproximadamente y así hasta las once de la noche…

En efecto, allá abajo, en Miraflores, había funcionado todo el mecanismo, tan fácil que un niño puede manejarlo. Las puertas blindadas giran lentamente. La cadena, cada uno de cuyos eslabones pesa cien libras, se tiende de una parte a otra, mientras por las compuertas escapan con estrépito las aguas del Chagres. El buque así protegido, encerrado en la esclusa, se eleva o desciende, encuentra su nivel y pasa.

Tras la isla Flamenco las luces de los acorazados brillaban en un azul intenso. El buque misterioso iba, pues, a pasar junto a la flota. Se oyó el ruido de un avión. Después otro y otro. Un reflector surgió de pronto en los confines blancos de naves. Luego se entrecruzaron varios dirigidos al cielo y al mar. El desconocido movió la cabeza e hizo un signo vago. Sus facciones se borraban en la sombra. Permanecía inmóvil siguiendo con los ojos aquella cauda de los aviones la cual se movía de un lado a otro. Era preciso caminar largo rato para llegar hasta los barrios de los *restaurants y clubhouses*. Balboa y Ancón. La policía observa cuidadosamente a los transeúntes. Cada hombre a pie es sospechoso de llevar un contrabando de licores o de billetes de lotería. Abajo, entre los árboles,

se distinguían las salas del hospital Gorgas. Las cigarras continuaban su himno de la prima noche.

A la mañana siguiente los diarios anunciaban la caída de un avión a doce millas de Balboa. No había sido posible rescatar el cuerpo del piloto, el teniente de aviación Charles Evans.

II

Era también a la puesta del sol, en la esclusa de Pedro Miguel, justamente al terminar la lectura de un libro del coronel Dámaso Castro sobre el Canal de Panamá, obra inspirada en la justa indignación que los pueblos débiles sienten ante el poderío de los fuertes. Paralelas de cemento en las cuales habían trabajado multitudes de todo el planeta como en las pirámides de Egipto o en las torres babilónicas. Esta vez la calma y la dulzura eran mayores. La flota había desaparecido misterio adentro del Pacífico. Dos cruceros se hacían señales cerca del muelle 6º y eran con el estremecimiento de los lagos bajo el alisio[6] el único indicio de vida. Las locomotoras –«mulas»– encargadas de arrastrar los buques yacían ociosas y los pabellones desde donde se pone en movimiento todo el mecanismo aparecían desiertos. La soledad en el sitio de todos los navíos y de todas las rutas casi me conmovió. Tumbado en los bordes de la esclusa, fumando su pipa, estaba el mismo personaje del *Quarry Heights*. Me acerqué al reconocerlo.

—Parece —dijo señalando la ruta— que hubieran pasado treinta siglos.

Y como sus palabras respondían a mi pensamiento, me senté junto a él. Permanecíamos silenciosos.

—¿Y la galera?… ¿La galera de Tiberio?

Entonces sus ojos azules se oscurecieron. ¿Por qué había ido expresamente a oír aquel relato? Era un rumano, descendiente

de judíos españoles expulsados en el siglo XVI, muchos de los cuales aún hablan como en tiempos del Arcipreste. Recuerdan a esos escritores que imaginan igualarse a los del Siglo de Oro imitando su lenguaje sin tener su genio. Se llamaba Darío Alfonzo. Él conocía el secreto de los buques fantasmas que realizan sus rutas y hacen sus apariciones en los mares lejanos. Su abuelo, llamado también Darío Alfonzo, tenía acerca de esto extrañas noticias por un relojero veneciano de quien fue aprendiz y al cual sirvió largo tiempo en su juventud. Según la tradición esas embarcaciones huyen a veces de sus prisiones de lodo en el fondo del mar y el paso de una de ellas anuncia algún acontecimiento universal. Ahora bien, al comienzo de las excavaciones en las tierras del Istmo, se halló un vaso de cobre lleno de medallas antiguas, entre ellas dos de bronce con la imagen de Tiberio César. Una representándolo en medio de escenas lúbricas, en Capri, la otra con los ornamentos triunfales. Las medallas estaban revestidas de una pátina verde, reluciente. Se creyó al principio en un tesoro. Por aquellos días habían visto un buque misterioso navegar durante la noche cerca de las costas, unas veces por el lado del Atlántico; otras, iba a hundirse en el Pacífico. Como el hallazgo de las medallas coincidió con la aparición del buque le dieron el nombre de *La galera de Tiberio*. Tal vez fue un navío arrastrado por las corrientes; tal vez se propuso navegar más allá de las tierras conocidas en aquel tiempo. Fue quizá la primera en cruzar el Canal. Este quedó abierto a la navegación en agosto de 1914. En los mismos días empezaba la Gran Guerra.

Después prosiguió con la misma indolencia que le hacía vacilar, ausentarse:

—Esta es una historia que me concierne. Se trata también del anillo del emperador del mismo nombre.[7] El anillo que conservaba al morir, apretado furiosamente en su mano

izquierda. Como volviese de un desmayo vio que le habían despojado de él y lo pedía entre las congojas de la muerte. Creía por los astrólogos que mientras lo guardase nada podían contra él. Es un anillo antiquísimo, encontrado en un templo de Babilonia: un carbunclo con la imagen del dios Serapis. Se decía que preservaba contra los reveses y procuraba sueños proféticos. Aseguraba mi abuelo que uno de los manuscritos de Leonardo de Vinci era un tratado acerca de los anillos mágicos y allí se mencionaba el de Tiberio por medio de unas cifras secretas. Julio César se apoderó de él en Egipto, fascinado por el rojo intenso, la transparencia maravillosa de la piedra y por la leyenda, según la cual, había pertenecido a Alejandro. —Y de los labios de Darío fluye una historia inverosímil, cuajada de nombres—. Carlomagno poseyó uno parecido enviado por el califa Harum Al-Raschid.[8]

—Ah, sí, recuerdo. Aquisgrán. La dama muerta. El hechizo del rey. La laguna encantada. En la boca de la dama muerta halló el arzobispo Turpín el anillo maravilloso. Al punto el oyó referir este caso. —Alfonzo proseguía—. Trajano lo llevaba en sus campañas y lo perdió poco antes de ser herido en un terremoto, en Antioquía. En muchos siglos no se supo de él.

Godofredo lo usó cuando era rey de Jerusalén y por último pasó con los árabes a España. Un judío para salvarse de la hoguera lo facilitó a Fernando de Aragón, pero este aconsejado por su confesor –y sin atreverse a destruirlo– lo hizo depositar en el tesoro de la corona. Carlos V no lo olvidaba nunca en sus expediciones, pero Felipe II, creyéndolo cosa de arte diabólica, lo hizo arrojar al mar con tanta suerte que fue rescatado y el dux de Génova pudo ofrecerlo a don Juan de Austria cuando este se dirigía con su flota al golfo de Lepanto. Después de la muerte de don Juan, y a través de mil vicisitudes, el anillo volvió a Egipto donde más tarde lo halló

Napoleón. El emperador lo llevaba el día de su coronación y en la batalla de Austerlitz, pero ya él había perdido la fe en todo como no fuera en él mismo, y esto a pesar de las voces confusas que le advertían el secreto de su destino. En uno de esos momentos de generosidad extraordinaria que le venían, se lo ofreció al zar Alejandro. Un bávaro lo robó en el Kremlin, en 1812, y sin conocer su valor lo vendió después en Londres donde corrió nuevas peripecias. Estuvo sucesivamente en poder de un ropavejero, de Rothschild y de la reina Victoria quién lo obsequió a la emperatriz Eugenia. Esta lo llevaba el 18 de noviembre de 1869, en la inauguración del Canal de Suez.

Cuando su yate *L'aigle* seguido de cincuenta naves se desprendió del lago de Timsah, la soberana radiante y deslumbrada se lo ofreció al conde Lesseps[9]. Un año después los Bonaparte eran destronados. Bismarck hubiera dado Alsacia y Lorena por la posesión del anillo, pero nunca tuvo conocimiento de su existencia. Poco tiempo después, hallándose el conde Lesseps en Panamá, perdió el anillo, de lo cual se alegró, pues lo consideraba de mal agüero. Ahora lo lleva el almirante Willy en el buque insignia *Texas*. La galera lo sigue como su sombra.

—Pero ¿en qué le concierne a usted esa historia, Alfonzo? —dije ya impaciente—. ¿Se puede saber?

Y con la despreocupación de la gente moderna declaró sencillamente:

—El anillo estaba en mi casa. Mi padre vino al Istmo, con cuatro hijos, en tiempo de Lesseps, y lo halló, guardándolo con el mayor sigilo. Mi hermano mayor fue el único que regresó. Yo lo traje para venderlo y se lo ofrecí al gobierno americano que lo compró hace unos meses. Realmente, hubiera podido sacar mayor partido, pero estaba necesitado, y el todo está en la categoría del agente. Un obrero como yo

no podía esperar mucho. Temía que se me deportase como indeseable y ahora espero trabajo en la flota. El negocio requería el mayor secreto. Sin embargo, me sorprendió cuando me ofrecieron cuatro mil dólares. —Y alzando los hombros con gesto imponderable—:

—¡Cuatro mil dólares por el imperio del mundo! Después, como si adivinase otra pregunta, añadió:

—Los he perdido en la Bolsa.

Me levanté en silencio y no volví a ver por entonces a Darío Alfonzo.[10]

Esa misma noche el *hall* del Hotel Central decorado con palmas estaba en silencio. Huelga de viajeros de los cuatro puntos cardinales. Los botones dormitaban esperando inútilmente una orden. La vieja Miss Clayton, profesora de idiomas, con peinado del siglo pasado, aguardaba según costumbre las diez para irse a descansar y volver al día siguiente a repetir: «la moderna pedagogía enseña», y a competir con Livia Escobar, profesora graduada. Miss Clayton tenía en su clase alumnas que aspiraban a saber gramática para escribir novelas. A su lado dos muchachas, también residentes fijas, recluidas contra su voluntad aquella noche, porque sus maridos, empleados en las minas de Darién, estaban en la ciudad con licencia. Me inclinaba agobiado en la mecedora, buscando en vano un círculo en blanco del pensamiento, cuando distinguí las barbas rizadas y la calva de Herr August Camphausen, profesor alemán, procedente de San Francisco, según el registro de viajeros.

—Será preciso, pues, que hablemos.

Herr Camphausen seguía sonriente el humo de su tabaco y repetía mi nombre espaciando las letras:

—Señor Silvela… Señor Silvela…

Hablábamos de los filósofos alemanes de ayer y hoy; de Hegel y de Fichte; de Spengler y de Keyserling. En breve nuestra conversación pasaba, o mejor dicho, volaba de un asunto y de una época o civilización a otra completamente distinta. El comentario del más simple suceso contemporáneo nos arrastraba a diez siglos de distancia. Estábamos en Napoleón y de pronto nos hallábamos en el monte Alvernia con San Francisco de Asís, esas dos personas tan distintas y un solo genio verdadero. Para Napoleón la expresión natural era la guerra y para San Francisco la pobreza. Íbamos del Vaticano al Yucay, palacio predilecto de los incas. Nos reíamos de la civilización occidental y de aquel horrible fraile Valverde[11] y de su ridícula pretensión de convencer al soberano de un país de que había nacido para ser vasallo del rey de Castilla. Herr Camphausen se había ido animando. Volvía de Asia después de estudiar durante doce años los dialectos sumerios. Hablaba y escribía tanto como su propia lengua el español y el francés. Tenía cincuenta y ocho años, según me dijo para completar con este dato su bosquejo autobiográfico En una pausa declaró con negligencia:

—Actualmente trabajo en una historia.

—¿Alguna época quizás de esas remotas civilizaciones que viene de estudiar? Y Herr Camphausen con acento desdeñoso:

—A mí poco me gusta escribir de cosas pasadas. La Historia tiene el inconveniente de que nunca se desarrolla de acuerdo con nuestros deseos. Lo mismo que acontece con nuestra vida. Da lástima, por ejemplo, que un Bruto mate a César, el cual valía más que todos los principios. Además –y usted ni nadie podrá negarlo– a pesar de la medicina, de las máquinas, de la electricidad, de todos los recursos de que hoy dispone, el hombre es siempre el mismo. Hoy como ayer mueren jóvenes y hay ancianos como hace diez mil años.

Hizo una pausa. Sus bigotes amarillentos caían como dos cuernos invertidos y sus ojos azules, más bien grises, parecían seguir tras de sus pensamientos:

—¿No lo ha notado usted? —prosiguió arrastrado por un ansia incontenible de exponer sus ideas—. Los grandes siglos son cesaristas. Las edades de oro se desarrollan siempre en torno de hombres que hacen del poder su medio de expresión. Cuando los leguleyos dominan todo se vuelve estúpido. Los hombres no han podido observar aún el vacío de estos tiempos en que únicamente se puede contemplar las grandes épocas a través de su propia desorientación. Son tiempos parásitos que viven del pasado.

—¡Cómo! —dije. Pensaba al oír esta teoría que Camphausen era un terrible reaccionario—. ¿Este siglo maravilloso nada dice a usted? ¿Lo considera tan inferior que lo condena a vivir del pasado y sobre todo de un pasado que ya se comienza a incluir en la barbarie?

—Y comencé una defensa a la cual me creía obligado. Ensalcé la época en que a pesar del materialismo el hombre parece ver claro, como nunca, en lo que está fuera del dominio de sus sentidos. Aludí a la misión que iba a realizar América, y la América española. Hablé de los gérmenes depositados en las almas y de los ciclos, de las épocas, del ritmo cósmico, etc. En fin, hice un esfuerzo para traer a la memoria reminiscencias de lecturas y hablar así de acuerdo con las ideas y las palabras en boga –temeroso de ser observado–, pues cada época tiene su vocabulario y su guía de pensar. Desdichadamente, mientras hablaba, ideas opuestas me salían al paso, como me ha ocurrido casi siempre. Me pareció que a pesar de todo el materialismo prevalecía, especialmente en las repúblicas suramericanas, mezclado en gran parte con una ineptitud y una confusión monstruosas. Un desasosiego inmenso se apoderó de mí y terminé por callarme. Herr Camphausen con mirada

irónica y asombrado de aquel silencio repentino me observaba, y viendo que esperaba en vano el fin de mi réplica continuó—:

—Mi historia se desenvuelve en la presente centuria y en las venideras.

Entonces me acordé de Darío Alfonzo. El anillo o talismán, la galera, los relatos absurdos que le había oído. Camphausen fue a su cuarto y volvió con un grueso mamotreto.

—Este es el tomo II —dijo—. El primero está dedicado a las costumbres e ideas de este siglo, a su ambiente. Una parte al deporte y otra a la crisis económica cuyos síntomas advertí hace tiempo y anuncié en trabajos divulgados por la prensa alemana desde 1920. La crisis apocalíptica. ¿Recuerda usted?: «Y los mercaderes de la tierra lloran y se lamentan sobre ella, porque ninguno compra más sus mercaderías» (San Juan. *Apocalipsis* XVIII: 11).[12]

Lentamente volvía las hojas de distintas clases de papel con escritura densa, llena de notas, de tachaduras, de llamadas, a ratos ilegible. Al fin acertó a elegir un fragmento. Lo trascribo conforme a los apuntes que tomé aquella misma noche.[13] Una repetición demasiado fiel. Una fantasía de la historia, de escasa novedad. Según Camphausen el hecho fundamental del siglo XX fue el de las nuevas ideas económicas arrollando las viejas culturas, las cuales fueron suplantadas por una técnica colosal, mecánica, surgida de aquellas mismas y en la cual el hombre para salvarse libró uno de los combates más dramáticos con su destino.

«Todavía a mediados de la centuria algunos gobiernos continuaban existiendo según las fórmulas del siglo XIX, como meros organismos recaudadores de impuestos y encargados de ocultar a las masas el verdadero estado del mundo, más por explotarlas que por temor a ellas. En Sur América, por ejemplo, apenas se les permitía nombrar ministros plenipotenciarios, declarar los días de fiesta y de duelo y hasta llevar

a cabo una revolución para reemplazar unos burócratas con otros. Los empréstitos en realidad tenían la misma forma de los tributos y los viajes de buena voluntad equivalían a una declaración de vasallaje. Los presidentes de república lo efectuaban por lo general antes de encargarse, a fin de cultivar las buenas relaciones de sus países y muchas veces los candidatos derrotados en unas elecciones acudían a Washington en solicitud de protección y aun como acusadores, recordando aquellos pupilos de Roma en la antigüedad. De Washington partían los grandes caminos a todo el continente y este se hallaba enlazado además por toda clase de comunicaciones posibles. Verdaderos ejércitos penetraban en las selvas. Catalogaron las plantas, crearon nuevas especies y emprendieron la explotación de la tierra. La humanidad pudo al fin gozar de sus recursos. Toda la tierra fue rodeada por una misma línea de aviación. Las cosas tenían el mismo precio en Filipinas que en Bogotá. Había un oleoducto y una misma moneda. Había un poder único compartido entre dos o tres naciones. El sueño tantas veces acariciado se realizaba, puesto que de las conferencias y arreglos entre esos poderes resultaban las leyes y reglamentos que regían la voluntad de los hombres. Los Estados Unidos de América quisieron emplearlos en obras dignas de un gran siglo. Construyeron sobre el Atlántico una plataforma y pronto fue posible ir de un continente a otro con un contrabando de licores, un equipo de *golf* y una cabaretista.[*] Había en medio del océano fondas, jardines, templos, hospitales y casinos flotantes. Solo dos entidades permanecían inaccesibles a ese poder secreto, compartido y misterioso: el Papa y… España.[14**]

[*] La ley Volstead fue abolida en 1933. (N. del E.)

[**] Los acontecimientos posteriores demuestran el error de herr Camphausen. (N. del E.)

»El presidente Picker se proclamó Director Supremo de la Unión en la cual entraban todas las repúblicas que aún conservaban alguna autonomía. El parlamento subsistió, pero como un cuerpo pasivo encargado de sancionar los actos del Director quien tomaba sus decisiones de acuerdo con el Consejo Supremo. Muchas veces la suerte de una nación se decidía en una combinación de Bolsa.

»Después de abrumadora tarea Picker jugaba *golf*, inspeccionaba los baños públicos y se comunicaba con ciudades donde apenas empezaba el alba. Cada ciudad en América tenía un *stadium* y un capitolio de mármol semejante al de Washington ante el cual se hallaba la reproducción en oro y plata de una galera, como las proas cartaginesas que adornaban la tribuna del foro romano. Esta galera solo podía compararse por su magnitud con el carro que remataba la Mole Adriana. Muchos siglos después los arqueólogos discutían apasionadamente acerca de la significación de esa galera».[15]

Sin duda yo palidecí entonces.

—La galera —me dijo Camphausen—, ahora yo conozco su verdadero sentido, pero no lo digo para dar trabajo a los historiadores y también para evitárselo a la crítica racionalista. Es un buque que sigue como una sombra al *Texas*. ¿Qué puede ocultarse a un historiador? ¡Ah!... ¿Eh? En los partes secretos se la designa con el nombre de la galera de Tiberio. Lleva en la popa una luz roja y solo se la divisa desde el anochecer.

—Aún le falta decir —dije sin poder contenerme— lo del anillo mágico; el escarbuclo o piedra color de fuego. ¿Sabe usted? El anillo que Leonardo de Vinci señala con tres letras desconocidas.

Entonces Camphausen fue el sorprendido, pero recobrándose en breves segundos:

—¿Y usted sabe que esas cifras son precisamente las letras que el emperador Tiberio Claudio Druso, sobrino de Tiberio

Nerón, añadió al alfabeto y las cuales cayeron en desuso después de su reinado? Las conocían las cornejas y los vencejos que anidaban en las cornisas de los arcos de triunfo y se leían también en algunas inscripciones sepulcrales de aquel tiempo. ¿Eh?

En aquel momento dieron las diez. Camphausen se detuvo esperando la última campanada. Los bancos de la Plaza Central se habían ido quedando desiertos.

—Lo lleva ahora el almirante Willy. ¿No es eso? —y me acerqué cuanto pude porque él bajaba la voz.

—Lo llevaba. Ese anillo ha sido robado. Andan en juego intereses decisivos. Fíjese que se trata del imperio del mundo. Presumo sin embargo que volverá al *Texas*, de lo contrario se derrumbaría mi historia universal… o habría que modificarla. ¿No acontece a menudo lo mismo

con la realidad? ¿No se rectifica la idea que teníamos de un hecho ocurrido hace tiempo?

Hubo otra pausa y después continuó su lectura.

«El *stadium* más grande era el de Nueva York donde se podían congregar centenares de miles de espectadores a presenciar los pugilatos internacionales o mejor dicho interregionales. Eran multitudes ateas que practicaban el robo y el asesinato como medio de satisfacer sus necesidades. A Picker se le ocurrió un día destinar a los comunistas a estos pugilatos.[16] Celebráronse conferencias con ese objeto y se llegó a un acuerdo, pues como decían los juristas: "Gracias al Derecho la humanidad tiene una noción de justicia exacta que permite hacerla idéntica en todas las latitudes". Un sesudo periodista caraqueño escribía con tal motivo: "Ningún pueblo puede vivir aislado". El Pontífice protestó, pero el último acto de Picker fue la terrible persecución contra los comunistas que infestaban el imperio. Las delaciones se efectuaban dentro del mismo hogar. Viose entonces que

muchos magnates entregaron a sus hijos y estos a sus padres. Las manifestaciones fueron disueltas. Multitudes fueron ejecutadas en masa o enviadas a regiones mortíferas.[17] Historiadores posteriores quisieron desmentir estos hechos. Según ellos eran obras de oscuros panfletistas que deseaban deshonrar una época ilustre. Picker murió a los ochenta y dos años, asesinado según unos, según otros en una caída mientras volaba sobre su jardín en un pequeño aparato. Era corpulento, adusto, al decir de los contemporáneos, cuyo juicio, bueno es recordarlo, es casi siempre falso. Era poco dado a los placeres y muy tacaño. También afirman otros que dos años antes de su muerte cegó repentinamente.

»Le sucedió Otranto quien deseoso de cultivar mejores relaciones hizo un viaje de buena voluntad alrededor del mundo. Para esa época las instituciones políticas según lo entendían las repúblicas burguesas herederas del siglo XIX estaban muy desacreditadas. Había dos tendencias definidas: cesaristas o comunistas, o cesaristas con nombres distintos. Iba el buque de Otranto escoltado por *destroyers*,[18] submarinos y portaviones. Escuadrillas de estos últimos evolucionaban sobre el yate al acercarse a tierra. De cada estación los periodistas enviaban largos despachos a sus diarios: "Otranto comió sobre cubierta". "Otranto fue al templo confundido con la multitud y obsequió frutas a los niños". "Otranto pronunció un discurso. Afirmó que el orden es necesario a la sociedad". Llevaba un palacio portátil para instalarse donde quisiese. Este palacio, de dos plantas, según el historiador Paterson, testigo ocular, era muy sencillo: todo blanco con un salón para las audiencias y cámaras espaciosas para la servidumbre. Ocupaba un área de cinco mil metros cuadrados. Los gobiernos se disputaban el honor de brindarle hospitalidad, a pesar de los gastos, y para ello no vacilaban en contratar empréstitos onerosos y en desafiar interpelaciones absurdas.

Otranto tenía la expresión augusta que confiere el ejercicio del poder. Otranto murió joven, durante aquel viaje, mientras se hallaba en una isla del Pacífico, entregado a los deleites. Fue un período tranquilo comparado con el precedente.

»Su sucesor, Castries, amaba extraordinariamente los deportes, sobre todo el pugilato. Él mismo no desdeñó boxear en público y ganó el campeonato mundial por lo cual mereció el nombre de *The Big President*. Castries renovó la persecución contra los comunistas. Estos celebraban sus asambleas en las minas abandonadas, cerca de las ciudades. Se reconocían firmando con letras minúsculas y trazando en el aire la figura de una hoz. En la antigua América española el idioma se había transformado y el castellano puro solo era conocido de los eruditos en universidades y academias; en disertaciones acerca del pasado. Cierto es que los gobiernos y periodistas habían clamado largo tiempo por la conservación del idioma materno como instrumento del alma nacional, pero casi siempre tales manifestaciones se hacían en inglés o en una especie de papiamento donde podían hallarse residuos de todas las lenguas y dialectos. Los hijos de tenderos, zapateros, agiotistas y fabricantes de bebidas gaseosas desdeñaban hablar el español, particularmente las mujeres educadas en los Estados del Norte o en Inglaterra. En el año 2100 Mrs. Flight Stone, esposa de un miembro del Consejo del Petróleo, ofreció un premio de cinco mil dólares a la mejor composición en español sobre el romanticismo americano del siglo XIX. Ganó el premio Mr. Flip, pastor evangelista y profesor de hidráulica en Lansing (Michigan), quien aseguró después en una conferencia que la vida de los países suramericanos en el siglo XIX y primeras décadas del XX era inferior mental y físicamente a la de los pobladores primitivos. En cambio el inglés se enriqueció con numerosas palabras españolas. Se vio el valor plástico y el espíritu de la lengua como instrumento de

cultura humana. Algunas palabras eran de una delicia o de un encanto tanto mayor cuanto que estaban olvidadas.

»Castries hizo restaurar muchos monumentos de arte antiguo. Otros fueron trasladados a América y pueblos enteros, abadías, catedrales, castillos, palacios, emprendieron el viaje con la última piedra de sus calles, catalogadas debidamente. Los eruditos explicaban su historia a las multitudes recordando siempre que la fe y la vida que habían inspirado obras semejantes eran testimonio de superstición y de barbarie.

»Sin embargo, por la noche se reunían los comunistas. Las mujeres se contaban en gran número en estas asambleas celebradas en los sótanos de las ciudades o en los bosques vecinos. La hija del director de museos (G. D. U. M.)[19] Natalie Eaton y Virgine Clarence, esposa del potentado John Hump, fueron reducidas a prisión y desaparecieron misteriosamente. Casi al mismo tiempo sus estatuas adornaron las ciudades y fueron destruidas por las autoridades; pero se dio el nombre de Natalie a una flor y un cometa desconocido que apareció en aquellas noches recibió el nombre de La Bella Hump.

»Ardieron templos, bibliotecas, museos y otros edificios. No pasaba día sin que se ejecutaran actos de terrorismo. En regiones enteras desaparecieron los campanarios coronados de cruces e imágenes. Desaparecieron reliquias venerables de los siglos de fe. Anunciaciones y Descendimientos; Crucifixiones, Místicos Desposorios, tallas y vitrales maravillosos, estatuas sepulcrales, oros refulgentes de altar se amontonaban, eran consumidos, rotos, esparcidos en ceniza junto con la ceniza de las bibliotecas; porque decían que todo lo que fuere la antigua fe, la antigua cultura y la vieja historia, debía desaparecer sin dejar vestigio en el alma humana.

»Y entonces ocurrió un suceso extraño comentado y explotado por muchos escritores y artistas de aquella centuria. Y fue que estando Castries contemplando desde una azotea

el cometa de roja cabellera vio que alguien junto a él también contemplaba la noche en silencio. Castries le reconoció al punto. Quiso hablarle, pero nunca pudo explicarse cuándo y cómo dejó de verlo, tan turbado estaba, o si aquella visión era efecto de su cabeza cargada de sueño. Algunos autores posteriores omiten esta circunstancia, pero ninguno de los contemporáneos lo calla y aun cuando la multitud era atea permaneció aquella noche con cierta emoción traspasada de angustia. Desde entonces, en la cámara de Castries se veía la cabeza de un Cristo contemporáneo de Giotto, entre dos bujías que derramaban sobre la cabeza marmórea una luz purpurina. Era un Cristo despedazado aquel día. Lo había encontrado en la terraza, durante su paseo nocturno, arrojado allí como un trofeo. De aquí nació la leyenda del cristianismo de Castries; de un César cartujo que, como los reyes medioevales, andaba descalzo y hacía penitencia en las estancias de su palacio, de un esplendor solitario. También se habló de alucinaciones, de una enfermedad misteriosa estudiada por médicos internistas. Castries murió a poco, a los 34 años de su edad y 3 de reinado. Pasaron cincuenta años de una paz augusta. Huelgas y sublevaciones fueron ahogadas en sangre. Los juristas aseguraban que el Derecho regía las relaciones de los pueblos».

Herr Camphausen se detuvo y me interrogó con la mirada. El tabaco olvidado se había consumido y la ceniza rodó por entre su chaleco desabrochado.

Consideré un instante al monstruo universitario armado de furor profético. No podría decir las ideas que entonces cruzaron por mi mente. Sentía cierta maligna complacencia, especialmente por algunas de las observaciones que matizaban el relato de Camphausen. No obstante creí necesario decir algo en contra de todo aquello. Es muy rara esa reacción de nuestra conciencia; esa necesidad que experimentamos de contradecir

lo que nos parece excesivamente verdadero. Le manifesté, pues, que era injusto con América, nuestra América, repetí con orgullo para imitar a sus pensadores más elevados.[20] Dije que si algo fabuloso acontecería en nuestra edad sería precisamente que el alma de América, su verdadera alma, rompería la prisión en que se hallaba para recobrar su juventud y con ella su fuerza creadora, y le hice ver los presagios anunciantes de tal acontecimiento. Hasta hoy –afirmé– lo único verdaderamente nuestro es el silencio. Es usted cruel con nosotros –añadí–. Sin embargo, nos deja una esperanza. Usted dice que España permanecía inaccesible a ese poder. Fíjese que digo permanecía como si realmente hubiera ya transcurrido su historia, y así nada tiene de particular que haya un resurgimiento y éste muy bien puede partir de América; de la América española. ¿Y entonces? Sí. ¿Entonces? Sin duda usted recuerda que en un tiempo estuvo en boga la creencia –llevada y traída por los historiadores de estas Indias– de que el imperio de España se extendía a ellas en una antigüedad remotísima. Se cita a Héspero entre sus reyes… Así no importa que ese movimiento se inicie aquí o allá; el centro estaría siempre dentro de sus límites naturales.

Él cerró los ojos para meditar con sonrisa indefinible. Hizo un signo con la mano para pedirme paciencia y hojeando lentamente el manuscrito pasó a leerme otro fragmento:

«Pero todo aquello aparecía remoto, infinitamente remoto. Hacia fines de aquella centuria[21] el hombre cayó en cuenta una vez más de que se había engañado. La falsa noción del progreso precipitó su ruina. Esta catástrofe terrible en países de constitución antigua, lo fue mayor en los pueblos de Sur América deseosos de ser a toda costa otras tantas repúblicas francesas. La manía de enseñar a todo el mundo a la fuerza, sin distinguir capacidades, con programas hechos por individuos que solo se preocupaban de ser mencionados

en los diarios, creó generaciones de hombres incapaces; una neurosis y miopía colectivas que hizo inútil la misma instrucción y el progreso. He aquí cómo escribe un autor de aquel tiempo: "Se habla de la Inquisición y compadecemos a los que vivieron entonces. Nos olvidamos del progreso de hierro que agarrota a la humanidad; del nacionalismo, las tarifas aduaneras, la policía internacional ante la cual un hombre es menos que una fiera. Se persigue a todo el que osa pensar de un modo distinto. Al dogma religioso ha sucedido el de la historia política. En otro tiempo el hombre se dejaba guiar por una luz celeste. Hoy se toman torpes apetitos por luminarias. La verdad es que suele haber contrastes, pero la humanidad se inclina cada día más a los que le muestran el rabo de la bestia".

»Sin embargo, el hambre aumentaba sobre la tierra. Regiones enteras eran abandonadas. Marchaban sobre las ciudades hordas hambrientas. Y como la cultura no había podido arrebatar al hombre sus instintos, entre ellos el de conservación, estalló de pronto uno de esos cataclismos sociales tan violento y brutal que todo se derrumbó en breve tiempo con ruido terrible».

Yo oí con delicioso placer estos párrafos y a la idea de que toda esa organización falsa, odiosa y decrépita iba a desaparecer, mi alma se alegró de tal manera como si viese de nuevo la campiña húmeda bajo el sol naciente, extendida cerca de mi casa paterna.

«Cayó entonces sobre el mundo –continuó Herr Camphausen– uno de esos períodos tenebrosos en que no brilla ninguna luz espiritual. Muchos conocimientos escaparon de la mano del hombre. A esto contribuyó mucho la pérdida de los libros. El papel era un elemento demasiado frágil. El papel y el alambre. Tampoco nadie leía ya. Los monjes quisieron prestar el mismo servicio que en el siglo VI, pero

como eran perseguidos, y se veían obligados a buscar refugio en retiros inaccesibles, disueltas sus órdenes y huyendo siempre, no pudieron guardar muchos libros e instrumentos. Concluyeron por sucumbir a su vez ante la intolerancia atea. Algunas obras de las cuales se envanecía la cultura anterior vinieron a ser ininteligibles. Verdad es que el mundo cobró horror a las tareas intelectuales. La vida transcurría entre pelear y cultivar la tierra. Entonces, como sucede cada vez que la barbarie se desencadena sobre la tierra, los sacerdotes escondieron las palabras y los vasos sagrados. Los ocultaron como semillas guardadas en vasos y lámparas bajo las losas del altar. Crecían las selvas donde antes había hermosas ciudades. Nacían ciudades con un sentido nuevo de la vida. Bajo las selvas quedaron sepultados los hacinamientos de cemento armado, alambre y papel.

»El hombre comenzó de nuevo su lucha por volver a los antiguos descubrimientos, aun cuando tomaron en su mente formas distintas. Los arqueólogos, por ejemplo, tardaron mucho tiempo en descubrir que en ciertas láminas negras halladas entre las ruinas se encontraban grabadas palabras, sonidos. Las enormes masas de acero del Canal de Panamá, espantosos esqueletos cubiertos de orín, reaparecieron un día, pero se vio que mientras el Canal, orgullo del siglo xx no existía, las pirámides de Egipto continuaban en pie, tal como estaban cuando sus cámaras y galerías fueron selladas por los sacerdotes. Entre tanto los hombres confundidos en las eras, sin otras preocupaciones que la satisfacción de sus instintos, vivían la vida primitiva. Las noches traían a sus ojos idéntica dulzura. El hombre y la tierra recobraron su juventud».[22]

Mientras él leía, yo miraba frente a mí, por sobre el espaldar del asiento, un asiento verde, de mimbre, a una mujer de fascinadora belleza. Pocos momentos antes había hecho su entrada en el *hall*. Como se hallaba de espaldas, apenas

distinguía sus brazos y el fulgor rubio de sus cabellos. Ella volviose un instante y pude contemplar su soberbio perfil.

—He ahí una mujer que muy bien puede encarnar su historia. Me recuerda a La Bella Hump de quien habla usted, aun cuando no tiene los cabellos rojos. ¿No es verdad que parece han pasado treinta siglos? Usted dirá que es una visión apocalíptica.

—¡Ah! Y haría usted muy bien en conocerla. Voy a presentarlo. Es Miss Alice Ayres.

III

«Tampoco nadie leía ya». Esta frase de Camphausen silba como flecha. Es decir, nadie leyó durante siglos. Períodos de tiempo semejantes a esos espacios que separan los universos, según afirman los astrónomos. ¿Cuántos libros quedarían entonces? Y recuerdo los veinte volúmenes del profesor Testa, de Caracas; el esfuerzo de Vicente Casas que se quedó ciego descifrando papeles viejos relativos a personajes insignificantes y aquellos poetas diplomáticos que hablan de las tardes vestidas de crinolina. Ahora, mientras el sol penetra alegremente en mi cuarto, se siente uno libre de esa pesadilla nocturna; se adquiere la certidumbre de que todo lo que afirma Herr Camphausen es falso, de que él, como tantos otros, quiere hacer víctimas a los demás de sus extravíos mentales. Hay un placer inmenso en disfrutar de la luz y en oír el agua de la bañera, mientras la negra jamaicana va y viene en sus menesteres cotidianos. Y siento desvío, un gran desvío, por Herr Camphausen que allí, en el cuarto vecino, expectora y se suena ruidosamente.

Sin embargo los diarios anuncian nuevos derrumbamientos de Bolsa. Acaso en este momento ocurre otro desastre. Por encima de la multitud se alza el ídolo vacilando

en su pedestal. El oro y el progreso, tal como lo deificaron las generaciones anteriores, caen en pedazos mientras se acelera el péndulo, un péndulo gigantesco, que va de oriente a occidente, de Basilea a Nueva York. En los parques acampan los sin trabajo. Estamos en febrero y los diarios aseguran que en septiembre o en octubre se dará comienzo a varias obras. Ya tienen los hambrientos para esperar. De otras ciudades llegan noticias semejantes: saqueos de almacenes, huelgas, motines, incendios. Y la frase: «Nadie leía ya» se apodera de mí y parece seguirme y escurrirse entre mis pasos y correr a lo largo de las avenidas y por las callejuelas de la ciudad antigua, en medio de zahúrdas donde se aprieta una multitud de toda la tierra.

Recibí aviso de que Pablo Revilla deseaba verme. Bajé en seguida. Revilla y yo hemos sido amigos largo tiempo y el recuerdo de esa amistad se enlaza al de otros días. Además hemos compartido muchas veces inquietudes semejantes. Hacía tiempo no veía a Revilla. Le hallé cambiado, muy distinto de aquel otro Revilla que conocí años atrás, cuando estudiábamos en la universidad y nos paseábamos por los claustros sombreados de acacias floridas. El tiempo había impreso en su rostro un sello de tristeza inconfundible. Revilla esperaba en la puerta. La venerable Miss Clayton permanecía en su sitio, con su eterno vestido negro, más solitaria que nunca. El vestíbulo estaba desierto. La cantina estaba desierta. Cruzamos la Plaza Central frente a la mole adusta de la Catedral con sus siglos españoles oteando por encima de las torres. Grupos que toman el fresco y hablan de política, en medio de los cuales blanquea la testa de don Miguel Heredia, ensayista clásico. La Avenida Central resplandece con sus bazares orientales hasta los populosos barrios de Calidonia, Calcuta, Hong

Kong, El Cairo.[23] Rutas asiáticas proyectan sus mágicas alucinaciones. Asia y Occidente. Revilla habla de la humanidad que iba a nacer de aquella mezcla, una humanidad sin más ideal que sus instintos.

—A propósito. Toda esta humanidad —le digo— me parece bajo un signo rojo. Y le refiero un relato de Herr Camphausen. El navío fantasma que ha cruzado el Canal de Panamá y la venta y el robo del anillo maravilloso. Mis cavilaciones de aquel día. Revilla sonríe y después de un momento de silencio:

—Esta inquietud por el futuro es parecida a la que experimentamos ante las ruinas: en el fondo es una inquietud por nosotros mismos. Nos damos cuenta entonces de que nuestra vida es como rocío suspendido en la rama de un árbol.

Ante esta imagen poética de Revilla guardé silencio. Una noche ardiente se filtraba por las calles. Instintivamente nuestras miradas se volvían interrogadoras hacia los astros. La noche izaba visiones de Oriente. América desea el Asia. En el fondo del alma de América Asia se mira y sonríe. Nos aventuramos por callejuelas sórdidas. Patios vetustos tendidos de ropa. Muchachas que han acudido al anuncio de la flota. Chilenas, argentinas, cubanas. Fumaderos y garitos clandestinos. Anuncios luminosos. La Alhambra. En la puerta se lee: *Trabajo. Arte. Propietarios: Esposos Crutino. Manager Joseph Tongui*. En la sala casi desierta baila una muchacha. Rostro fino y dorado. Del pañuelo verde que ciñe su cabeza se escapan sedosos rizos negros y recuerdan por contraste el casco de oro de Miss Ayres.[24] Todo su cuerpo vibra. Pero hay en su desnudez un desamparo que solo ella, sin quererlo tal vez, sabe expresar bien. La bailarina alza los ojos hacia un cielo invisible; levanta los brazos cargados de anillos y su vocecita flaca articula apenas las palabras. En sus manos las castañuelas bordan un tema desconocido

en aquel sitio. Con aire aburrido las otras muchachas miran pasar la noche sin clientes. Pupilas extrañamente inmóviles, humedecidas en el último éxtasis de la cocaína.

—He aquí una imagen que muy bien podría desprenderse de un jardín de Babilonia o de un palacio maya. ¿No es así?[25]

Los ojos de Revilla se ensombrecen y quedan fijos largo tiempo. Luego hace otras observaciones peregrinas acerca de la bailarina que le recuerda –dice– una palmera. Pero una palmera lleva consigo su paisaje –añade–; levanta en los brazos su horizonte.

Pienso que Revilla es de la llanura. Las castañuelas callaron de pronto. Revilla hizo un signo y ella vino a sentarse con nosotros.

—¿Eres cubana?

—No. ¿Por qué?

—Lo digo por el aviso en la puerta.

—Yo soy venezolana.

—¿Tú eres venezolana? ¿Cómo has venido aquí? Entonces puedes muy bien ser nuestro camarada.

Ella ríe y saluda. Sus ojos tienen un destello rápido. Parece más bien una niña. Está allí como pudiera estar en cualquier otra parte.

—Verán. Me llamo Ernestina Rojas.

Rápidamente, mientras enciende un cigarrillo, nos cuenta su historia y lo hace como si leyera en un breve libro. Hacía apenas un mes que se había casado con un extranjero; pero luego resultó que su marido pertenecía a una banda de estafadores. En Caracas, su madre la persuadió a efectuar aquel matrimonio casi contra su voluntad. Se embarcaron en La Guaira y al llegar a Colón fueron detenidos. A poco Ernestina quedó en libertad. Una compatriota le indicó aquel refugio. Es un gran servicio, porque no tenía la licencia indispensable. De este modo ha podido permanecer libre, a diferencia de

las otras que viven en el mismo edificio, en habitaciones alineadas como celdas. Allí entran bajo contrato. Luego, como contraen deudas y reciben adelantos, no pueden salir. La cocaína y el alcohol hacen lo demás.[26] Así encontró Ernestina el *cabaret* en su canastilla de bodas. Pero no hay en ella asomo de amargura. Acepta el destino tal como se presenta. Únicamente desea volver a su tierra.

—Reconquistar la tierra cuando se sale de ella es difícil —dice Revilla—. A veces se consigue, pero al precio de muchas desventuras.

En los ojos de Ernestina tiemblan pequeñas gotas, pero en seguida sonríe. No es nada. El humo del cigarrillo.

El salón se había ido animando. Marinos, beodos, burócratas, diplomáticos. La atmósfera apestaba de humo y menta. En la sala hizo irrupción un grupo: Luis Argote, Miguel Segurola, Félix Palma, Cayetano Hernández, venezolanos. Después llegan Teodorico Garibaldo y Nelson Guillén, peruanos; Napoleón Patiño y Pericles Rivadioso, ecuatorianos. Los nombres anuncian reminiscencias de lecturas de los padres. Preferencias diversas. Todos eran emigrados.

—Nuestra compatriota Ernestina Rojas —dice Revilla.

Discuten en voz alta y hablan de la revolución. Para Revilla esta sería tan ineficaz como cualquiera otra de los anteriores movimientos armados si no se acompaña de una voluntad generosa y creadora. Además es preciso estudiar y hacer estudiar como se estudian las capas de un terreno donde va a construirse una obra de ingeniería. En cambio para Argote todo era muy sencillo: bastaba entrar a sangre y fuego y sentarse después a gobernar. Entonces empezaría una era de felicidad sin límites.

—Será preciso consultar al doctor Wendano —dice Revilla irónicamente.

Argote cobra una expresión amenazadora, pero Félix Palma interviene. Habla de una revolución en conjunto; de un movimiento simultáneo en toda América. En Palma la cabeza parece haberse desarrollado a costa del cuerpo. Es todo libros, pero en sus ojos brilla una voluntad resuelta. Revilla lo observa con simpatía, casi con ternura. Palma está próximo a partir para la frontera donde el general Robles, el general Cayetano Robles, prepara una invasión al territorio de Venezuela.[27] Todo estaba ya listo. Solo faltaban unas armas que debían llegar a Barranquilla, vía Panamá, para ser enviadas al Arauca. Inútilmente Revilla trata de disuadirlo.

—Robles es como todos —le dice—. Pero ¿no es una desgracia que pongas tus ideales al servicio de Robles que solo piensa en sus negocios? Cogerá el ganado, sarrapia, caucho y lo irá a vender al Brasil y se irá luego a cualquier parte a vivir unos meses. Él te despreciará en el fondo o prescindirá de ti cuando encuentre quien lo interprete mejor, o te dejará sacrificar.

—Tú puedes decir eso —replica Palma— porque ya fuiste. Estás, como quien dice, de regreso. Pero es preciso pasar por esa prueba. Aun cuando sea inútil, es preciso ir.

—Sí, ¡es preciso ir! —repiten los otros.

Y lo peor es que Palma hace sus preparativos como quien sabe que no ha de volver y se adelanta a un destino inevitable.

—¡Nosotros somos seis, diez mil! —grita Argote—. Podríamos tomar uno de esos cruceros que están ahí, de huelga. Iríamos a cualquier sitio de la costa. El que no quiera ir sea declarado traidor y cobarde.

El *manager*, un hombrecito calvo, de *smoking*, apareció y dijo algo en inglés.

—Este hombre tiene aspecto académico y sabe seleccionar meretrices. No lo digo por ti —añade Argote dirigiéndose a Ernestina.

Una tropa de blondas mujeres desfila ante los espectadores. Una vieja canta un cuplé y sonríe tristemente bajo los afeites.

—Qué espectáculo más tonto —observa Guillén.

—Es un espectáculo para palurdos y ancianos.

—Una modesta trata de blancas.

—Compañero Argote —inquiere Garibaldo—. ¿Hay muchas ciudades en esas regiones donde amenaza el general Robles?

—Sí, hay varias ciudades importantes.

—Pero si esas son soledades, el desierto —replica Revilla.

—Pues bueno, hay ciudades. Lo importante es decir que las hay.

—No existe sino la llanura y la palmera —dice Revilla mirando a Ernestina.

Guillén y los otros apenas podían entender una aventura semejante. Para ellos un cambio de esa naturaleza estaba a base de propaganda o de hechos lógicamente encadenados.

—Sin embargo, entre nosotros es lo clásico —explica Segurola—. Entre nosotros no existe un hombre con una gran melena que cometa un atentado en cumplimiento de una orden o por su propio impulso;[28] pero sí es corriente que un hombre monte a caballo y conquiste el mundo.[29]

—Es lo clásico; pero esos hombres acaban con lo clásico.

Ante ellos la tierra se extendía verde, tentadora, copiosa de palmeras. Los ojos de Ernestina esplendían. La tierra estaba en ellos. Una aurora surgía allá, en horizontes infinitos. Un individuo llamó a Ernestina.

—¡Esa mujer está con nosotros! —dice Argote.

En aquel momento un hombre grueso, afeitado, de ademanes ceremoniosos se acercó desde una mesa vecina.

—¿Son ustedes de Venezuela? Yo desearía inquirir algunos datos. Precisamente esta tarde hablaba de eso. Pretendo ir, pero no sé si puedo encontrar algunas dificultades.

—¿Tiene usted alguna causa pendiente?

—No. Absolutamente. Pero tengo una hermana casada con un sobrino del general Pote residente hace muchos años en Nueva York.[30] ¿Conocen ustedes al general Pote? Seguramente habrán oído hablar de él. Fue ministro, creo que de obras públicas.

Argote manda a servir cerveza y extiende ante el intruso una historia de castillos sombríos y suplicios, interminable.

—Yo creo que usted puede ir —interrumpe Revilla—. Un hermano del sobrino del general Pote. Puede ir, puede ir, sin que su presencia ponga en peligro al orden público.

El hombre saludó extrañado. Argote lanzaba miradas llenas de recriminaciones.

—Me habían dicho…

—Oiga. ¿Cómo se llama usted?

—José Suñol. Soy catalán.

—¿Es usted agente viajero?

—No. ¿Por qué?

—Vaya y dígale a nuestros amigos que nos escriban con agentes viajeros. Los agentes viajeros son nuestros grandes medios de comunicación.[31]

El hombre se alejó amoscado.

—¡No haces más que gritar traiciones! —exclamó Argote increpando a Revilla—. Pero ¡te haré lanzar del partido! ¡No tendrás ninguna parte! ¡Ninguna! —gritó cada vez más exaltado.

Y Revilla:

—Yo no pertenezco a ningún partido.

En el grupo irrumpe un muchacho, Remigio López Franco. Acababa de abandonar Venezuela para no volver, según afirmaba, aun cuando los ojos se le nublan al solo recuerdo. Ver otra vez La Guaira, el Ávila, la costa en la noche. Goza de su destierro como de un ideal realizado. Indignado porque un policía lo llamó extranjero.

—¡Cómo! Un venezolano extranjero en Panamá. ¿Y el Libertador?

El mismo Argote no deja de sonreír ante aquella candorosa exclamación.

Aquella noche Revilla acompañó a Ernestina hasta su casa, en Chorrillo. Subió la escalera alumbrada con un bombillo rojo y sentose en la cama. A los pies estaba el equipaje de Ernestina: una maleta con dos vestidos. Su pasaporte estaba en poder de la policía. Ernestina, los brazos sobre el pecho, permanecía en pie, como en espera de una orden.

—¿Qué te pasa? —preguntó riendo.

Pablo hizo un gesto desolado. Todo aquello le parecía extremadamente lamentable, casi grotesco. La voz de Ernestina pareció despertarle. La miró, tal vez a pesar suyo, como ninguno la había mirado hasta entonces y se alejó bruscamente. Caminó largo rato. Se encontró ante las antiguas bóvedas. Lienzos de viejas murallas. Trepó los escalones hasta la rampa convertida en paseo, donde antaño se podrían las cureñas al sol y al agua, y sentose en un banco. La noche avanzaba y pronto sería la aurora. Surgía ante él un mar de azul leve. Con la frente oreada por el aire helado veía amanecer. Solo en el corazón de Pablo Revilla desde hacía tiempo no había aurora.

Pablo Revilla apenas tenía unas semanas en Panamá y dos años de vagar por repúblicas americanas. En 1927 las ideas revolucionarias habían ganado mucho terreno sin que las autoridades se dieran cuenta exacta gracias a su desprecio por la letra escrita. Su odio no les había curado de ese desdén que los recluía en una profunda ignorancia de cuanto pasaba a su alrededor. La nube se deshizo al fin. *Sachka Yegulev* había venido a ser un evangelio y estaba en las manos de todos

los hombres de veinte a treinta años. Era todavía la revolución un poco retardataria, independiente del movimiento que se ha propagado después.[32] Gracias a su talento y a sus lecturas, Pablo Revilla se había librado de admirar a esos Zola y Maupassant tropicales que en 1914 paseaban su gloriola agresiva por las parroquias suburbanas del continente. En 1928 tomó parte en la huelga estudiantil, acompañó a los suyos en la prisión y cantó canciones burlescas en el castillo de Puerto Cabello. A la salida se batió en el asalto de un cuartel. Tuvo la fortuna de huir y ganar la isla de Curazao, y allí consiguió pasaporte para Colombia. Durante el movimiento se mantuvo en un orgulloso aislamiento, ajeno a todo cuanto fuese clica o tratase de explotar su entusiasmo. Sabía que en torno a sus ideas estaban en juego intereses personales que nada tenían que ver con la defensa de los oprimidos. Esto lo puso a recaudo de sorpresas aun cuando le ocasionó muchos disgustos. Tenía entonces treinta y dos años.[33] La huelga de Santa Marta estalló poco después de su arribo a Barranquilla. En seguida se trasladó a la zona bananera.[34] Su alma hirvió de cólera y de gozo. Octubre y noviembre de 1928. Los incendios estallaban en las plantaciones. Se fusilaba a los huelguistas por la espalda. Ardían los bosques, las viviendas. Todo como en *Sachka Yegulev*. Caía la noche. Soplaba un viento húmedo que penetraba en los corazones. La noche avanzaba como la muerte. Amontonados en las estaciones, a las puertas de las viviendas, dormían los obreros con las mujeres y los niños. De pronto, en el silencio, un toque de corneta, ruido de pasos y ametralladoras. A veces los huelguistas desarmaban compañías enteras. Pablo arengaba a los de su grupo. Agitaba sobre ellos una especie de gorra negra. Era la señal. Su voz era clara e imperiosa. No debían ceder. «Es preciso ir al sacrificio» –repetía siempre–. «De sacrificios está compuesta la historia de la humanidad». Dos veces

estuvo a punto de caer en manos de las tropas. Ocurría, en ocasiones, que los mismos soldados se unían a ellos. Un teniente que se negó a dar la orden de fuego fue condenado por cobardía. Hacia el alba pasaban los convoyes llenos de muertos y eran enterrados en grandes zanjas abiertas rápidamente. Después se hizo preciso quemarlos, rociar los cadáveres con gasolina. A cada paso, en aquellas marchas penosas, encontraban cadáveres que parecían verlos aún, los ojos muy abiertos. Fue un día, en los comienzos de noviembre, cuando Pablo cayó herido. Como se afirmaba que ya la huelga estaba vencida, y no había cuartel, trataban de ganar la sierra, salir a la Goajira. Al atardecer se detuvieron cerca de un bosque. Un grito se alzó entre ellos. Una especie de rugido. Estaban cercados. La descarga los envolvió de humo. La primera en caer fue una mujer. Todos pudieron verla en aquel momento. Alzaba un niño entre los brazos pretendiendo cubrirse con él. Rápidamente Pablo se echó a tierra. Después solo sintió la oscuridad y el vacío en torno suyo. Unos soldados se alejaban. Estaba salvado. Los furgones no llegaban hasta la madrugada. Quedaba allí una masa hedionda, de la cual salían gritos, lamentos. Algunos se alzaban también penosamente, se arrastraban un trecho pidiendo auxilio, agua. De improviso vieron que algo distinto de la noche venía hacía ellos. Del silencio del bosque se desprendía un fulgor rojo. Querían incinerarlos vivos. Ya Pablo no podía agitar su gorra, porque su pequeña banda yacía por tierra. Los pocos salvados se pusieron a abrir un cortafuego. Por fortuna el viento cambió. Entonces Pablo se dio cuenta de que él también estaba herido. Un dolor agudo le abrasaba el pecho. Arrastrándose en aquella claridad siniestra, pudo llegar a un bohío donde un indio le dio asilo. Toda la noche, mientras el fuego devoraba los bosques lejanos, y se oían voces y trompetas y lamentos, vio aquel rostro impasible inclinado sobre él. Estaba sentado

en el suelo, fumando. Bajo sus párpados entornados creyó ver cierta llama interna que lo iluminaba. Mientras el bosque se convertía en cenizas, la carne del indio se volvía como una lámpara de barro y Pablo lo contemplaba con respeto casi supersticioso. El indio comenzó a curarle. Su rostro era impenetrable. Le fue imposible oírle una palabra acerca de los sucesos que venían desarrollándose. Parecía indiferente a cuanto le rodeaba, pero en sus ojos brillaba la inteligencia. El silencio del indio era un estado de alma. Un estado de alma que duraba siglos. Allí permaneció Pablo veinte días. Entonces supo que el jefe de operaciones estaba escribiendo el relato de los sucesos de la huelga y se holgaba tanto del mérito literario de su obra que había resuelto editarlo en folleto cuyo precio sería de un peso el ejemplar. Estos y otros pormenores daban las noticias transmitidas de Bogotá. Encerrado en su habitación con una máquina de escribir, el jefe de operaciones estaba satisfecho de su estilo. Esta preocupación le hacía trazar arabescos sobre aquellos recuerdos y le hacía olvidar todo, hasta la sangre vertida.[35]

Burlando la vigilancia, o porque las autoridades le creyesen ajeno a los sucesos, pudo Pablo volver a Curazao. Desde entonces tuvo conciencia clara de su destino. En Cuba le negaron pasaporte para México. No tenía el depósito exigido por las autoridades de aquel país. En La Habana encontró Revilla a otros desterrados –ante todo desterrados de sí mismos–, entre ellos a Jaime Lobo, un muchacho macilento con ojos de alucinado llevando siempre dos o tres panfletos bajo el brazo. Sus manos temblaban de un modo extraño. Una noche paseaban juntos por los malecones. Pablo discutía como siempre. Había ido adquiriendo un sentido menos local de las cosas, y a veces, al expresar sus ideas, dejaba a Lobo suspenso en cavilaciones. Como en Curazao y en Barranquilla y en Santa Marta ya veía una sola multitud –no de este ni de aquel país–,

y le parecía necesario enseñar un camino a toda aquella masa dispersa, ignorante de su propio destino. Pero Lobo no comprendía bien y Pablo había cesado ya de hablar. Ante ellos el castillo de La Cabaña perfilaba sus murallas españolas.

—¿Ves ese buque? —dijo de pronto Lobo—. Es una tumba flotante. Hay allí un calabozo

donde meten algunos presos, ciertos presos… Pero una parte de ese calabozo está sin fondo. El preso tanteando cae…

—Y pensar en todos los que murieron allí por la libertad.

—Y los que morirán —replicó Lobo con cierta firmeza.

A Revilla le gustaba mostrarse ausente de las resoluciones decisivas. Así creía valorarse.

—¿Tú crees?

—Igual que en nuestro país. Como ese buque aquel castillo tiene el nombre de Libertador.

Separáronse en silencio, cerca del monumento a las víctimas del *Maine*. A los pocos días supo Revilla que Jaime Lobo estaba detenido en La Cabaña a causa de uno de esos panfletos que él escribía, imaginando cambiar la faz del mundo, y no eran nada en el fondo: injurias. Visitó al ministro, pero este lo recibió en la puerta, sin dejarlo entrar. Estaba en bata, una bata morada a cuadros negros, la cabeza envuelta en un vendaje blanco. Corrían extraños rumores. Se decía que el ministro padecía un mal terrible. Le dejó helado aquella mueca babosa de su rostro, rasgado por una risita siniestra. No sabía nada. Ni siquiera conocía a Jaime Lobo. También llamó la atención de Revilla la residencia del ministro. Había oído decir que vivía en una mansión espléndida y lo hallaba en un pobre entresuelo subarrendado a los inquilinos del piso alto. Una noche, en sueños, poco después de su entrevista con el ministro, Revilla oyó un grito. «La voz de Lobo», pensó despertándose sobresaltado. Lo imaginaba en el buque, cayendo en su tumba silenciosa.

Una suscripción de varios compatriotas permitió a Revilla salir para Panamá. Allí se organizaba una asociación «con ideales», se aseguraba. Su jefe era el doctor Homero Wendano, especialista en sífilis y vías urinarias, un tipo lívido con pretensiones literarias.[36] Wendano recibió amablemente a Revilla. Leyóle unos artículos suyos sobre arte… Él mismo, antes de la lectura, encomiaba sus méritos y después se detenía en cada párrafo para solicitar el juicio del interlocutor.

—Está muy bien —repetía Pablo urgido a cada paso y por complacerle. Pero Wendano se precipitó de improviso, más pálido que de ordinario.

—¿Qué encuentra usted de bueno, Revilla? ¿Cuál frase le gusta más? ¡Dígalo Revilla! —exclamó en una exaltación creciente, agitando las cuartillas sobre su gorra de cirujano.

Revilla asombrado retrocedió instintivamente creyendo que Wendano estaba loco. Luego ahogó unas ganas espantosas de reírse y trató de serenarse. Al fin más tranquilo respondió:

—¡Todo!

Después hablaron del partido que se organizaba. Wendano manifestó que él no podía tratar con todos debido a sus principios y a su condición social. Él pertenecía a la buena sociedad, a la gente decente –afirmaba–. ¿Sabe usted? Yo estoy casado con una Mollejo y las Mollejo pertenecen a las más ínclitas familias del Istmo. Aquel hombre parecía más bien casado con un apellido que con una mujer. Revilla consideró esto el colmo del servilismo y se fue haciendo asco de semejante revolucionario. Wendano no perdonó nunca que Revilla no se manifestase bastante entusiasmado ante la mesalianza[37] de una Mollejo con un Wendano.

También conoció Revilla a Carlos Bache R., ecuatoriano.

—Yo soy un libertario, ¿sabe? —decía mientras le estrechaba efusivamente la mano—.

Yo simpatizo con todos los revolucionarios. Soy amigo de Wendano. Es un talento. Será ministro.

Bache era cronista social del Sur América, un diario con siete páginas en inglés y dos escasas en español.

—¡He capitaneado una huelga de diez mil hombres! —continuó diciendo.

En el *Sur América* Bache adulaba a todo el que fuera capaz de hacerle una invitación. En ocasiones caía en arrebatos casi místicos ante uno de esos personajes. La experiencia comenzaba a fatigar a Revilla. Examinaba los tipos y los comparaba. Pronto le disgustaron definitivamente aquellos revolucionarios que hacían de su rebeldía una actitud; pero no tenían inconveniente en alabar de modo indigno a los miles de explotadores y tiranos minúsculos que había a su alrededor. Era una manera cómoda de ser revolucionario.[38]

Revilla pensaba fundar un diario, dar clases y conferencias. Sus recursos escaseaban. América era vasta, pero América estaba en la indigencia, al borde del desastre, a pesar de sus diplomáticos, de sus condecoraciones, de sus capitolios y de sus odas. América estaba sobre todo desorientada, perdida en un mundo de ficciones. Revilla pensaba escribir: «América tiene necesidad de nuevas orientaciones; de espíritus sinceros y rectos. Sus directores son con frecuencia gente ególatra y es preciso aniquilar la egolatría. Cada país sueña tener su arco de triunfo sobre el cual poner el nombre del vecino. Las pobres masas crucificadas no saben adónde ir con estos borlados frenéticos que las mantienen en la miseria. Sus dineros sirven para construir capitolios gigantescos como si cada patria fuera la cabeza de un imperio, o van a parar a manos de burócratas que las desprecian, y sus escritores no se resignan a simplificar las cosas sino que quieren demostrar al pobre paria nuestro –el cual habita de sur a norte– que cada doctor

ha nacido para su propia felicidad. De ahí las matanzas inútiles de que está llena nuestra historia oscura».

Este lenguaje no satisfacía a sus compañeros de emigración. Oíanle impacientes, con desagrado. Ellos eran revolucionarios personalistas. Concretaban su odio en alguien, sin ir más allá, sin explicárselo de otra manera. Pronto Revilla no fue para Wendano y Bache sino un vendido, un espía.

De todo esto había quedado a Revilla, ansioso de comprender la realidad de su época, un enorme cansancio. Su actividad inicial se había convertido en una especie de indiferencia. Había ido renunciando a la acción y vuelto a encontrar su ironía sangrante. Los únicos personajes dignos de aprecio hallados en su emigración eran el indio a quien le debía la vida y quizá, por su infortunio, Jaime Lobo. El aspecto de su tiempo le había hecho olvidar el problema nacional en sí, el cual le parecía un poco doméstico, rudimentario, frente al mundo. La misma idea de cuando paseaba con Jaime Lobo por el malecón de La Habana.

IV

Al día siguiente de nuestra presentación acompañé a Miss Ayres a Panamá la Vieja, la ciudad destruida a mediados del siglo XVII, quemada por los propios españoles, cuando estaba a punto de caer en manos del pirata Enrique Morgan, a quien el rey Carlos II hizo caballero. Había en Miss Ayres una exuberancia de selva –energía de razas antiguas nutridas en la matanza–, en busca siempre de una tierra de promisión y ardiendo en su sangre sin memoria del pasado. Miss Ayres enfoca su cámara: la torre cuya vista hizo estremecer de alegría a los vencedores, cuando la contemplaron de lejos. Después la conduzco a través de la antigua ciudad dormida en su tumba de piedra y lodo. Ciudad de traficantes en hombres

y en géneros que se vio sorprendida en medio de su opulencia. Morgan tiene cierto aire vengador. Llega como la justicia, cuando nadie la espera o la pretenden incierta y lejana. Por el mar se escaparon en profundas naos los últimos tesoros. Miss Ayres admira con curiosidad infantil los pozos abiertos para recoger agua de lluvia –albercas de aguas negras donde los vecinos arrojaron sus perlas y esmeraldas–, y los muros de las capillas por donde trepan lagartos y el verde suntuoso y funeral de los matorrales. Por encima evoluciona una escuadrilla de aviones. Cielo de tarde plomiza. Nos sentamos al pie de la torre y contemplo a Miss Ayres en los ojos, ojos violetas inundados de oro, y me parece ver asomado, allá, al fondo, un Morgan que sonríe. Me atrae y rechaza a la vez aquel rostro de una expresión a la vez fría y adorable.

—De noche —le digo, pues que ella desea saber noticias—, pasa por entre las ruinas una procesión salmodiando antiguas preces. Delante van los prelados con sus mitras y cayados de oro. Siguen los canónigos con largas capas, los frailes mercedarios, franciscanos y los frailes de San Juan de Dios; los indios con arcas llenas de perlas cogidas a las hijas de los caciques; los soldados armados de partesanas y los gobernadores con sus pajes; mercaderes, acémilas cargadas de seda y oro; esclavos decapitados al enterrar algún tesoro y mastines feroces adiestrados en la caza de hombres, y hermosas mujeres que arrastran sus mortajas. Entre ellas va una novia muerta la misma noche de sus bodas a quien sepultaron en un sótano con su traje nupcial y un pomito de esencias en las manos. La infortunada busca a su amante entre la multitud y cree que un día vendrá a libertarla de la muerte para irse juntos a realizar su sueño de amor. Sale precisamente la procesión del pie de la torre con cirios encendidos, desciende por la calle del Obispo y se detiene ante el convento de la Merced donde un fraile dice misa ante la comunidad reunida en el mismo orden que

guardaba en el coro. Privilegio este de los mercedarios por haber sido los últimos en abandonar la destruida ciudad. Apenas se ven brillar las antorchas. A esa hora suenan las campanas en lo alto de la torre y se ve a Morgan errante por las ruinas con los brazos cruzados y un terrible desdén en los ojos.

Miramos. Y la torre que veía llegar los galeones del Perú, a cuyos pies se mezclaban los rumores del norte y del sur, mira aún por los huecos profundos de donde se desprenden los murciélagos que hacen su ronda por las ruinas. Una luna blanca apunta sus cuernecillos vueltos hacia oriente.

—Vea —le digo, señalando a un soldado rubio que conduce por la orilla sus gordas mulas relucientes—. No se ha ido todavía y le sonríe a usted. Ni se irá.

El mar entonces parece reflejarse en sus ojos. A punto estaba de creer que había tomado en serio mi relato. Tenía Miss Ayres el proyecto de emprender una explotación comercial; una tienda de antigüedades. ¡Una tienda de antigüedades! Sí, apenas le faltaba el nombre. Se empeñó en que la ayudase a encontrar uno de gran efecto. «¿Un nombre que diga muchas cosas a la vez, arcaico y moderno?». Esto es. Vacilé y al fin, como si así estuviera dispuesto, le dije:

—¡La Galera de Tiberio!

Sus ojos tuvieron un destello rápido. Se levantó invitándome a regresar. La noche se espesaba sobre la torre. El silencio y la noche. Se constelaban las ruinas de un fulgor fugitivo de esmeraldas. Mientras Miss Ayres pone en marcha su coche le enseño la palabra «Welcome» en las puertas de la cantina instalada frente a la torre.

—¿Sabe usted cómo se llamaba el navío en que Morgan partió de Jamaica para Inglaterra al año siguiente de la destrucción de Panamá? Se llamaba *Welcome*.

La Galera de Tiberio ostentó sus magníficas muestras luminosas en la Avenida Central. Ídolos, huacas, collares de amuletos, pieles de caimán. Decoraba las vidrieras una pequeña galera trabajada en nácar y plata. Pájaros embalsamados de plumajes maravillosos, en aros de cristal. Símbolos para historiar letras en la obra de Camphausen. Artículos para turistas y marineros.*

Y en realidad pronto la tienda comenzó a darme una impresión semejante al relato de Camphausen. Era una demostración de lo que sería dentro de algunas centurias una tienda de antigüedades con sus fonógrafos, sus máquinas de escribir, refrigeradoras y linternas de mano. Y sentí una inquietud vaga, pero cierta, de que todo lo que hoy constituye nuestra vida se escapaba, perdía su sentido, transformándose en una capa de polvo sobre unos cuantos objetos en las salas desoladas de algún museo o en las vitrinas de una tienda de antigüedades. En cambio, un sonido tan leve como el canto de un pájaro continuaría resonando idéntico allá en bosques y selvas. La misma mariposa tendría más resistencia que la estructura de los aviones y estos, tal vez, serían borrados del cielo como un pensamiento que a veces está en nosotros y desaparece para no volver a encontrarlo. En aquellos días dos aviones desaparecieron misteriosamente. Un navío desconocido fue observado cerca de la escuadra del Atlántico y al mismo tiempo en otro extremo, en el Pacífico. He aquí los despachos aparecidos en los diarios:

Honolulú, febrero 6.- Torpederos americanos se dirigen a 1.63 latitud oeste y 30 longitud norte, en las inmediaciones

* En el parque del indio Urraca oía a menudo el canto de un pájaro singularmente puro y cristalino. Los pocos a quienes interrogué no supieron decirme su nombre. A falta de este le llamo pájaro cativo.— Xavier Silvela.

de la costa nordeste de Hawái donde ha sido visto un buque de procedencia desconocida. En un principio se creyó que era el vapor británico *Asiatic Prince*, el cual se había perdido; pero se confirma que este buque se halla sano y salvo en el océano Índico. (*United Press*).

Nueva York, febrero 8.- Mientras la flota americana del Atlántico se dirigía a Cristóbal para cruzar el Canal de Panamá, se constató la presencia de un buque que seguía obstinadamente la misma ruta de la escuadra y el cual desapareció a trescientas millas de la costa. Se observa que su forma no es la misma de los barcos que actualmente atraviesan los mares. (*United Press*).

Vi a Miss Ayres y le rogué:

—¡Por Dios! ¡Quite usted ese nombre! Es algo terrible. Fue una ligereza de mi parte decírselo a usted.

Por primera vez vi nublarse su rostro. El nombre era de un efecto mágico. Miss Ayres dio orden de construir algunas antigüedades para los turistas e hizo instalar en la puerta principal una máquina de pesar. A veces adquiría preciosidades, pero estas eran embaladas cuidadosamente y remitidas a Nueva York.[39] Los bazares chinos e hindúes abarrotados de porcelanas y sedas apenas podían competir con ella. Corrieron rumores de contrabando. Bajo la influencia de los anunciadores, el *Sur América* abrió una campaña, en la cual se traslucía el caso de Miss Ayres, en pro de los principios republicanos, de la ética comercial, del nacionalismo económico y de la necesidad de adoptar medidas para defender el comercio de importación contra abusos que representaban antecedentes peligrosos. Se registraron algunas quiebras.

La gracia de Miss Ayres se derramaba como áureo polvillo sobre antigüedades fabricadas o auténticas y sobre los mil objetos procedentes del Cairo o de Shanghái. Vistosos tapices cubrían las paredes. Crecía en ellos la palmera o la flor de loto. Tendían las palmeras sus frutos estremecidos por los ardores del desierto. De día Miss Ayres permanecía en la trastienda oculta por un ancho tapiz egipcio donde un rey recibía ofrendas de flores y pájaros, entregada a sus facturas, correspondencia y libros de contabilidad. De noche, en la terraza del *club*, ostentaba sus espléndidas toaletas,[40] sus collares antiguos, sus magníficas espaldas, en compañía de amigos rubicundos que se embriagaban ceremoniosamente. Miss Ayres se aficionó grandemente a la civilización de los incas.

—¿Ve usted esas gaviotas? —díjome una vez pensativa—. Deben tener sus tradiciones. Acaso saben el día en que el último inca va a volver resucitado por su padre el Sol. —Y otro día mostrome un brazalete de antiguas piedras de las amazonas, verdes como esmeraldas, tallado en forma de serpiente con adornos de flores. Piedras cada vez más raras a las cuales se atribuían virtudes curativas. Los anillos y los bordes de los pétalos eran de oro.

—Es una joya de los incas —y hacía notar mientras acariciaba las hermosas piedras, el alma del artista que las trabajó con amor y sabiduría.

Y comenzó a trazar proyectos para emprender exploraciones en la isla Gorgona de la cual había oído hablar a un marinero. Le refirió este que desembarcando un día en la isla tuvo ocasión de presenciar hechos que no se creerían. En primer término existe la creencia de que nadie puede entrar allí. Un temblor se apodera del cuerpo y se sienten azotes en el rostro. Al mismo tiempo se escucha un ruido como si una ciudad entera cayese derribada. «A través de la lluvia densa vi –dijo el marinero– unas sombras que huían». Durante mucho tiempo

se creyó que allí, donde Pizarro esperó largos días la llegada de un socorro, se habían asilado los dioses indios y también que mucho de los tesoros imperiales fueron transportados a esas islas después de la derrota.[41]

Una noche, estando con Herr Camphausen en el Miramar, vi a Miss Ayres en compañía de Darío Alfonzo. Junto a ellos unos diplomáticos suramericanos esperaban la luz del día para ir a servir en la cama los intereses de sus respectivos países. Con lo que se gastaba en mantenerlos ociosos podía cada una de esas patrias pobres y rudimentarias construir por lo menos una escuela o un camino.[42]

La fiesta, como todas, se desarrollaba en las terrazas. Las mismas luces; las chaquetas blancas de los oficiales muy tiesos con la inscripción «Audacia» en las presillas; los mismos mantones; la misma charla pueril, insípida. Danzones y tangos. Miss Ayres ostentaba un pesado collar de oro antiguo y una diadema de perlas mortecinas cuya gloria se remontaba a los tiempos de Morgan: rocío en el oro de sus cabellos. Don Paco de Lareda iba refiriendo historias eróticas de las cuales era el protagonista, aventuras vividas en distintas ciudades. En tal ciudad una muchacha había ido a visitarlo en la noche víspera de su boda, cuando ya él estaba recogido. En tal otra, dos damas hermosísimas se manifestaron dispuestas a abandonar sus hogares y le imploraban las recibiese a su lado. A una de ellas apaleó en la calle, cierta noche, cuando regresaban a su casa, en medio de una acalorada disputa motivada por los celos. Un panadero que pasaba al acaso, pues eran ya las horas del amanecer, exclamó indignado: «¡Qué bruto!». «¿Oyes lo que dice ese hombre?» –exclamó la dama entre indignada y llorosa, y en cuyas lágrimas temblaba cierta alegría por aquella prueba de entera sumisión a su amado. Y él bajando el bastón: «Tiene razón, pues… Ninguna persona decente duerme de noche», añadió apurando su copa en medio de un coro de risas.

Después don Paco habla de la crisis. Considera al dolor como un bien, pues hace más grato el placer, y manifiesta su desdén y repugnancia por las masas humanas. Que la humanidad sufra crisis o no es cosa que debe dejar indiferente a los espíritus superiores. La esclavitud –afirma– fue la obra de los hombres inteligentes y estos solo deben inquietarse por conseguir los goces y bienes terrenos, en una palabra, el placer.

Don Paco habla gozando con deleite el éxito momentáneo que sus expresiones le aseguraban entre sus interlocutores. Levanta la copa y bebe insaciable. En aquel momento penetró en la terraza un compatriota y colega de don Paco que se dirigía a una de las capitales del sur. Era un viejo casi baldado, ventrudo, de piernas cortas, con la cabeza alargada hacia el occipucio. Llevaba un frac antiguo, de faldones cortos, prenda salida sin duda de las manos de un sastre en algún villorrio lejano.

—Es otro de nuestros diplomáticos —digo a Camphausen. Y como le viese interrogador añado—: En Venezuela se comienza a ser persona a los ochenta años.

Don Paco hizo un movimiento para ocultarse de su colega a tiempo que Miss Ayres llamaba a un camarero, y como al volver la espalda se encontrase con ella:

—¿No es verdad? —preguntó con amable sonrisa—. ¡Ah! ¿Pero usted habla español? ¡Al fin! —Sus ojos recorrían libidinosos los blancos hombros de Miss Ayres.

Lejos las luces parpadeaban en torno a la vieja muralla. La ciudad se dibujaba en la noche con su ardiente rumor. Murmullo de humanidad que se esconde. Allá lejos la multitud se apretujaba en viviendas inmundas. Un dolor de exhibición prohibida, pues los desheredados no tenemos derecho a la ternura, ni nadie es capaz de comprenderlo. Una mirada hosca o la indiferencia es nuestro consuelo. El fondo de la terraza es el mar oscuro y aquel dolor va adquiriendo plenitud en la noche profunda, haciéndose monstruoso con sus mil

formas; intangible e invisible. La voz de don Paco se alzaba de nuevo:

—¿Vendrá usted con nosotros? Irán otros amigos.

Pero Miss Ayres saludaba encantadora y se disponía a bailar con Darío Alfonzo. Don Paco quiso seguirla inútilmente. Los danzantes se interpusieron y él quedó perdido en aquel torbellino.

—Parece que el Istmo da vueltas —decía tratando de salirse—. ¿Hacia dónde sale el sol?

¡Ah! Sí. Es por allí. Este aire me hace mal. —Sus compañeros le siguieron ayudándolo a subir al auto.

Las notas del *jazz-band* poblaban la terraza y parecían retorcerse, romper con estrépito los comentarios de don Paco y hacer contorsiones burlescas sobre el largo occipucio de su colega; sobre las obras de Testa y de Miguel Heredia. Darío oprimía con fuerte abrazo y quemaba con sus labios el rostro de Miss Ayres, que se abandonaba y entornaba los ojos danzando más bien en un éxtasis voluptuoso. Se habían detenido junto a la balaustrada que rodea la terraza sobre el mar, y ante ellos caía la noche, una noche densa y profunda, cargada de emanaciones eléctricas, sin estrellas. Interrogué a Herr Camphausen con la mirada:

—Yo los he puesto en contacto —aseguró con gravedad afectada—. Hace poco tiempo estuvo en La Galera de Tiberio donde compró, por cierto, un pájaro embalsamado. Y a propósito, tenía que felicitar a usted por esa idea. Es un nombre magnífico para un establecimiento de ese género. Ahora, como según convinimos, el famoso escarbuclo ha desaparecido, debemos establecer nuevas conjeturas. Solo así podremos ser buenos historiadores. Es el mismo Alfonzo quien lo ha robado para entregárselo a un inglés, una noche, mientras los oficiales de a bordo asistían a una fiesta en la residencia del gobernador de la Zona. El almirante lo

guardaba en su cámara sin mayores precauciones. El anillo estaba sobre una mesa como si fuese cualquier otro anillo. Muy bien Alfonzo podía ser arrestado; pero pondría sobre aviso a su dueño actual, y todo debe hacerse con el mayor sigilo. En cambio, Alice que tiene muy buena madera de espía —Camphausen guiñó los ojos—, se ha ofrecido a recuperarlo. Darío sabe por instinto que en esta lucha será vencido. Observe sus ademanes casi brutales que quizá causen el mejor efecto en Miss Ayres. Sabe que está vencido de antemano, pues ella hará de él un simple instrumento. Por otra parte, carece de escrúpulos. En el fondo ama la aventura y para él no hay en todo esto sino el deseo de poner en práctica su inclinación y su mala fe.

Iba a felicitarlo, pero volviose Miss Ayres en aquel momento y al verla tan radiosa no pude menos que disculpar su ambición de inclinar la cabeza, adorada como una diosa, desde un navío suyo y poseer un mar con sus islas y las ciudades de sus costas, y sus grutas, y sus perlas.

—Usted, profesor, que es tan sabio, muy bien podría disertar ahora sobre la belleza. Vea a Miss Ayres. Se comprende en seguida que su poder viene de lejos, de un misterio insondable. En todo tiempo ha salido una mujer para hacer la historia y en pos de ella ha ocurrido siempre algo fatal. Si usted, profesor, llegara a enamorarse de Miss Ayres…

Pero Herr Camphausen no me dejó concluir. Me dio las más amables disculpas y me rogó lo acompañara hasta el hotel. Hacía días venía sintiéndose mal y quejábase ahora de un malestar repentino. Al día siguiente debía ingresar en el hospital para someterse a un examen.

—Hace días he debido partir y no sé por qué estoy aún aquí. He pensado tomar algunas notas —añadió tristemente.[43]

A la misma hora don Paco de Lareda hallábase en su casa con algunos de sus colegas ante unas botellas de champaña. Habían hecho venir algunas mujeres del Kelly. Les enviaron cuatro francesas con nombres españoles que se hacían pasar por suramericanas. Don Paco puso en la victrola la misa de *Réquiem*, de Beethoven.[44] Las mujeres apretujadas contra los hombres lanzaban pequeños gritos.

—Hace falta una botella de falerno —afirmó don Paco con voz doctoral.

Apagó la luz eléctrica y encendió unas bujías color rosa, en candelabros de cobre.

Todo esto daba a los presentes idea de un espíritu muy refinado. El bogotano Jacobo Daza repetía como un estribillo:

—Muy gentil, muy gentil.

Don Paco iba de un lado a otro y bebía sin cesar. Junto a su copa reposaba el libro *Motivos de la raza* escrito por el licenciado Inocencio Lameda y en el cual había amontonado el autor sus observaciones microscópicas de veinte años de estudio. Una de las cabaretistas, engalanada con el nombre de Lola, porque amaba los nombres españoles, se precipitó de repente sobre el libro, y sin dar tiempo a impedirlo, rasgó una hoja para servirse de ella como servilleta.

—¡Por favor, mira que ese es nuestro Montaigne! —decía don Paco tendiendo las manos en un gesto cómico de fingida súplica para amparar el libro.

—¿Montaigne qué? —preguntó Castrebil.

—¡Ah, *le petit* Montaigne, *le petit* Montaigne! —exclamó Lola tirando el libro. Había mutilado precisamente la dedicatoria donde Lameda con su magnífica letra había escrito: «Al muy ilustre escritor don Paco de Lareda.- Respetuosamente.- Homenaje.-» Apenas quedaba un rasgo de la firma y rúbrica de Lameda. Después no se vio nada. El viento volvía las páginas como

un epitafio cubierto de hojas secas. Los demás bebían ajenos a la tragedia del libro. Fumaban en sus largas pipas de marfil.

Comenzó entonces Castrebil a tratar su tema favorito acerca de la competencia en la «carrera». Para Castrebil aquella se hallaba precisamente en haber servido en Oriente y Occidente, ocultando cuidadosamente que antes había estado en la consular. Refería, según costumbre, sus recuerdos de Constantinopla, un verano antes de la guerra. Decía esto por humillar a los otros que solo habían servido en Sur América y extendía el nombre y el número de sus condecoraciones europeas y suramericanas. Sin poder contenerse, y como ocurría siempre, Carlos Rusián, encargado de negocios, le interrumpió:

—Yo podía servir a mi país en Europa si no fuera por la injusticia de mi jefe que siempre se ha opuesto a mi ascenso a una legación de primera.

—¡Ah, la injusticia!

—¡No hablen de injusticias! —replicó don Paco—. ¿Qué dicen ustedes de mí? —don Paco aspiraba al Vaticano. Según él los cardenales tendrían una triste idea de Venezuela a causa de sus ministros—. Yo me encargaría de modificar esa triste opinión de sus eminencias… Sin embargo, un ministro recién llegado a Caracas llama al jefe de nuestra cancillería «varón esclarecido». Sin duda aspira a una condecoración.

El disco de la misma misa de *Réquiem* había terminado. El viento hacía oscilar la llama de las bujías. Los labios de las mujeres, húmedos de champaña, aburridas de aquella conversación, estaban cubiertos de una niebla.

—¿Qué hacemos, pues?

—¿Y eso lo pregunta usted? Ahora verán. —Don Paco echó incienso en un pebetero de cobre. Después dio unos pasos y comenzó a desnudarse. El criado le trajo una bata oscura con ramazones violetas.

—Parece que el Istmo da vueltas. Ahora verán un cuerpo terso y juvenil. ¿Han visto ustedes esta noche, en el *club*, a una mujer deliciosa?

—¡Es Miss Ayres!

—¡Ah! ¿Miss Ayres? Por eso pensaba que el aire me hacía mal. En realidad el genio del aire es benéfico; pero ese aire lo deja a uno sin aire. ¡Sirvan más *whisky*! Pero, ¿no es esa la dueña de La Galera de Tiberio? ¡Ah! ¡Tiberio sí supo vivir bien!

Resonaron las risas de Castrebil y de Daza. Caminaba don Paco apoyado entre dos cabaretistas. Las hizo desnudar y meterse con él en el baño lleno de agua tibia. Sobresalía su cabeza lívida entre el abrazo de las dos muchachas. Y luego, con voz cavernosa, mientras sus manos removían al agua suavemente:

—¿No saben ustedes que Reveur huyó la otra noche en que lo llevé a la casa de Magda?

—Se hizo servir otra copa y por centésima vez refería su aventura, cuando una muchacha fue a entregársele la víspera de su boda. Una luz color amarillo descendía del techo.

—Parece un decapitado —dijo Daza retrocediendo.

Una de las muchachas sentose en las piernas de Castrebil que rehuía el rostro, muy adobado. La otra se estrechó fuertemente contra Rusián.

De pronto Lola dio un grito y apoyó la cabeza en el borde de la bañera que se manchó de sangre.

—Don Paco te lo pagará, te lo pagará bien —decía Daza para consolarla.

—Un diente postizo —añadió la compañera de Castrebil en voz baja.

Don Paco salió trabajosamente, sentose en su bufete próximo al baño, se sujetó la bata que el criado le echó sobre los hombros, tomó la pluma para firmar un cheque mientras contraía en una mueca su cara fáustica, y se quedó dormido.

Era ya de día.

V

Félix Palma partió en la primera semana de marzo. Luis Argote vendía automóviles en espera de una orden del general Robles para trasladarse también a la frontera. Pablo Revilla entró a trabajar en La Galera de Tiberio. El doctor Wendano solicitó formalmente del comité de Nueva York el nombramiento de ministro plenipotenciario para el caso de que triunfase el movimiento. El comité respondió que se tendrían en cuenta sus patrióticos servicios. A la vez se le exigía una nueva contribución en dinero. Wendano ofreció girar mil dólares en varias partidas, pues nunca –decía– consideraba suficiente todo sacrificio.

A veces la nostalgia se insinuaba. En cada uno se manifestaba el sentimiento de la tierra: la llanura o la montaña. Recordaban todo lo que les era familiar, hasta el color de los meses. Había sobre todo un hombre que tenía además de su experiencia el dolor de una ausencia sin límites. Ante sus ojos las líneas del puerto de La Guaira esfumándose en la niebla. Tarde de enero. Brillaban las luces y circulaban los vehículos llenos de gente que volvía del trabajo. Todo aquello daba una impresión de paz, de sosiego, del cual él, Pablo Revilla, estaba excluido. Sentíase desarraigado a pesar suyo. Un dolor desconocido que lo sublevaba. La aventura comenzaba con el lucero vespertino visto a través de sus lágrimas. De pronto decía:

—Es preciso no ser sentimental. Broma. Hediondez. No se debe escribir. No se debe escribir mientras no se hayan cumplido deberes esenciales para consigo mismo y para con los demás.

Y en el *cabaret* o en los bancos del parque Santa Ana emigrados de distintos países de América –provincias todas de un mismo imperio–, trataban de hallar un sentido a sus vidas, vidas truncas, fallidas, sin saberlo.

—¡Si pudiéramos hacer algo grande!

—¡Hombre! Eso de que nos dejen.

—¿Han leído ustedes el *Buda viviente* de Paul Morand? En cada una de esas tiendas se creería hallar uno —dice Pericles Radivioso.

—Sin embargo —responde Napoleón Patiño—, acaso no podamos ser un Renaud d'Ecouen o Cohén llegado a tiempo para ver el entierro de la última moneda de oro y su hijo mayor «el sentido moral». ¿No dice así?

Y Nelson Guillén después de una pausa:

—En cambio sí sentimos venir algo nuevo, de lo cual apenas si seremos espectadores.

Tenemos todavía algo del siglo XIX —nosotros los hombres de treinta años— y el XX es intolerante. Habrá que apresurarse.

Y Manuel Segurola:

—Todos los siglos lo son igualmente.

Veían en el fondo de sus vasos como si tratasen de leer allí el porvenir.

—Huir, despojarse, y más que todo, olvidarse de lo que uno es o ha sido. El tiempo actual pide eso. Los que vienen atrás no necesitan hacer ese esfuerzo liberador y serán más felices. Irán con su tiempo —afirma Teodorico Garibaldo.

—Será preciso evadirse, evadirnos de nosotros mismos —añade Revilla.

Aparecían a veces personajes diversos, verdaderos sobrevivientes, gente excéntrica que hacía más pintoresca aquella sociedad ambulante: el general Leoncio Barriga, representativo de las revoluciones del siglo pasado, hombre que llevaba cuenta de sus miserias y de los años pasados en el destierro, los cuales, según él, debía pagarle algún día el pueblo venezolano. El excampeón de baile Fernando Islas, vendedor de pájaros. Día y noche cruza la Avenida Central llevando en alto una rama desnuda para exhibir su industria. Se sienta en la acera

y allí ve pasar las horas muertas. Los mismos pájaros permanecen alelados, el tornasol de sus alas inmóvil. Don José Campos, periodista viejo, ausente por más de treinta años de su país. Cree vivir aún en aquel tiempo. Recuerda los antecedentes familiares de la gente de su parroquia. Historias olvidadas. De pronto dice con las manos entre los bolsillos lustrosos y raídos:

—Cuando yo sea ministro. —Luego tose y escupe.

El obeso Pedro Goritz, dueño del bar Independencia, cruzó un día el parque Santa Ana en compañía de una muchacha.

—Es otra compatriota —explicó después a Pablo Revilla y a Luis Argote—. Se llama Conchita Torres. Le pasó un desastre y la trajeron a Panamá. Desea irse a Nueva York.

Conchita vivía con su madre y un hermano en la calle 2. Pablo Revilla, Luis Argote y Cayetano Hernández fueron a verla. Penetraron en un cuarto casi oscuro, alumbrado con una bujía de esperma. Dos mujeres se alzaron en la penumbra. Doña Andrómaca, mujer gruesa, de tez cenicienta, y Conchita, una muchacha nerviosa y pálida. Se amontonaban allí los objetos más diversos: la mesa, todavía con los platos de la cena, baúles, camas, herramientas. Al fondo de la habitación, sobre un colchón colocado entre dos sillas estaba un niño dormido. Andrómaca acercó la vela para mostrárselos y ante la presencia del niño callaron. Le habían puesto Raúl.

Conchita les dijo el nombre del padre, un joven de familia distinguida, y señaló un lunar en la barba del recién nacido, exactamente el mismo lunar del padre. Podía servir para identificarlo. Habían salido de Caracas por aquello; por no sufrir la malicia de los conocidos. El niño había nacido en Panamá. El hermano estaba en Costa Rica. Era carpintero. No había encontrado trabajo en Panamá. Las dos mujeres

estaban desamparadas. Aquellas herramientas, aquel cuarto lleno de trastos donde se oía el vagido de un niño, era una etapa en un camino de sufrimiento y de abandono. Andrómaca había dejado la bujía y permanecía silenciosa, las manos sobre el vientre abultado. Argote tomó el niño y comenzó a mecerlo entre sus brazos. Conchita lloraba lo que consideraba su infortunio.

—¿Por qué, Conchita? Ahora es que puedes conseguir un buen marido. Eso ya no tiene importancia.

—Es bello su hijo —decía Revilla—. Mañana será un hombre útil. Cuídelo. Que sea de este o aquel origen. ¿Qué más da?

Conchita oía indiferente. Para ella lo más pesado del mundo era tener un hijo. Luego explicó sus proyectos. Debía irse. Tenía que irse. No podía permanecer así en la miseria.

—No te faltará nada. Aquí todos somos una familia.

—Uno de estos días te vendré a buscar, Conchita. Te presentaré a otros compatriotas —dijo Argote al despedirse.

—He aquí las dificultades de no tener una organización eficiente —afirmaba Cayetano Hernández—. Pero, ¿en qué clase podremos clasificar a Conchita? Si fuera una obrera y si en nuestro país existiera la clase obrera con su moral definida, esta muchacha podría tener sus derechos y esperar una sanción de los que la han lanzado a la miseria.

Se alejaban por la Avenida Central. Las estrellas de la media noche temblaban sobre sus palabras.

Uno de aquellos días, a fines de marzo, me llamó Miss Ayres, con urgencia:

—¿Sabe usted? Nuestro amigo Camphausen.

Había sufrido una hemorragia cerebral y se hallaba en el hospital. Allí le encontré, en la celda 279 con una bolsa

de hielo en la cabeza, los bigotes caídos, la mirada turbia, ansiosa. Podría decir que deseaba comunicarme algo. Los médicos aseguraban que se hallaba mejor, pero en la tarde se debilitó de pronto. Sus ojos, muy abiertos, trataban sin duda de ver. Dieron las seis. Por el largo corredor de celdas entraba la sombra; los crepúsculos del hospital llenos de silencios dolientes. Los enfermos se observan con desconfianza: «Yo estoy mejor y tú quizá morirás esta noche». Derribados en sus sillas rodantes o en sus lechos, con la mirada en la pared o en la reja, a través de la cual se ven brillar los primeros luceros, cuentan las horas. Bajo las lucientes sábanas vientres hidrópicos, rostros afilados. Inmóviles sienten llegar la noche.

Busqué con los ojos un crucifijo. En aquella hora una *nurse* se inclinó sobre el lecho de Herr Camphausen. Miss Ayres llegó poco después, al regreso de su partida de *golf*.

—¡He hecho un esfuerzo, un verdadero esfuerzo! El hospital me enferma. ¡Ooooh! —Y se fue.

Con ella entraba en la celda una onda cálida, saturada de vida.

El cónsul alemán no estaba, pero había dejado sus órdenes. Trajeron una caja forrada de cuero negra, parecida a la funda de un violonchelo. Herr Camphausen era pequeño.

—Los más altos quedan siempre más pequeños —observa la *nurse*.

Dos negros tomaron la caja y se alejaron por el corredor en sombras. Yo les seguía creyendo asistir al entierro de la historia universal. Tan pronto me alegraba en secreto, pues me parecía estar libre de lo que me había revelado, tan pronto sentía una compasión sincera. ¡Pobre Herr Camphausen! Iba con más temor de lo que pasaba en torno mío que de todo aquello que ahora se agitaba involuntariamente en mi alma, evocado en nuestras conversaciones pocos días antes.

Recordaba las cajas de libros y manuscritos que aguardaban en Balboa.

Al fin llegamos. Trasladaron el cadáver a una plataforma y desapareció luego en un agujero. Bajaron una plancha de cobre. Se oyó un rumor, un rumor que avanzaba desde adentro. La plancha se enrojeció. Los dos negros aguardaban silenciosos, con los brazos cruzados. Fui a esperar abajo. Tal vez podía encontrar a Miss Ayres, a un amigo cualquiera. En torno del monumento a Balboa se amontonaban las hojas secas del verano. El resplandor azul del mar se mezclaba al resplandor de los astros. Poco después pasaron ante mí los dos negros. Llevaban una cajita, todo lo que quedaba de Herr Camphausen. Advertí en los labios un sabor amargo, a ceniza. Quizá las ideas.

Intermedio

El mismo destino junta en la tienda de antigüedades las cosas más viles a las más íntimas; las más queridas o sagradas. Pero ninguna tiene tanta relación con el tiempo como esos pájaros embalsamados y cubiertos de polvo que decoran ángulos y vitrinas en el establecimiento de Miss Ayres, pues mientras el hombre avanza en su destino, como avanzan el sol y su sistema hacia aquel punto misterioso y refulgente, su canto –que participa del éxtasis y del fulgor de la estrella y tiene la celeste frescura del rocío y el secreto íntimo de la luz del trópico– continúa resonando idéntico allá en la verde celosía de los bosques y hace sangrar, herido, el arcado de la selva. Son tres notas que nunca han variado las cuales se elevan en pleno día con la claridad de los luceros sobre el golfo velado de noche. Ahora, frente al Pacífico todo azul de verano, de un esplendor triste que describe costas áridas, amarillas tierras búdicas, viejos países del sol, mientras pienso en Miss Ayres como si esta fuese también una creación de Camphausen, creo que su canto, el cual ha llegado hasta mí con el primer celaje del día, está animado de poder inmortal y traspasa los siglos a miles de años de luz. Cuando todo muere, aquel signo de vida breve y luminoso, aquel gorjeo extasiado, continúa posándose estremecido sobre las horas pasadas y sobre el presentimiento de las horas más lejanas y desconocidas, eterno como el amor,

como las masas de soles que ruedan en el espacio –gérmenes de universos nuevos– o la pálida muerte que hiela el corazón del hombre. Áureo gemido o canto nupcial.

Y así como el marino lleva un día a su barco lo que fue urna de acento melodioso para exhibir el iris de su plumaje en la reja de la amada, bajo cielos blancos y lejanos, y luego deshecho por el tiempo es arrojado inútil, así he querido a mi vez traerte a ti, amiga,[45] cuyos pensamientos turban los deseos, cuyos pechos se hinchan bermejos y febriles bajo el ardiente beso, la imagen del cantor sacrificado para dibujarlo en el recuerdo de aquellas horas vanas en que subían a tus labios dulces palabras y cuyo aroma disipose un día, pobres horas mustias –antes tan bellas y floridas, no obstante de un colorido eterno– que tú dedicaste al olvido.

Segunda parte

I

Con la ida del verano comenzaron los días pardos y grises con sus largas emigraciones de aves que oscurecen el mar y las cuales veo desde mi balcón en las mañanas muy tiernas, doradas y húmedas de niebla. La crisis aumenta. Todos saben que si enderezan sus pasos a otro país serán tratados como enemigos públicos. Los gobiernos nacionalistas en olor de ideas avanzadas lanzaban severos edictos en tal sentido. Ojos desconfiados siguen los pasos a través de los barrios distinguidos. Obreros fugados huyendo del hambre, escondidos en las embarcaciones, devueltos a sus puertos de origen, tirados en los muelles, durmiendo al aire libre, encarcelados. Toda la vergüenza, el dolor y el cinismo del hampa revuelta en busca de un refugio. Está prohibida la vagancia. Se habla y escribe de «nuestras probables industrias», de «las tierras sin explotar», de «la unión interamericana». Igual manía, iguales mentiras y miedo en todas partes. También se habla de estatuas, archivos, capitolios, victorias patrióticas. Abril tuvo su último esplendor. Moría abril entre el humo de los cigarrillos consumidos en las tertulias ociosas y con el rostro lavado por las lluvias tempranas.

Bache R. agotaba su vocabulario servil en la sección «Sociales» del *Sur América*. Luis Argote anunciaba diariamente una catástrofe. El doctor Wendano publicaba un libro de artículos en

cuyas páginas intercalaba los saludos de la prensa con motivo de sus desposorios con la señorita Luisa Mollejo. Era en mayo. En agosto –decían– habrá posibilidades de trabajo. El curazoleño Horacio Castrillón tuvo un lance con el doctor Wendano. Castrillón alegaba también sus méritos genealógicos. Su hermano Ovidio se había casado con una hija del exministro doctor Angueras Ribia, uno de los personajes más acaudalados del régimen venezolano. E irguiendo su cabeza cubierta de roja peluca que le daba cierto aire bufonesco, tuvo la ocurrencia de poner en tela de juicio el claro linaje de Wendano. Llevado de su odio repetía lo que este le dictaba.

—¡Wendano! ¡Wendano! —decía en todos los grupos— no sabe quién es su padre.

Al principio Wendano prefirió guardar silencio, más luego, desesperado ante la insistencia de Castrillón, pensó que debía castigar el ultraje y con su hermoso bastón labrado dio un breve golpe en la cabeza de su enemigo desgarrándole la roja peluca con la cual protegía su imaginación y sus cálculos comerciales.

—Admiro —decía Revilla al hablar de la catástrofe económica— las ilusiones en que viven estos países. Los conozco casi todos y cada uno vive en un mundo de ficciones.

—Es el optimismo —explica Nelson Guillén— ¿No lo recomiendan tanto nuestros escritores?

Ellos mismos estuvieron a punto de ser expulsados. Se afirmaba que los extranjeros arrebataban el pan a los nacionales, pero al saberse que Revilla y Argote eran enemigos del gobierno de Venezuela los dejaron tranquilos. Además el doctor Wendano intervino en favor de ellos. Argote repetía su frase favorita:

—¡Yo y los mártires de la libertad del mundo entero!

Casi siempre se reunían en La Alhambra. Argote redactaba partes de batallas y trazaba planes administrativos. Declaraba su clerofobia. Ante todo era preciso derribar las iglesias.

Solo así se progresaría. Una noche Ernestina se acercó a la mesa de los emigrados y después de hacerse servir una menta les manifestó que no podía seguir trabajando porque carecía de la licencia necesaria. Necesitaba de una ayuda. Argote, cruzándose de brazos, entre brutal y compasivo:

—Tú eres demasiado inocente para este género de negocios.

Cerca de ellos se reunían los diplomáticos: Roberto Castrebil a quien Garibaldo llamaba representante del tirano Chía, Carlos Rusián, Jacobo Daza y Juan Luque. Don Paco de Lareda organizaba un baile para festejar a su esposa doña Refugio de Lasprilla y a su hija Fredesvinda que llegaban en aquellos días.

Era precisamente la tragedia de don Paco. Doña Refugio era una mujer monumental, de nalgas colosales, rubicunda y áspera. Tenía dos voces: una suave en público y otra gruesa y terrible en privado. Castrebil había dicho:

—Es un baúl camarote.

Las dos damas alborotaban la casa desde temprano y entonces don Paco se veía en el caso de gritar:

—¡Silencio!

Le interrumpían la cotidiana labor de reconocer su firma en los vales suscritos durante la noche en el *cabaret*: —Esta no es mi firma, esta sí—. Se entablaba una larga discusión. Por último el *manager* Joseph Tongui adoptó el sistema de recargar todos los precios para don Paco. Lo que perdía en uno lo recuperaba en otro. Fredesvinda se iniciaba en la vida diplomática con su amiga íntima Lulú Castro y descarga su mal humor sobre la servidumbre: un chofer, el portero y la cocinera. A lo largo de la Avenida Central un sedán gris crujía bajo el peso de las dos damas tiesas y silenciosas. Desde el primer momento, doña Refugio declaró una guerra terrible a los solicitantes. Fernando Islas salió herido. Había metido la cabeza por una de las rejas del jardín en busca de don Paco

y doña Refugio, al verle, corrió iracunda, y tan violentamente bajó el cristal que rompió la nariz del vendedor de pájaros.

Aquella noche Argote observó la ausencia de don Paco en el *cabaret*.

—Falta el nuestro.

—Estará en otra parte. Vendrá más tarde.

Garibaldo anunció la próxima caída del tirano Chía[46] y un orden de cosas completamente nuevo.

—Viene ahora Bergamota, uno de nuestros grandes escritores —añadió Garibaldo—.

Viene de Nueva York donde reside hace tiempo.

Y Argote comenzó un discurso sobre la justicia revolucionaria que iban a llevar a Venezuela:

—A este Castrebil será preciso ahorcar como a todos esos bellacos.

—Yo creo que nada se gana con eso —observó Revilla—. Será preciso ante todo definir cómo debe implantarse esa justicia.

Argote se indignó:

—Tú, siempre lo he pensado, no eres de los nuestros. Tendremos también que juzgarte por traidor.

—Me río de tus amenazas, Argote. ¿Quieres que te diga la verdad? Tú no sabes nada; no sirves para nada.

Argote agarró la botella de cerveza que estaba a su lado y la arrojó contra Revilla, pero este evadió el golpe y la botella fue a estrellarse más allá, precisamente cerca de la mesa de los diplomáticos. El hombrecito calvo y ceremonioso se subió aterrado a una silla y después se precipitó en solicitud de la policía gritando que gente indeseable interrumpía el trabajo en aquel lugar de esparcimiento. Acudió un policía de color, y como Argote tratase de resistir, gritó a su vez:

—¡Aquí no están en Venezuela!

En aquel momento un hombre alto, de cabeza gris, la estatura aumentada por la dimensión de los tacones e imitando

el paso de los elegantes de 1880 atravesó la sala. El *manager* frotándose las manos corrió a su encuentro y lo condujo a su asiento de costumbre haciéndole reverencias. Juan Luque aplaudió y los demás le imitaron y se pusieron de pies para recibir a don Paco de Lareda.

—Pronto —decía Cayetano Hernández mientras los conducían al juzgado nocturno— vendrá Bergamota. Bergamota se parece mucho a nuestro Manapocos. ¿No han leído ustedes las obras de Leandro César Manapocos? Entonces podremos abrir una buena campaña de prensa.

Será preciso solidarizarnos. Yo sería partidario de hacer venir a ambos para que dictaran una serie de conferencias.

Como carecía de la licencia necesaria para trabajar en los *cabarets*, Ernestina fue llevada al hospital y matriculada después entre las meretrices. En su puerta se alineaban marinos, soldados y oficiales esperando turno. Ernestina se dormía con el alba.

Un día Revilla le dijo:

—El hijo de Conchita está como abandonado. Su madre no hace caso de él. Es preciso cuidarlo.

Allí la encontraba Revilla. Al principio Ernestina fue poco. Después se quedaba durante el día. El cariño de ambos creció como si el niño fuera suyo, nutrido de su propia ternura. El doctor Wendano prestó sus cuidados al pequeño. Hicieron una colecta para comprarle una cuna. El valor de esta no pudo cubrirse y fue necesario aplazar el proyecto. Estos cuidados tenían su recompensa. El niño comenzaba a conocerlos y les sonreía. Se estaba en lo más riguroso de la estación. Llovía siempre. Las paredes se cubrían de humedad. El moho corroía las ropas. Conchita estaba casi siempre ausente. Se la veía en compañía de Goritz, de Luis Argote o de Horacio Castrillón. Una de aquellas tardes los ojos de Ernestina y Pablo se encontraron. Era la primera vez

que ocurría de aquella manera, pero esta mirada fue rápida. Hubiérase dicho que se avergonzaban de ella. No se atrevían a pronunciar palabra. Ernestina veía a Pablo muy distante –el único con quien nunca ahora hubiera consentido– y Pablo no advertía que Ernestina le era indispensable. El rumor de la lluvia se filtraba muy adentro. La lluvia describía paisajes monótonos, existencias áridas. ¿Y las palmeras y la luz y los ojos de Ernestina? En la imaginación de Pablo se desenvolvía un poema, uno de aquellos poemas que luego rechazaba mofándose de sí mismo, por parecerles ridículos. Por medio del pequeño Raúl, Ernestina se liberaba. Muchas veces a esta le ocurría pensar que también podía tener un niño así, pero a nadie hubiera confiado su secreto, avergonzada a la sola idea de que llegasen a sospechar en ella ese deseo de una dicha pura y sencilla. Y cuando el niño pasaba de las manos de Ernestina a las de Conchita podían verse sus destinos trocados y Revilla creía realizado su poema.

Andrómaca consideraba una obligación explicar a sus conocidos:

—Ernestina no es de nuestra clase. La toleramos por necesidad —y le fue muy satisfactorio anunciarles que Fredesvinda, la hija del ministro, había solicitado a Conchita para que le hiciese unos trabajos.

Ante Ernestina se extendía el barrio de prostitutas. Ante su puerta se alineaban oficiales, marinos, soldados. No, no bebía. Sentía repugnancia por el alcohol. Cuando se hundía en la calle de bombillos rojos sentía horror, sentía horror porque creía aún llevar al niño en sus brazos. Sí –pensaba– lo mejor era sufrir. En ella se había ido abriendo paso aquella idea. Lo mejor era sufrir. Pedirle a Dios que nos libre del sufrimiento es casi una blasfemia. ¿Qué podía sucederle ahora a ella? El dolor había penetrado en ella. Había sido acuchillada, vencida por el dolor. Es necesario ese cauterio para

entender la vida. Por eso Ernestina reía siempre y parecía hallarse bien en todas partes. Lo mismo en su habitación que en la de Andrómaca. Una noche se hallaba en compañía de un marino beodo. El hombre la contemplaba a través de la niebla que el alcohol ponía en sus ojos azules. Se arrojó sobre ella y la golpeó. Ernestina sintió una cólera salvaje. Abrazados lucharon fuertemente y rodaron por la tierra. Ernestina se incorporó y armada de un candelero de cobre golpeó, golpeó hasta que el hombre aflojó sus brazos. Quiso levantarse, pero se desplomó y quedo inmóvil. Brotaba sangre de su frente, Ernestina creyó que lo había matado y lo contemplaba llena de espanto. Después el marino comenzó a gritar y a revolcarse. Habían roto la puerta. Habían irrumpido en el cuarto con gran tumulto. Entonces se acordó de que estaba desnuda.

Ernestina fue condenada a tres meses de cárcel. Gracias a las gestiones de Revilla y de su abogado Andrés Iglesias, a quien interesó vivamente en su suerte, esta condena se redujo a dos semanas. Era en junio.

—Su amigo Pablo es un *dreamer* —me dijo Miss Ayres.

—Pero, ¿no lo es usted también, Alice? ¿No sueña usted con el amor y la riqueza? ¿No adora usted el éxito?

Revilla hacía el catálogo del almacén. Los sábados recibía su salario de diez dólares y trabajaba ocho horas diarias. Recordó su época de alumno de la Escuela de Bellas Artes y pintaba motivos para decoraciones y antigüedades. Los empleados no veían a Miss Ayres sino cuando hacía su entrada en el establecimiento un cliente de importancia. Después de la muerte de Camphausen permanecía largas horas abstraída y solitaria.

Bruscamente Revilla fue despedido y remplazado por Maggie Rowe, una rubia pecosa y regordeta, de cabellos rojos.

II

Doña Refugio Lasprilla de Lareda y Reverón y su hija Fredesvinda de Lareda y Lasprilla habían llegado de Nueva York. Esto traía desolado a don Paco que hacía años vivía solo y detestaba profundamente a doña Refugio. De repente don Paco veía desvanecerse su proyecto de formarse un retiro tranquilo para vivir con su sirviente. Esto en el momento preciso en que sentíase envejecer y acentuarse su bronquitis crónica. Fredesvinda con sus treinta años permanecía soltera a pesar de todos sus esfuerzos. El sedán gris crujía bajo el peso de doña Refugio durante días enteros. El abultado seno de doña Refugio sobresalía junto a la silueta fina y desdeñosa de Fredesvinda. Pero al volver rompían su adusto silencio, vociferaban y discutían los precios de los comestibles, de las telas y modistas. Todo era un horror de caro. Todo se oponía a la pasión de doña Refugio por el ahorro.

—¡Es preciso guardar! —gritaba a cada momento. Su mirada en ese momento hacia resplandecer sus lentes. Fredesvinda, en cambio, sentíase arrastrada por su ansia incontenible de placer. Si hubieran podido conocerse sus pensamientos, lo que dejaban inédito sus ojos y su sonrisa, se habría llegado a comprender que el corazón de Fredesvinda permanecía ignorado por el amor, a pesar de sus noviazgos; permanecía sin amor y palpitaba al calor de una gran ambición que su inútil doncellez trocaba en tristeza. El sueño de Fredesvinda se poblaba de imágenes que a fuerza de ser claras permanecían flotantes y confusas. Antonio Tejada, empleado de una agencia de cauchos y accesorios de automóviles, lo entrevió y se apresuró a mostrárselo, hacérselo vivir de modo real, inolvidable. Y fue el comienzo durante aquella fiesta memorable con que don Paco quiso festejar el retorno de su esposa y de su hija.

Bache R. ofreció las columnas del *Sur América* a don Paco y Fredesvinda. Rápidamente se había conquistado un puesto en el corazón de don Paco. Bache empleó sus frases, sus fórmulas más pulidas, más eficaces. Una sobre todo tuvo un éxito inmenso: Fredesvinda parecía desprendida de un tapiz de Versalles. Y durante aquellos días, víspera de la fiesta, la sección del *Sur América* dedicada a la vida social habló diariamente de los Lareda, padre e hija.

Toda la semana se trabajó afanosamente. Desde temprano, al regreso de la Zona, donde los artículos eran más baratos por el privilegio de los diplomáticos de comprar en sus establecimientos, doña Refugio tenía los robustos brazos metidos en una montaña de masa. De vez en cuando inspeccionaba los guisos Claudina, la mujer del veterinario Gaspar Buch, muy solícita, pronta a prestar su ayuda. Claudina entraba así en la vida diplomática. Los Lareda tenían motivos especiales para intimar con los Buch: estos mantenían relaciones con poderosos personajes de Venezuela a quienes enviaban costosos regalos. Los Lareda deseaban que en esas cartas se hiciera de ellos gratas referencias. La casa era pequeña. Algunos tapetes a modo de tapices cubrían las blancas paredes. Se hicieron las invitaciones por teléfono. Esto provocó algunos incidentes. El decano Reveur se hizo dar largas explicaciones y pensaba convocar al cuerpo diplomático. Era preciso repetir todo. El decano se quejaba de sordera. Al fin, iluminado por una inspiración súbita, don Paco ordenó decirle: fiesta íntima. Con esto se aplacó. La noche llegó negra y calurosa. El saloncito estaba abarrotado: ceniceros, floreros, imitaciones de terracota pasadas de moda, trabajadas en Caracas en la avenida del Cementerio hacia los comienzos del siglo. Un creyón de don Paco, una victrola 1927. Junto al salón estaba el despacho, el famoso despacho con su diván de cuero y su escritorio de acero donde don Paco examinaba los vales de sus compras,

el mismo despacho donde convocaba a sus colegas para sus misas nocturnas. En el comedor resplandecía el servicio de electroplata procedente de los *ten-cents* de Nueva York. Fredesvinda gritaba siempre por las mañanas: ¡Limpien la plata!

Decíase que era una heredera. En torno suyo flotaba una atmósfera complaciente. Bache pensaba organizar el concurso de «los ojos más bellos» para otorgar el premio a Fredesvinda.

Estos concursos eran calificados de «labores culturales» por el revolucionario Bache.

Don Paco llegó y encontró todo bien. Se asomó a la ventana y contempló la noche a través de los relámpagos que iluminaban el Pacífico.

—¿Han invitado a la señora Rosalén? ¿A Miss Ayres?

En el pequeño salón se hallaban reunidas unas dos docenas de señoras maduras y abultadas. Entre ellas descollaba la señora Buch, esposa del veterinario Gaspar Buch.

—Esta señora tiene en la boca un quilo de oro —dijo en voz baja Juan Luque. Y la señora Reveur permanecía inmóvil, con el rostro vuelto hacia la puerta, para no ver de frente a la Buch. Su actitud determinó en seguida la de otras damas. Miss Ayres llegó luciendo sus níveas espaldas, la garganta ceñida por un collar de turquesas. Doña Refugio metida en un enorme vestido de tul negro anunció:

—Todos los obsequios son obra mía.

Roberto Castrebil se precipitó ante ella a ofrecerle sus respetos, y secándose el sudor de las manos y humedeciéndose a menudo los labios con la lengua, inclinado sobre doña Refugio, refería precipitadamente anécdotas de su vida a orillas del Bósforo y en París y Viena, y hablaba de su villa a orillas de otro río, llena de flores, y de sus vajillas antiguas. Doña Refugio sudaba y aparentaba sonreír. Luchaba con el sueño que traidoramente se apoderaba de ella antes de lo acostumbrado.

A la misma hora, con las piernas descolgadas por la muralla, Darío Alfonzo contemplaba la noche. Espiaba la noche con ojos taciturnos.

—¿Cree usted que se puede matar amando? —preguntó Miss Ayres al oído de don Paco, envolviéndolo con su mirada azul de estío.

—¡Claro! Es lo más natural. Todos los dramas pasionales, o por lo menos casi todos, son obra del amor.

Y Jacobo Daza decía a Castrebil mientras encendía un cigarrillo y salía al vestíbulo a tomar un poco el fresco:

—¡Qué raro! ¿Ha visto usted las turquesas de Miss Ayres? Parecen rojas. Bailando con ella, he creído ver unas gotas de sangre en su cuello.

Las muchachas se habían refugiado en el corredor delantero y don Paco rodeado de sus colegas, con un vaso de *whisky* en una mano y debajo del brazo el tomo de sus obras completas, citaba de memoria los elogios que la prensa de varios países le había dedicado y los cuales guardaba en un precioso libro de recortes, entre estos un soneto de Juan Barragán de la Fuente. Carlos Bache quiso copiarlo para su reproducción en el *Sur América* y se lo hacía repetir palabra por palabra:

> Vertió su vino en cálices egregios.
> Diéronle amor las musas, sin medida;
> pétalo a pétalo su flor de sortilegios,
> de pentélico friso desprendida.
>
> En el pecho la heráldica venera.
> El aire noble, a la infanzona usanza;
> la mano en la tizona, tesonera,
> pronto a esgrimirla en duelo, sin tardanza.

¡Oh príncipe! ¡Oh artista que labras tu leyenda
con orgullo y primor del *quattrocento*!
en el altar de la Belleza ofrenda;
sabio y galante, rival de Paracelso;
es oro en crisol tu pensamiento;
¡digna tu testa del laurel excelso!

—¿Cómo se llama el autor? —preguntó Bache.

—Juan Barragán de la Fuente.

—¿Juan qué?

—Barragán de la Fuente —repitió don Paco en voz baja y con expresión respetuosa, casi solemne. Desde un ángulo el retrato de don Paco miraba a don Paco.

En el salón doña Refugio relataba las andanzas de su marido:

—Ojos que te vieron, paloma turca.

Trazaban una curva con el abanico y sus ojos se humedecían pensando en las infidelidades de don Paco, porque desde sus primeros días de casada las advirtió con las criadas y en el bautizo de Fredesvinda, durante el almuerzo, mientras se inclinaba para recoger la servilleta, lo sorprendió a él y a su prima Julia Lasprilla con las piernas enlazadas. Doña Refugio perdió el conocimiento y así permaneció un día entero. Aquella noche parecía más gorda, las manos muy coloradas, dichosa de haber cocinado aquel día. Los invitados se apretujaban en el comedor desbordante de ensaladas y pastas. Había un tufo de sudor y de *whisky*.

—Vayan comiendo, vayan bebiendo y vayan saliendo —decía don Paco mientras abría el tomo de sus obras completas: dos traducciones del francés y un trabajo de historia patria. Junto a él resaltaba el lívido rostro del doctor Homero Wendano.

El ministro Reveur penetró en el salón y su paso tardo denunciaba la edad del decano a pesar de sus cabellos negros.

Era la suya una quijada corta y pronunciada, de una sonrisa que trataba de ser amable, proa de una cólera permanente disuelta en la piel. Acababa de saber por los diarios de la tarde que el gobierno había elevado el arancel para las curtiembres de su país y ya redondeaba párrafos muy convincentes para su nota acerca de la injusticia e inutilidad de esa medida. Precisamente, el ministro de relaciones estaba allí, al fondo, hundido en dulce bienestar, cerca de una mesa llena de rosas y de las cual emergía una luz suave.

Este fue el momento que escogió Tejada. Fredesvinda se quejaba del mal servicio, de la lluvia, del calor, de la carestía de los alquileres, de todo el mundo. Subieron juntos a la terraza donde podían hablar y ver la noche. Fredesvinda alta, flexible, pálida, lánguida, hacía pensar en una buena dote. Tejada no tuvo necesidad de hablar. Se enlazaron confiadamente el uno al otro mientras la orquesta preludiaba un danzón. Arriba, en el cielo negro, se presentía el nacimiento de un lucero.

El ministro Reveur saludaba. A su encuentro vino la señora Bache, colega de su marido, redactora de sociales en el diario *La Voz*.

—Encantado.

—¿Y Clarucha? —Era el diminutivo de la señora Reveur.

—Aunque se encuentra aquí está indispuesta y he venido a buscarla. Mañana hay una comida en la legación.

—¡Ah, tres noticias!

Los danzantes los envolvieron y quedaron apartados un instante. La señora Bache tomaba a prisa sus notas: «Su Excelencia el muy culto y popular ministro que disfruta de tanta simpatía, admiración y cariño en esta sociedad… Sus fiestas son únicas, exquisitas».

Pero Reveur estaba sepultado bajo el peso de aquella noticia de los aranceles. Se había detenido ante el ministro de relaciones que permanecía indiferente, absorto, sordo a las

insinuaciones. Era un fracaso inevitable. Entonces surgió una sombra cerca de él: Crisanto González, agregado a la legación. Reveur decía siempre: «Mi secretario», «mi agregado», con la desesperación del secretario Juan Luque. En aquel momento, el agregado se moría de pesar. Comprendía la honda tragedia que vivía el ministro:

—Es preciso poner un cable ahora —le dijo con voz apagada, casi tenebrosa.

La señora Rosalén, clara y matinal, propuso jugar *bridge*. No había cartas. El caso no estaba previsto. Don Paco se inclinó, le ofreció organizar una partida. Ella misma podía hacer las invitaciones. La señora Reveur manifestó el deseo de ver a su marido y el doctor Wendano se encargó de conducirla. Miss Ayres entonces abandonó la fiesta, a pesar de los ruegos de don Paco:

—¡Un instante más, un instante más! No hemos podido hablar —le suplicaba reteniéndola por las manos que estrechaba con fervor y delicia.

Miss Ayres tomó su pequeño auto y se deslizó por las avenidas solitarias de Bella Vista. Solamente las luces del club Miramar permanecían encendidas. Las notas de un vals se perdían en la noche.

Bache R. se retiró hacia las tres para escribir la reseña, según manifestó, aun cuando la tenía en forma desde la víspera. En la puerta, don Paco, sin soltar el tomo de sus obras completas y su vaso de *whisky*, repetía incesantemente:

—La gente decente no duerme de noche. ¿Quién ha dicho que la noche se hizo para dormir?

Cuando los últimos invitados se despidieron don Paco quiso tomar aire, hizo salir el sedán y montó con Jacobo Daza y Juan Luque. En un ángulo del salón estaba doña Refugio, la cabeza desplomada sobre el pecho, en las manos su hermoso abanico de plumas. Don Paco al salir se quedó mirándola y mientras se ponía la bufanda dijo pensativo:

—¡Pero qué fea está mi mujer esta noche! ¿Y qué haremos con ella?

Doña Refugio levantó sonriendo la cabeza y pesadamente volvió a hundirla en su sueño.

El último en dejar la fiesta fue Antonio Tejada.

Don Paco ordenó seguir a Panamá la Vieja. Amanecía. Espesos vapores envolvían la torre cubierta de musgo. De los ancianos copeyes caían gruesas gotas. Rocío. Pasaban autos con cabaretistas y gente del club Unión, y a lo lejos se oía un aire de rumba:

> Manisero me voy…
> Me voy… me vooooy!...

Don Paco hablaba de perlas disueltas en vino, de un falerno comprado hace tiempo y el cual resultó luego un simple *vermouth*. Con el sol la torre descubría su secreto. En torno de ella giraba el drama de dos razas ante otras dos que habían conservado su actitud resignada de espectadoras y esclavas. Se habían dejado apartar sumisas y perduraban en ellas la tristeza y el dolor de la derrota. Dos ojos azules centelleaban en la espesura. Reflejo de lanzas doradas que señalan uno de los capítulos iniciales de la lucha. Morgan había concluido por vencer a don Juan Pérez de Guzmán, gobernador de Panamá en el mes de enero de 1671. A través de los siglos había empleado medios distintos y allí sonreía con los brazos cruzados, en los dedos el talismán terrible.[47] Lo sucedido eran apenas peripecias de la gran lucha.

Un grupo había penetrado en el recinto de la torre. Un grito agudo, afilado, partió como una saeta vibrante. Con la cabeza apoyada en una piedra estaba el cadáver de un hombre rubio. Tenía el rostro ensangrentado y con la mano derecha sostenía una pistola. Una luz densa y lúgubre penetraba en

la torre. Había allí un olor de humedad, de silencio y de siglos. El alba era turbia. Comienzo de un día gris, de invierno, de calmas abrasadoras. Don Paco se había resistido a entrar y de pies en la puerta de la cantina, apoyado en su bastón, escuchaba atentamente los detalles del caso. De lejos dominaba su alta figura, el rostro leonino, demacrado por el alcohol y la vigilia. Al fin, abandonando su silencio, preguntó con la mayor seriedad del mundo:

—Pero, en realidad, ¿está muerto?

III

Aquel día se hablaba de dos cosas: del baile de don Paco minuciosamente reseñado por Bache (don Paco de Lareda y Reverón, nuestro huésped ilustre y su encantadora hija Fredesvinda, etc., etc.) y del cadáver encontrado en la torre de Panamá la Vieja. Se hacían diversas conjeturas. De las diligencias practicadas para identificarlo resultó que el occiso era súbdito inglés, de nombre Francis Lowe, de veintinueve años, de profesión desconocida y con pocos días de residencia en Panamá. Los diarios de oposición publicaron una copiosa información gráfica y trajeron a cuento rumores tendenciosos publicados días antes en relación con ciertos trabajos secretos de la compañía inglesa de minas que operaba en el Darién. Prometieron además sensacionales revelaciones. El periodista Juan Callejas afirmó en su columna del *Sur América* que se trataba sencillamente de un crimen político. Por esta acusación recibió Callejas muchas felicitaciones. Sin embargo, excepción hecha de la herida y de una desgarradura en el dedo anular izquierdo, el cadáver no presentaba signo alguno de violencia ni lo habían despojado de su dinero. Un chofer de plaza lo identificó como el de un pasajero que esa noche, poco después de las once, se hizo conducir a Panamá la Vieja

desde la Avenida Central y una vez allí lo despidió con dos dólares de propina. Se ordenó la detención de varios sospechosos. La policía cumplió esta orden reduciendo a prisión a vagabundos y gente sin oficio; hambrientos que dormían en las plazas públicas. La legación inglesa mantuvo la más discreta reserva.

Pasaron los días. Se dio libertad a los sospechosos. El cadáver fue enterrado secretamente. Otro asunto solicitaba la atención pública: la llegada de Silvestre Bergamota, escritor panfletista y compatriota de Castrebil. Los diarios le dirigieron pomposos saludos: «Alta cumbre de la intelectualidad americana, etc.» En seguida Bergamota anunció una conferencia. El ministro de instrucción, a pesar de las protestas de Castrebil, fue a visitarlo. En la cantina del Hotel Central se veía a un hombre gordo, atezado, enfático, de ancho sombrero y miradas algo duras: era Bergamota. Por iniciativa de Bache y Callejas los intelectuales le ofrecieron un banquete. El doctor Wendano le envió su libro cuyo elogio hizo Bergamota en carta pública después de visitar la clínica donde se informó de los trabajos de Wendano, incluso de sus auxilios monetarios y de sus aspiraciones políticas. Bergamota propuso fundar «un partido de acción conjunta interamericana». «Este partido –aseguraba– viene a renovar la alianza de los hombres de vanguardia frente a las deformes y cavernarias tendencias de los déspotas tropicales».

Castrebil comenzó a pasar días angustiosos. Agasajó con una comida al ministro de relaciones y trabajó ardientemente por obtener la expulsión de Bergamota. Se cambiaron discursos muy cordiales. No obstante las promesas de Bache en el sentido de valerse de su influencia con Bergamota a fin de que este no hiciese alusiones personales, Bergamota publicó un artículo en el cual después de llamar a Castrebil exvendedor de carbón, lacayo y cazador de dotes de vieja, asegu-

raba que la caída del tirano Chía estaba próxima y entonces comenzaría una época de justicia y bienestar para su país y el mundo entero.

A la conferencia dictada en el Instituto asistió, aunque de incógnito, todo el cuerpo diplomático, con excepción de Castrebil. Después de la conferencia, en la cual oyó ovaciones furiosas, más de cinco mil personas intentaron desfilar ante la legación de Chía dando mueras a Castrebil y a su gobierno. La legación estaba fuertemente custodiada por un piquete de policía montada lo mismo que la de Venezuela a la cual, según el programa, debían dirigirse después los manifestantes. La manifestación fue disuelta al llegar a la plaza Santa Ana. Por esto no pudieron pronunciar sus discursos el doctor Wendano y Nelson Guillén que la encabezaban junto con Garibaldo, Cayetano Hernández y Manuel Segurola. Todos los emigrados organizaron una suscripción para rendir homenaje «al ilustre escritor y panfletario».

Don Paco, al saber las actividades de sus compatriotas en el sentido de provocar a Bergamota en contra suya, se había fingido enfermo. Bache le informaba extensamente de todo. Con el pañuelo lleno de moco extendido en el espaldar de la silla don Paco preguntaba a Bache:

—¿Qué significa eso de ideas avanzadas? ¿Dónde están esas legiones? ¡En vez de dedicarse a vivir bien! ¿No le parece?

Con el vaso de *whisky* en la mano, Bache se desternillaba de risa. El cuerpo diplomático adoptó la más fría reserva, particularmente Reveur, quien temía las mismas provocaciones. Ante la indignación de Castrebil que al verse abandonado mordía su pañuelo, lleno de ira y despecho, sus colegas permanecían impasibles, graves, sonrientes, correctos. Las publicaciones de Bergamota acerca de las actividades de Castrebil antes de ingresar en la carrera diplomática produjeron un efecto desastroso. Pablo Revilla decía ante los contertulios de la plaza Central:

—Todo se lo podrían perdonar menos el haber trabajado en oficios humildes. En eso estamos aún como en el siglo XVI. Y lo más curioso es que a casi todos ellos les ha ocurrido lo mismo.

Fue en esos momentos aflictivos cuando Castrebil visitó a don Paco con la mira de encontrar apoyo en sus consejos y amistad. Don Paco lo recibió hacia las seis de la tarde, en pijama de rayas y con una barba de tres días. Habló de sus obras completas, de su bronquitis, de las mujeres nuevas llegadas a los *cabarets*. Castrebil oía sonriendo echado hacia atrás, devotamente. Al fin, y en un descuido de don Paco, sacó del bolsillo la nota que pensaba dirigir al ministro de relaciones. Quería consultarle. Don Paco quizá podía darle un aviso fundado en su amistad y en su experiencia. Don Paco tomó una larga boquilla de marfil y encendió un cigarrillo. Miraba al techo hacia donde ascendían sus largas espirales de humo. Castrebil con voz trémula comenzó a leer: «Señor Ministro: Tengo el honor de dirigirme a V. E…». La última luz del día se filtraba a través de los vidrios cerrados de la habitación que servía como despacho a don Paco. De su boca oscura, sin dientes.[48] el humo salía lentamente. La luz ardió en el globo sonrosado.

Cuando Castrebil terminó la lectura de su nota, en la cual a vuelta de varios párrafos insinuaba la conveniencia de que no continuasen ciertas manifestaciones susceptibles de menoscabar, siquiera fuera en ciertos sectores de la opinión, la buena inteligencia que reinaba y había reinado siempre entre los dos países y que a la postre resultaban desdorosas para una nación amiga, don Paco se extendió en largas consideraciones sobre la envidia que en sujetos como Bergamota producía el hecho de que otros llevasen buena vida, vistiesen bien y no tuvieran necesidad de dinero. Y habló también de la tolerancia con que debían verse esos sujetos arrastrados a tales excesos por su condición y bajos instintos. Bergamota tiene

que odiar a Chía –continuó con voz reposada–. Este es un hombre decente que usa sombrero de copa, ama las mujeres y las carreras de caballo, y Bergamota sabe muy bien que él no puede entrar a un salón ni sabe hablar a una mujer bonita. De ahí que se desate en improperios contra todo el mundo. En Venezuela hay muchos Bergamota –añadió– y otros tantos andan por el exterior.

Castrebil oyó esto encantado. Por un momento olvidó sus amarguras; pero ante todo quería oír la opinión concreta de don Paco a quien llamó hombre de talento y de raros prestigios en el cuerpo diplomático. Don Paco continuaba fumando. Pidió *whisky* y extendiose en el sofá. El criado trajo una botella con dos copas y varias botellas de soda. Luego habló de Miss Ayres y de sus aventuras galantes en las capitales de Sur América y de sus mujeres. Pero ninguna –afirmó– de las que he conocido es tan bella como Miss Ayres. Se vació la botella de *whisky*. La pipa de marfil humeaba largamente. Castrebil vio su reloj pulsera. Todo era afectado en Castrebil. Del sedán descendieron doña Refugio y Fredesvinda. Dieron las ocho. Castrebil rendido se levantó. Don Paco lo acompañó hasta la puerta.

—¡La nota está magnífica! —dijo al fin don Paco sonriendo.

Y a la misma hora, en el despacho de su clínica, el doctor Wendano leía la carta en la cual Bergamota solicitaba en calidad de préstamo la cantidad de cien dólares, contribución que solicitaba para la «obra común». Y el doctor Wendano, más pálido que de costumbre y sacudido por un temblor nervioso, leía aquellos párrafos donde Bergamota le llamaba: «Querido colega y hermano en ideales».

Aconsejado por Daza, Castrebil no envió la nota e insinuó una acción conjunta del cuerpo diplomático ante la cancillería

a fin de hacer callar a Bergamota. Este continuaba recibiendo agasajos, Carlos Rusián le ofreció una comida íntima con el único propósito de oír a Bergamota injuriar a Castrebil y ridiculizarlo. Bache R., sin atreverse a dejar del todo sus deberes de cronista social, y pensando que ante todo él también era un revolucionario, había trabado amistad íntima con el «insigne huésped». Al conocer el proyecto de acción diplomática ante la cancillería, Reveur, el decano, se había declarado enfermo. «Sepan los señores diplomáticos –escribía Juan Callejas, columnista del *Sur América*– que en nuestro país rigen todavía los derechos que suponen la libertad de pensar». Bergamota paseaba la ciudad escoltado por Argote, Cayetano Hernández y Napoleón Patiño, quien se titulaba secretario particular de Bergamota, jefe del nuevo partido agro-social, etc. A las once, en la cantina del Hotel Central, se le veía rodeado de admiradores sorbiendo lentamente su *whisky*, y por la tarde en la puerta de la oficina de Horacio Castrillón, frente a la plaza Santa Ana.

Castrebil, para demostrar su celo a la cancillería de su país, publicó entonces una rectificación a las aseveraciones de Bergamota, las cuales calificaba todas de falsedades inauditas. Y decía: «El pueblo sano, el pueblo que trabaja, las fuerzas vivas rechazarán enérgicamente calumnias semejantes. El presidente Chía es un gran hombre y sus enemigos unos miserables. Las aseveraciones publicadas en estos días por un escritor desconocido carecen de importancia y están muy lejos de perjudicar a mi gobierno sólidamente establecido, gobierno emanado de la voluntad popular. El presidente Chía quien goza de la confianza del país mantiene el orden. Además ningún otro país de América dispone de un crédito más firme y mayores reservas de oro». (Estas declaraciones las hacían por turno Reveur, Daza, Rusián, Castrovido,[49] etc. Don Paco las hacía verbalmente para no comprometerse).

Contestó Cayetano Hernández «en nombre de los pueblos libres de América» manifestando que lo hacía sin atender a las indicaciones del ilustre Bergamota desdeñoso de semejantes provocaciones. «La púrpura de los déspotas –terminaba– será pronto destrozada en todo el ámbito de América y la justicia más sangrienta cicatrizará las úlceras abiertas en los pueblos por la tiranía».

Bergamota estaba organizando su propaganda con miras a una campaña electoral futura y había prometido su ayuda a Wendano en el caso de llegar al poder. Esto valió a Bergamota el apoyo incondicional de Wendano cuyas entradas en esos días le permitían algunas erogaciones. Pero Wendano exigía un ataque formal contra el gobierno de Venezuela. Hasta entonces Bergamota se había contentado con ciertas vagas alusiones. Urgido al fin prometió hacerlo.

Manapocos también se lo exigía en una elocuente carta y le prometía ir a reunírsele en breve.

Fue entonces cuando Bache prestó un servicio invalorable a don Paco. Él y Bergamota iban juntos por la Avenida Central. Don Paco, camino del *cabaret*, se había detenido y contemplaba la exhibición de una vidriera en La Galera de Tiberio.

—¡Don Paco! —gritó Bache con emoción.

—¿Qué hay, pues?

Entraron juntos al Metropole. El salón estaba desierto. Don Paco pidió una cena fría rociada con cerveza, y después una botella de *whisky*. Habló de la falta de tacto de Castrebil, de la vida, de las mujeres. Con el vestido blanco resaltaba el aceitunado rostro de don Paco.

—¿Se nos va usted entonces? —preguntó dirigiéndose a Bergamota—. ¿No cree usted que puede acompañarnos unos días más? Los espíritus como el suyo deben estar siempre con nosotros.

Rápidamente vaciaron la botella y don Paco pidió otra.

—Yo también en otras épocas —continuó— fui panfletario y todavía amo las rebeldías. Pero, ¿qué quiere usted, amigo mío? Envejece uno esperando la hora de la rebelión y no llega y nos sorprenden los años en una actitud muy distinta.

—La rebelión es una cosa relativa —afirmó entonces Bergamota—. Se nace rebelde y se sigue siéndolo a través de la vida, muchas veces hasta en contradicción con la actitud que hemos adoptado. Pero es un deber señalar la ruta, sobre todo cuando nos hemos ido a situar en los puestos de avanzada.

Don Paco se llevaba a la boca una tajada de jamón y se apresuró a ofrecer la bandeja a Bergamota. Bache le dio un codazo. Determinaron irse a La Sabana donde se hallaban lugares más discretos. Don Paco ordenó al chofer conducirlos a La Gruta Azul. Hacia la madrugada Bergamota hizo un signo a Bache y este se tanteó los bolsillos del chaleco. Don Paco alargó por debajo de la mesa un billete de diez dólares y tropezó con las manos de Bergamota que le apretó fuertemente las suyas. Los ojos de Bergamota expresaban en aquel momento cierta blanda ternura.

Entretanto Castrebil, solemne como nunca, se dispuso a celebrar la fiesta de su patria. Banderas. Visita del ministro de Relaciones Exteriores. A las once y media la colonia, a las cinco el cuerpo diplomático. Todos los colegas estaban presentes. El retrato de Chía resplandeciente de luces en medio de un trofeo. Castrebil repartía sonrisas y apretones de mano, se inclinaba y hacía profundas reverencias, cuando vio cerca de él a un hombre encogido, de grandes zapatones. Amedrentado, sin hallar qué hacer, permanecía inmóvil y apretujaba el sombrero y le daba vueltas entre las manos. Era un agricultor, compatriota de Castrebil, con el aspecto de los que abandonan

la clínica y llevan en las facciones demacradas las huellas del carácter recio y de las torturas recientes. El hombre tendió la mano y Castrebil con las suyas entre los bolsillos, irreprochable, enfático, manifestó que la hora de recibir a los «nacionales» había pasado. El hombre volviose seguido por una curiosidad desdeñosa. Sonreíase don Paco mientras agitaba con la punta del dedo meñique su copa de champaña. El rústico se detuvo en el vestíbulo a escuchar el himno nacional. Aquellas notas le representaban sus tierras, sus años de labor, sus hijos, la infancia lejana, el pasado y también lo que no comprendía. Y tenía los ojos húmedos. Hasta él llegaba un rumor de cristal y de fiesta. Un portero le hizo salir hasta la calle.

Aquella noche Castrebil comunicaba a Chía los detalles de la celebración. «Se habían exteriorizado –afirmaba en su despacho– las simpatías y la admiración sin límites que rodeaban su nombre».

Pero esta vez Bergamota fue oportuno. Los diarios anunciaron casi simultáneamente el descenso de la moneda, la quiebra de los bancos y después la rebelión de un ejército en el imperio de Chía. El péndulo gigantesco oscilaba de Oriente a Occidente. Se derrumbaban las grandes combinaciones internacionales; los *trusts* gigantescos se hundían con estrépito y destrozaban el corazón de los Castrebil. El más sorprendido por los acontecimientos fue el propio Bergamota. Castrebil se apresuró a desmentir las noticias obra de facciosos y enemigos del orden. A mediodía llegaba un cable anunciando la renuncia de Chía y el advenimiento del coronel Monjaloto. El nuevo tirano fue aclamado con gran júbilo. Los diarios que el día anterior hablaban tan altamente de «la labor de Castrebil» y de S. E. el general Chía, saludaban la rebelión de Monjaloto. Con la misma pluma que escribió la reseña de la recepción de Castrebil, Carlos Bache R. trazaba párrafos exaltados: «La victoria de Monjaloto es la necesaria consecuencia

de la actitud que nosotros, las mentes libres, sustentamos siempre para honor del continente».

Y unos días más tarde, Castrebil, después de realizar a bajos precios su auto y sus muebles, subía a un vapor de la Grace en los muelles de Balboa. La señora Castrebil llevaba un ramo de rosas y al subir la escala del buque se detuvo y pudieron verse sus ojos llenos de lágrimas. Pañuelos. Amigos que se apretujan y tienden las manos. Reveur se abstuvo de concurrir al muelle. De repente Castrebil perdió su solemnidad y mordió el pañuelo con desesperación. Un baúl suyo, precisamente el baúl de las condecoraciones, había caído al mar. La gran cruz de Fusagasugá, el sol del reino de la Manigua, la estrella del Palenque y la más preciada entre todas, la gran cruz de la orden de Capricornio; todas las medallas, todas las placas que constelaban su uniforme yacían por siempre en el fondo del mar. Ronca sonó la sirena. Suspendieron las escalas. En el mismo vapor viajaba Bergamota. Nelson Guillén y Teodorico Garibaldo habían salido en otro buque.

Cubriose aún el muelle con niebla de pañuelos. Don Paco invitó a Daza y a Rusián a tomar su *whisky*, pero Rosalén se empeñó en llevárselos a su residencia de la Exposición acabada de construir.

—¡El pobre Castrebil! —exclamó Daza mientras el auto cruzaba Balboa hacia Panamá. La ciudad apareció extendida sobre el golfo, frente a las islas perdidas en su azul de tintes purpúreos. Y los tres murmuraron:

—¡El pobre!

IV

Agosto. Invierno fuerte. Inesperadamente las noches se hacen claras y ardientes. La Galera de Tiberio cerró sus puertas después de rematar las existencias. Una de aquellas noches

me llamó Miss Ayres. Salía al día siguiente en el *Órbita* para Nueva York, vía La Habana. Deseaba la acompañase a dar una vuelta. Estaba cansada. Padecía insomnios. Alice guio hacia Panamá la Vieja. Cruzamos la ciudad y la carretera que conduce a las Sabanas. Un olor a tierra húmeda nos daba en el rostro. Yo veía arder en sus dedos una piedra color de fuego, de un rojo fúlgido. Miss Ayres se detuvo frente al mar, cerca del antiguo apostadero de naves. Después quiso penetrar en la torre. Un murciélago salió a nuestro encuentro cortando la noche con su vuelo silencioso. De pronto Miss Ayres se detuvo y dobló su bella cabeza con un movimiento de abandono repentino y extraño en ella. Traté de sostenerla y retiré la mano llena de lágrimas. Dio unos pasos y se apoyó contra el muro. La noche penetraba en la torre y la envolvía. Arriba podían verse las constelaciones. Entonces comenzó a balbucir un relato, y no sé por qué me pareció muy natural oírlo de sus labios. Había sido ella, es decir, había sido Darío Alfonzo por orden suya, la misma noche del baile de don Paco. Batía una fuerte marejada y el viento se llevaba las palabras. Chillaban los murciélagos en los maderos carcomidos de los ventanales hoscos y mudos. Alfonzo acechaba en la oscuridad y mientras ellos juntaban sus labios ocurrió lo inevitable. Un placer, una voluptuosidad desconocida la rendía. Quería impedirlo, pero –Miss Ayres no quería olvidar nada– era ya tarde. No podía articular palabra. El contorno de las cosas se desvanecía. Fuertemente estrechada contra su pecho creía precipitarse con él en un abismo insondable que los atraía para hacer inseparable aquel abrazo. La idea de que él ya no sería, de que aquel minuto de ella sola se detenía, se volvía eterno, la asaltaba con el poder de un goce inexpresable. El placer y el dolor paralizaron sus palabras. Jorge Francis Lowe había sido su amigo de las últimas noches. Lo que comenzó por un juego del azar, por una simple peripecia en la lucha, alcanzaba de pronto el signo,

el sabor acre, la tortura y la violencia de una pasión. Lowe era del país de Gales y se marchaba pronto. Había allá una aldea de nombre shakespeareano con un lago y un castillo donde le aguardaba su prometida. Fueron inútiles los ruegos de Miss Ayres. Aún podrían estarse juntos unos días. Podía ir a Florida. Realizar un viaje aéreo. Aquella noche iban a despedirse y Alice quiso que esa última entrevista fuese precisamente en el mismo sitio donde habían pasado horas felices; donde le oía cantar a menudo aires de su país natal. Francis tenía una bella voz. Me obligó a seguirla entre los escombros. Buscó en la oscuridad y la vi inclinarse sobre una piedra e imprimir en ella sus labios. De pronto se contuvo. Vaciló al levantarse y la sentí más pálida. El ardiente anillo fulgía en sus dedos y contrastaba con la mirada azul de Miss Ayres. Allí cerca estaba alguien. Pero no era Francis.

—No es preciso creer en fantasmas —murmuré—. Pero Miss Ayres no quería levantarse y yo me sentía contagiado de aquel terror súbito. Al fin pude arrancarla de aquel sitio. La compadecía sinceramente. Ya dentro del auto y pasados los primeros momentos me atreví a decirle:

—¡Hermosa piedra lleva usted esta noche, Alice!

—¡Ah! —dijo volviendo en sí con una sonrisa en la cual se advertían sus lágrimas recientes—. Es un anillo muy antiguo y tiene una rara leyenda. Era de Francis. Se lo quité esa misma noche. Era un hombre fuerte, Francis, ¿sabe? Se lo vi por primera vez en la terraza del club Unión una noche de baile. Fue precisamente don Paco quien me hizo notar el destello de la piedra, y hacia el amanecer, cuando los camareros se disponían a conducirlo a su auto, me confesó que Francis había querido confiárselo en depósito. Pero don Paco no aceptó. Desde entonces el anillo fue para mí una obsesión.

—¡Ah, si hubiera sido a mí! —exclamé mientras cruzábamos el Puente del Rey.

Ella me miró como sorprendida que yo abrigase semejante deseo. Luego se encogió de hombros y encendió un cigarrillo. Continuamos en silencio. Miss Ayres tenía dos almas,[50] y yo –ella lo sabía– era incapaz de revelar su secreto.

—Temo mucho, Alice –dije al fin–, que ese anillo habrá de correr aún otras aventuras. Presiento que va a estar largo tiempo en poder de algún desconocido, alguien que empezamos a conocer ahora. ¿No cree usted?[51]

Pero en aquel momento el auto se detenía ante la puerta de Miss Ayres y quitando las llaves decía apresuradamente:

—Hablaremos mañana, Silvela. Es tarde. Me duele la cabeza. Aquella misma noche acaeció el dramático suceso de Darío Alfonzo.

El chino Li Foo, propietario de una tienda de abarrotes en la Avenida «A» encendía su pipa y tendíase a descansar con la ventana abierta por la cual podía contemplar la noche y también lo que ocurría en el cuarto de enfrente, habitado desde hacía poco por el inquilino Darío Alfonzo. Cada noche Li Foo agradecía a Dios de todo corazón haberle deparado aquel día, pues su raza era odiada y perseguida, y su experiencia le confirmaba en la idea de que cuanto se le hace a un chino es fácilmente disculpable. Li Foo había llegado al Istmo metido en una caja desde Shanghái, gracias al dinero remitido por un hermano, mediante un crecido interés. Diez años le había servido sin tener otra voluntad que la de su acreedor. Después obtuvo un nuevo crédito para fundar aquel establecimiento donde trabajaba desde hacía cinco años, sometido a todas las privaciones hasta pagar el último centavo. Así había conquistado Li Foo su derecho a la vida sin olvidar nunca su Asia donde su alma había sido arrojada para tomar forma en la simiente humana. Y por la noche trataba de no recordar sus inquietudes, pues cada día

aumentaba la persecución contra él y los suyos. Hasta él llegaba el tumulto de la barriada populosa y las canciones que las victrolas de las cantinas arrojaban a la calle. Hacía calor y las estrellas tenían un resplandor rojizo.

A esa hora Darío Alfonzo subía trabajosamente la escalera de su habitación situada encima de la tienda de abarrotes del chino Li Foo. Una bruma de alcohol se interponía en sus ojos y el mundo exterior reunía en su cerebro imágenes dispersas. Escenas de bajos fondos, entre marinos beodos y meretrices. Y aún creía ver un alba turbia, comienzo de un día gris, sobre la torre cubierta de vegetación como un túmulo en ruinas. La vieja torre cubría el cuerpo del inglés Francis Lowe asesinado por él, descendiente de judíos españoles. Durante varios días se vio a Darío Alfonzo errar por los *grounds*, seguido de lejos por los guardias, tratando inútilmente de ver a Miss Ayres, y aun se arriesgó a franquear los límites de la Zona de donde había sido expulsado días antes. Desprendíanse de los jardines un olor de reseda, heliotropos y damas de noche. Cierto mensajero le manifestó que era inútil volver y entregándole una cantidad de dinero les hizo ciertas alusiones a los hombres de cabeza rapada, vestidos de azul que trabajaban en la Zona bajo un sol abrasador y la vigilancia de los guardas con bayoneta calada. El odio y la muerte penetraban en el corazón de Darío y sentíase doblemente despojado y traicionado, aun cuando de antemano sabía muy bien que el final de todo sería aquello. La luz filtrábase por la madera carcomida de la ventana y en sus manos humeaba el kanyac que enardecía y enervaba su espíritu. Volvían a flotar en torno suyo visiones dulces y halagadoras. El kanyac exalta y después enloquece. En una mesa veíase el dinero recibido de Miss Ayres, y cuando su mirada tropezaba con los billetes, Darío Alfonzo sentíase empujado en el vacío.

La vida lleva consigo la muerte. La vida elige a veces para sus fines burlescos y trágicos la imagen más encantadora. Darío Alfonzo podía conocer esto ahora tan bien como mucho antes, cuando voces oscuras surgidas de su conciencia se lo advertían. Un tango mezclaba su aire sentimental a los ruidos de la calle; su congoja de ausencias y cielos estrellados. Darío Alfonzo tomó una cuerda de su hamaca, la sujetó en una viga del techo, arrimó una silla y se pasó el lazo por el cuello. Y aún pudo pensar en su amada, porque en ocasiones ni la muerte es capaz de libertar el recuerdo de una mujer querida.

Y el chino Li Foo veía sonriente los preparativos de Alfonzo. Lo vio quitarse el saco, subir a la silla y estremecerse con una horrible mueca. Levantose y se puso en cuclillas. Su rostro amarillo reía en la oscuridad donde se percibía el reflejo de su pipa que derramaba en su cuerpo aquel sueño pródigo en deleites. Sus párpados se entornaban y se abrían pesadamente. Creía elevarse de la tierra y flotar en el espacio como un ser etéreo que tuviere poder para gobernar los astros. El hombre colgado se balanceaba en el cuarto de enfrente como un monstruo que él, Li Foo, hubiese muerto para gozar a sus anchas de las delicias de un país encantado y remoto. La expresión feroz y la sonrisa que después se esparció por su semblante reflejaron perfectamente estas emociones.[52]

Los diarios refirieron la muerte de Darío Alfonzo como el final necesario y el drama cotidiano en la vida de un «desocupado».

Pablo Revilla volvía por la tarde al cuarto de Conchita Torres. Allí estaba Ernestina.

Conchita regresaba muy tarde, pues trabajaba en casa de don Paco, a la orden de Fredesvinda. Andrómaca, la madre de Conchita Torres, siempre afligida y gimoteando salía a su

encuentro, lamentándose de la vida. Después insistía en la amistad de Conchita y Fredesvinda. Tampoco dejaba nunca de exponer al mismo tiempo que los Lareda eran paupérrimos.

—En vida de mi esposo —refería Andrómaca con la mano en la mejilla y en tono compungido—, cuando no teníamos cocinera, encargábamos la comida a doña Refugio. Por supuesto, ahora nos ayuda y es muy natural.

Ernestina y Pablo pasaban la tarde junto al pequeño Raúl. Entraba el crepúsculo y teñía las cosas de un color triste y vago. A esa hora se precisan mejor las imágenes pasadas. En los primeros días separábanse en silencio, sin atreverse a la menor palabra y Ernestina franqueaba un límite que señalaba una vida distinta y la separaba de aquel hombre. Luego Pablo suprimió aquel instante cuando hizo entrar a Ernestina como empleada de una venta de soda y después en un comercio de ferretería. Pablo le comunicó este proyecto en momentos en que ella zurcía las pobres ropas del pequeño Raúl. El cuarto se poblaba de sombras y así las palabras parecían pronunciadas en secreto. Una dulce alegría invadía el corazón de Ernestina y una dulce gratitud, pero la sombra se volvía más espesa y no dejaba ver la expresión de su rostro. Pablo se empleaba en los más diversos menesteres. Pintaba fachadas, cobraba recibos de imprenta, escribía pro- pagandas de cine. En ocasiones tuvo de ayudante a Remigio López Franco.

—¡Eh, compañero! —Y desde arriba, trepado a un andamio, Revilla cantaba:

> En mi corazón se rompe
> la ola de aquella tarde,
> cuando vi partir el lucero
> y oscurecerse mi pena.

López Franco soltaba una carcajada:

—Mejor es que cantes:
Allá arriba, en aquel cerro
tengo una mata de ají...

Con las cejas y pestañas llenas de cal, en las manos el perol de pintura y la brocha, López Franco subía la escalera.

—¡Je, hace un fresco magno! Quisiera ver aquí al doctor Mansueto, nuestro inolvidable profesor de derecho canónico.

Daban las doce. Sonaban las campanas coloniales en la iglesia de Santa Ana. Merendaban en un almorzadero vecino. Seguían el movimiento de la fonda pringosa. Obreros en mangas de camisa de pies ante los mostradores. Mujeres grasientas sofocadas por el calor de los anafres. Mulatas recién bañadas en las terrazas vecinas. Olor de pescado y aceite. Desde su mesa Franco y Revilla contemplan la calle que comienza a perder su soledad al golpe de una. Hay un vacío horrible en todo eso que vive y es indiferente a las preocupaciones de un desterrado.

—¡Qué calor! Y ahora tener que trabajar —exclama López Franco echado hacia atrás con la cabeza apoyada entre las manos.

—Pero hombre ¿y eso lo dice un revolucionario? —contesta Revilla riéndose, para darle ánimo. Y ante ellos surgía de pronto con su cara paliducha el vendedor de pájaros Fernando Islas. No había comido en todo el día.

Ahora, muchas veces, Ernestina y Pablo iban juntos por los malecones a disfrutar de las tardes y las noches cálidas. Caminaba en silencio, pues a esa hora su pensamiento se posaba sobre el mundo y en el destino del hombre, temas amados y predilectos de su corazón. El mar arrojaba a sus pies la perezosa intimidad de la tarde. A esa hora la tierra se ofrece en todo su encanto y Pablo trazaba en su imaginación planes

vastos que solo podían realizarse allá en las inmensas soledades con la colaboración y la voluntad de miles de hombres. Muchas veces sorprendíase de hallarse con Ernestina ante la puerta de su casa. Ernestina respetaba aquel silencio. Era también el momento de su ternura y de su dicha y deseaba que aquel silencio no concluyese nunca. Su intuición, abriéndose paso, le había hecho revelaciones deslumbradoras. Sabía ahora que para amar es preciso ante todo ser digno de ello. Luego Pablo seguía hasta su habitación, un cuarto de tablas, en Calidonia. Cuando Ernestina se veía sola, creía encontrar su pasado involuntario. El día en que el pequeño Raúl comenzó a conocerlos fue de felicidad para ellos.

Conchita llegaba siempre tarde. Entonces Andrómaca refería los cuidados de Ernestina, lo cual indignaba a Conchita. Veía en todo eso un reproche, una reprensión intolerable y prorrumpía en injurias contra Ernestina y Pablo. Pablo y Ernestina vivían en concubinato descarado. Andrómaca en vano trataba de calmarla, pero entonces la ira de Conchita se volvía contra ella, llamándola indecente y alcahueta. Al principio Fredesvinda la utilizó en trabajos diversos. Después, como también se atrajese el afecto de Antonio Tejada, llegó a ser su confidente. La acompañaba a sus compras y hacía las costuras que le encomendaba doña Refugio. Don Paco interrumpía a veces su lectura para fijar su atención en Conchita que cosía en el comedor. Con- chita tenía veinte años y atraía fuertemente la atención de don Paco. Un día no pudo contenerse más. Tosió y luego pidió agua. Conchita vino en su ayuda.

—Conchita, es usted muy buena y también muy bella. A mí me gusta mucho y podríamos ser muy buenos amigos sin que nadie se enterase.

Don Paco decía esto tembloroso y en voz baja. Acababa de encender un cigarrillo y lo ajustaba a su boquilla de ámbar

recién comprada. Conchita sentose a su lado y don Paco pudo rodear su talle, palpar sus pechos y besarla a su antojo en la nuca y en las mejillas. Los ojos de Conchita lo rodeaban de luz. Arriba oíanse los pasos de doña Refugio que iba de un lado a otro y esta idea de la proximidad de su esposa daba mayor encanto a su aventura. Don Paco y Conchita se abandonaban confiadamente. De pronto un grito, una especie de rugido cayó sobre ellos; una voz ronca y fiera descendía y se elevaba al mismo tiempo en frases entrecortadas. Doña Refugio aparecía en lo alto de la escalera, amenazadora y terrible. Después comenzó a bajar los peldaños. Rápidamente Conchita se empezó a alisar los cabellos, sacó su estuche de pintura, tomó el sombrero y salió. Don Paco, de pies, esperaba con la boquilla y el libro entre las manos –una voluminosa colección de Walter Scott–, severo, imponente. A medida que salvaba los escalones, segura de su triunfo, doña Refugio gritaba más alto y sus velludas mejillas se volvían más rojas. Su ira era tanto más dolorosa cuanto que aquella escena le recordaba de un modo patente todas las infidelidades de don Paco.

—¿Qué hay pues? —gritó al fin don Paco con autoridad—. ¡Silencio!

En aquel momento entraba Fredesvinda acompañada de Lulú Castro:

—¿Qué sucede? —preguntó dirigiendo una mirada ansiosa en torno suyo.

—Llegan ustedes a tiempo —manifestó don Paco sonriendo—. No sucede nada. Que mi mujer ha tenido un disgusto con la cocinera.

Lentamente doña Refugio pasó de la escalera a la cocina.

Conchita no pudo resistir aquel desastre que la privaba de una valiosa amistad. La presencia de su madre y del pequeño Raúl le era insoportable, deseaba vivir su vida, ser libre, sin que nada la inquietase. Una tarde doña Andrómaca recibió

a Pablo Revilla alborotada y llorosa. Luego repitió la escena ante Ernestina. Conchita había partido para La Habana. Antes de salir besó al pequeño Raúl recomendándolo mucho a ella y a sus amigos. Llevaba algún dinero y una recomendación de don Paco para las autoridades de inmigración.

V

Por la reja de cristales que da hacia la Avenida de la Exposición entra un sol de cinco de la tarde. La señora Rosalén recibe. Mes claro de noviembre con un Pacífico desvaído en el que se inicia el verano. Pronto los árboles estarán amarillos y por las plazoletas blancas de enfermeras y lectoras, las hojas rodarán como yertas en la gran luz del trópico. Don Paco asiste con Fredesvinda y doña Refugio. Pequeñas mesas donde sirven té y pastas. Es preciso recordar en todo las costumbres de los climas fríos. Vuelan aviones sobre Balboa. 1930 languidece.

El reloj, un reloj dorado sostenido por cuatro columnas, dio la hora. El sonido argentino y acompasado hizo callar a todos.

—Noviembre. Ya este año se acaba. Los años corren ahora más de prisa —dice suspirando mientras se abanica la señora Rosalén. Tiene en la frente un mechón gris y los ojos acariciadores, aureolados todavía con la magia de la juventud lejana.

—A medida que envejecemos los años se hacen más cortos —dice otra dama de cabellos blancos. Y un silencio espeso se interpone con aquella evocación inoportuna.

La señora Rosalén recuerda sus tardes en el Japón y su amistad con el emperador entonces príncipe heredero. Los espléndidos jarrones que adornan el salón son de las fábricas de Kioto, un presente de Su Alteza. Se habla de viajes, hoteles

y fiestas suntuosas; pero doña Refugio se lamenta de la carestía de la vida y en los labios de las damas asoma un desdén curioso e imperceptible. Los cristales se tiñen de rojo. Lentamente las sombras invaden el salón y se encienden las luces tamizadas con pantallas color malva de grandes flores y pájaros. Comenzaron a instalar las mesas de *bridge*.

Don Paco entonces siguió a la señora Rosalén por la terraza. Una estrellita ardía en un cielo radiante. Los claros ojos de la señora Rosalén devoraban aquel punto pálido.

—Ya veo, señora, que usted gusta de los astros, pero, ¿ha pensado alguna vez en esos análisis que los sabios hacen de esos astros? Los astros son bellos como son las mujeres, usted, por ejemplo, y a nadie se le ocurre examinar en esa forma a una mujer. Al menos yo no podría.

—Ya se ve, don Paco, que usted es un hombre de talento –repuso irónica la señora Rosalén al mismo tiempo que lo miraba con sus ojos serenos y una sonrisa provocadora–. Pero ¿dónde aprendió usted esas cosas?

La brisa alborotaba sus cabellos tachonados por un mechón gris. Era la hora propicia en que las almas se buscan y los recuerdos tratan de revivir y vuelven a hundirse en las penumbras de la conciencia. Desde la terraza se contemplaba el mar, un mar ceniciento, orlado de espuma. La ciudad se extendía sobre el golfo y la masa oscura, el tope de las construcciones —chimeneas, terrazas, techumbres—, aparecía bañada de luz zodiacal. Don Paco habló de las tardes de Río de Janeiro, del amor que a veces apareció en su camino, y en su mente surgió un pensamiento, un deseo incontenible. Sentíase arrastrado por una fuerza superior a él. La señora Resalén estaba muy cerca y se abandonaba a la emoción de la hora. Era una mujer exquisita, adorable, en pleno otoño. Había un olor de nardos, de miosotis, de rosales floridos. Don Paco creyó llegado el momento de experimentar el efecto de

sus frases. Vio en torno suyo y pasó el brazo por la cintura de la señora Rosalén. Ella se estremeció como si aquel contacto la despertase de un sueño. Cruzó la terraza seguida de don Paco y tocó un timbre. Un negro rígido, con chaqueta blanca, apareció ante ellos.

—Lleve al señor. Entréguele su sombrero que quiere salir.

Había una mezcla de indignación y desdén en el rostro de la señora Rosalén. Don Paco bajó a prisa las escaleras y atravesó el jardín. Once años dividían su vida bohemia y aquella tarde. Ansioso de aire, de calma, subió a su auto dejando a doña Refugio y a Fredesvinda que andaba del brazo de Antonio Tejada. Don Paco bajó por Balboa saboreando su amarga derrota, distrayéndose a ratos, fumando siempre en su boquilla de marfil, vestido de blanco, el pelo gris circundando su lívida frente. El auto desembocó en los muelles. Submarinos que duermen sobre un mar negro rayado de luces. Acorazados con racimos humanos. Entre los rostros blancos, rostros morenos de ojos oblicuos. Asia. Toca la banda del *California*. La tripulación forma un anfiteatro de seis gradas. Se pasa una película: escenas de Chicago y Nueva York. Bandidos héroes y héroes bandidos con poderes secretos para burlar cacerías de polizontes, redadas de hombres en selvas de piedra. Hombres artificiales. Hombres músculos. Acuden las rubias mujeres para ayudar a los muchachos de la flota a pasar la velada alegremente. Cabelleras de fuego o de oros tiernos. Ojos violetas, de cristal, color de ámbar. Muchachas de la colonia que sienten el orgullo de la patria poderosa. Mujeres intrépidas, luminosas, cuyo encanto crece en la noche del trópico. Aman ante todo el valor, la abnegación y la capacidad en el hombre. Don Paco hace detener su auto para participar del espectáculo y olvidar sus recientes fracasos. Pensaba que su estrella se oscurecía para siempre. Dos muchachas de mórbidas espaldas, una de negro, una de rojo, se dirigen

a un piano colocado en el centro. Cantan aires de Cuba y de Hawái, de las islas que se ofrecen al viajero deseosas de ser gratas como en los ritos de antiguas prostituciones. El viento consume las bujías rosadas que arden sobre el piano. La noche tibia, de estrellas muy abiertas, sin luna. Cantó un marinero acompañándose de una trompeta una vieja balada. Arriba la constelación de noviembre sonríe irónica. Un reflector cruza la noche y un avión se lanza a un reconocimiento.

Recuerdos. Allá en el fondo oscuro duermen las islas que nunca visitó el hombre. Tierra cerrada. Lluvia. Refugios inaccesibles. No supo don Paco cuánto tiempo pasó allí. Fumó muchos cigarrillos. El aire del mar tonificaba sus nervios cansados. Dio una larga recorrida y de regreso se detuvo en el Kelly donde bebió hasta la madrugada. Habló de arte, de arte viejo, apolillado, hecho por hombres sedentarios de hace cincuenta años y de versos decrépitos de la misma época, mientras otros de hace muchas centurias conservan su misma fuerza y gloria juvenil. Para don Paco la vida se había detenido en tiempos de Rousseau. La máquina del mundo no funcionaba ya. Era preciso desmontarla. Envejecía como él, inútil.

En tanto Fredesvinda acompañada de doña Refugio y Tejada visitaban los *clubhouses*, tomaban refrescos, se lanzaban por los caminos, rendidos, silenciosos. Y a la misma hora el exrevolucionario Manuel Pozas, indignado porque don Paco le había negado un auxilio monetario, refería en un paradero de la Avenida Central los tiempos en que don Paco bebía en su compañía en las tabernas de los alrededores del mercado, en las ventas de la Pastora arriba, en las rancherías de Quebrada Honda. Tiempos idos en que él, Pozas, era periodista en Caracas.

Entonces las ideas de don Paco eran idénticas a las que exponía en ese momento en el Kelly. Había pasado el tiempo, sus cabellos se habían vuelto blancos, y a semejanza de casi

todos sus contemporáneos, sus ideas no cambiaban. Tampoco Pozas advertía este fenómeno. Creía que don Paco le pertenecía en cierto modo. Su propósito era vengarse de él, por creerse despojado de algo suyo, ante el grupo de hampones que le escuchaban indiferentes. Para ellos todo esto era un espectáculo como cualquier otro.

A mediados de octubre, pocos días después de la partida de Conchita Torres, se publicaron las primeras noticias de la invasión de Robles a territorio de Venezuela. Se anunció la toma de la ciudad del Corozo, situada a pocos kilómetros de la ciudad de Caracas, según los despachos de Barranquilla. El doctor Wendano subió a bordo de un crucero americano e hizo ante un almirante declaraciones concluyentes sobre la revolución venezolana. Estas declaraciones fueron transmitidas por la *United Press*. La fotografía del doctor Wendano apareció en todos los diarios. Pronto el general Robles entraría en Caracas. Avanzaba su caballería a través de las llanuras. Las ciudades lo recibían alborozadas. El coronel Luis Argote –afirmaban las noticias– se había distinguido brillantemente en todas las acciones de guerra. Sobre el territorio de Venezuela se levantaba un resplandor de incendio. Un mensaje de Leandro César Manapocos anunciaba a los pueblos oprimidos que la hora estaba próxima. Wendano se apresuró a escribir a Nueva York recordando al comité sus ofrecimientos. Debía ser nombrado ministro en Argentina para desarrollar «una campaña intelectual» y publicar su libro *Ideas sobre el arte*, y además cumplir la palabra dada a su esposa.

Por la mañana Pablo Revilla sentábase en la Plaza Central a leer los panfletos y cartas recibidas. No tenía trabajo. En los diarios –como en una pantalla– desfilan las multitudes que esperan y se oye el rumor de sus pasos. El gran péndulo oscila

de oriente a occidente. Dan las doce. A esa hora los presidentes de las repúblicas suramericanas que se sacrifican por la patria celebran consejo o regresan de alguna ceremonia. Los escritores hacen propagandas nacionalistas y los diarios se alborozan publicando las listas de platos criollos que se consumen en la mesa de Palacio. Gran progreso. La crisis aumenta. Los revolucionarios vociferan. En las torres suenan las viejas campanas coloniales. Pablo corrige ahora pruebas en la revista literaria *Voces* del abogado Andrés Iglesias. Por la tarde se detiene en casa del pequeño Raúl. Después de la partida de Conchita, Ernestina vivía con Andrómaca en el cuarto de la calle 2. Por la noche Pablo anota sus observaciones. Una mesa y una cama componen todo el mobiliario de su habitación. La lluvia cae lentamente. Pablo escribe: «El pequeño Raúl es una imagen viva del pueblo de Venezuela. Como él es inerme, inconsciente, duerme, llora, sonríe y tiende sus brazos a la vida. Esta imagen del niño es tan conmovedora porque se piensa siempre en que será un hombre. Y como a un niño hay que amar al pueblo, comprenderlo y tratarlo con un respeto casi sagrado. Hay que imprimirle ideas indelebles de dignidad, justicia, sinceridad y nobleza espiritual. El pueblo, como el niño, es el futuro». Y en el silencio de la noche se balancea el rumor de la lluvia.

En los primeros días de noviembre Cayetano Hernández recibió una carta de Barranquilla, fechada en Pozo Bajo. Era de Argote y anunciaba la muerte de Félix Palma. Murió cuando efectuaban el primer ataque al pasar la frontera, en el asalto de una ranchería. Los hombres del hato perteneciente al comisario del lugar conocían las incursiones de Robles y estaban preparados para defender su ganado. Había ya oscurecido. Félix Palma estaba impaciente por meterse pampa adentro. Lo hallaron al amanecer, tendido en tierra, con los brazos cruzados sobre el pecho.

VI

A fines de noviembre regresó Luis Argote en compañía de Cayetano Robles. Después de unas declaraciones formidables atribuyendo a la escasez de elementos de guerra el fracaso de la invasión, Robles prosiguió viaje a Nueva York. Llevaba para la venta un lote de sarrapia, cueros, pieles, balatá y cacao, despojos de su incursión por los Llanos. El *Sur América* recomendó a Robles a la admiración de sus lectores como a un hombre a quien los ideales del continente debían grandes servicios. El rostro de Luis Argote expresaba tristeza, desencanto, pero su abatimiento se transformaba en cólera que trataba de ahogar en alcohol. En sus ojos enrojecidos parecía arder aún el sol de las pampas. El sol y la fiebre. Recordaba aquella incursión por la calma cenicienta de las llanuras. Atravesaban pueblos abandonados. Una tarde, a causa de un acceso de fiebre, fue preciso dejarlo. Los otros debían continuar para hacer un reconocimiento. Robles le entregó doscientos bolívares y prosiguió adelante. Permaneció dos días abandonado en medio de las soledades. Se le agotó la ración de agua. La sed y la soledad se le metían en el corazón. A ratos escuchaba un tropel de caballería. Robles era experto en incursiones de este género. Argote creía verse ya en poder del enemigo. Caminó todo el día. Pajonales manchados de horizontes. Ante él se alzaba un esplendor de Orinoco. Hacia el oscurecer vio brillar un caño. Esta vez no era espejismo. Todo el día había estado viendo sombras planear sobre lagos inmensos. Bebió hasta saciarse. Las estrellas brillaban en el fondo y él creía beberse aquel resplandor azulado. Un rancho le indicó la proximidad de un hato donde le dieron asilo. El dueño estaba sentado a la puerta de su vivienda. No tenía nada. No cultivaba nada. Apenas guardaba unas vacas para sostenerse. El hombre explicó: no

se atrevía a nada porque todos los años esperaba una tempestad, una tempestad de fuego y acero que destruiría sus bienes y haría inútiles sus esfuerzos. Había envejecido, tenía la barba blanca. Pero esperaba siempre. Un día Argote pudo reunirse con Robles que pernoctó allí, de retirada. Cielos y llanuras abrasadoras. Cólera y angustia. Al fin Argote dio rienda suelta a una y otra:

—¡Robles es un miserable, un bandido! —gritó descargando un puñetazo sobre la mesa en que bebía cerveza.

Wendano trataba inútilmente de sosegarle, hablándole de la causa común. Pero Argote gritaba más alto:

—¡Todos son unos traidores, cobardes y espías! ¡Hemos sido vendidos una vez más!

Remigio López Franco recibió un giro de su casa. Veinte dólares. El precio de muchos días y muchas noches de trabajo para los suyos.

Noticia de la Associated Press.- La aviadora norteamericana Alice Ayres emprende el vuelo de Vancouver a Honolulú.[53] La misma noticia indicaba los récords de altura, duración y velocidad alcanzadas por Miss Ayres y el premio de dos mil dólares ofrecido por el aéreo club de San Francisco.

Sobre las torres suenan las viejas campanas coloniales. Las ciudades españolas de América con sus catedrales pobladas de estatuas –abades, obispos, misioneros– pasan bajo el sol. Hay rumores de huelga. Los sin trabajo carecen de recursos para pagar los alquileres y los propietarios amenazan con echarlos a la calle. El *Sur América* se convirtió en vocero de los inquilinos sin otra culpa que la de estar con los brazos cruzados a la fuerza. Patios sin luz, casas insalubres,

apartamentos confortables, agradables residencias se pusieron de acuerdo. No era posible pagar. A fines de noviembre estalló la huelga de inquilinos. El prosista Nicolás Heredia –nombrado secretario de instrucción pública– trataba en vano de hacer creer a la gente que debían leer sus escritos históricos y vivir cien años atrás, recordando hechos pasados de importancia local. Una manifestación iba a efectuarse en la Avenida Central. Los grupos afluyeron a la plaza Santa Ana metida en su marco de cantinas y de cines, y custodiada por un templo y el *cabaret* Metropole. Horacio Castrillón sentose en su puerta con aire de reto haciendo comprender que tenía conocimiento de que iba a ser agredido. Pero nadie hacía caso de él. Bajo el gran sol la multitud se agitaba enardecida por los editoriales del *Sur América*. Un rumor inquietante se prolongaba por las avenidas. En el límite de la Zona se alineaba un batallón de infantería. Pablo Revilla estaba en la plaza de Santa Ana. Nunca pudo explicarse cómo se halló subido a un banco. Alguien lo empujó y su voz hendió el clamor de la muchedumbre. Tenía los cabellos derribados sobre la frente. El enorme saco negro, lustroso de viejo, le caía sobre los pantalones y se agitaba con sus ademanes como una bandera. Pronto la multitud sintió que toda su voz y su alma se hallaban expresadas en la voz de Revilla. En aquel momento alguien se abrió paso a empujones y vino a situarse junto a él. Revilla reconoció a Luis Argote. «Compañeros y hermanos en sufrimiento: nosotros somos una fuerza dispersa y se nos mantiene divididos para sujetarnos mejor. Si estuviéramos unidos, podríamos luchar en iguales condiciones con la iniquidad y la injusticia. Nosotros, hombres americanos de esta o aquella región, somos una misma cosa. Yo no me siento extranjero entre vosotros y...». Un grito horrible subió las gradas y elevose sobre la fachada del viejo templo. Sonó un clarín. La policía montada rodeó la plaza. La muchedumbre retrocedió,

se retorció y fragmentose. Los sables estallaban sobre las cabezas. Un guarda corpulento se abalanzó sobre Revilla, pero Argote se interpuso. Lucharon cuerpo a cuerpo. De un cabezazo Argote derribó al policía y enarboló el sable encendido de sol. Entonces Revilla descendió del banco.

—Gracias, compañero —dijo tendiendo la mano a Luis Argote.

Después no vio nada. Una tempestad de voces y sables relucientes, una muchedumbre en fuga lo arrastró muy lejos. Castrillón había cerrado sus puertas. Revilla se encontró solo. Un gran silencio se hizo en torno suyo. Bajaba por la avenida Cuatro de Julio cuando fue detenido. El patio de la cárcel estaba lleno de gente. Allí encontró Revilla a Luis Argote y a Fernando Islas. Islas llevando adelante su rama seca, centelleante de pájaros sin vuelo, como un estandarte irisado, capitaneaba un grupo. Todos sus pájaros murieron aplastados.

Poco después de media noche don Paco de Lareda, como de costumbre, llegó al Kelly. Ya se encontraba reunida la peña diplomática: Daza, Luque, Rusián, y aquella noche, por una excepción, el decano Reveur. Don Paco estaba triste. Tenía la voz y los ojos apagados. Pidió un *whisky*. Recordó a Castrebil. Lamentó una vez más la caída de Chía. Monjaloto era un hombre rudo, sin elegancia. Rusián aseguró que Castrebil no era propio para el servicio en el exterior el cual requería condiciones especiales que solo ellos tenían. Reveur llevó la conversación hacia los sucesos del día. Con fina sonrisa alabó la conducta enérgica del gobierno. La ciudad estaba tranquila. Era sin duda un síntoma de normalidad el hecho de que la vida nocturna trascurriese igual. Las tropas americanas –creyó necesario insistir en ello– no habían pasado la línea.

—Síntomas alarmantes estos —añadió tratando de dar a sus palabras una importancia excepcional— que nos advierten el peligro, el avance de las ideas comunistas. —Y citó el caso de la huelga de Santa Marta con el propósito de mortificar a Daza. Él, Reveur, estaba entonces en Bogotá.

Con un gesto de imperturbable desdén Daza aseguró que su país se había deshecho de unas cuantas docenas de negros al ordenar el fusilamiento de los huelguistas y por lo tanto la tal huelga le había resultado muy favorable.[54] Reveur insistió algo incomodado, como le ocurría cada vez que hallaba a su paso una objeción. Don Paco se había ido animando. Bruscamente cortó el atildado discurso del decano Reveur para decir en un tono de cómica altisonancia:

—Yo también me asocio a la huelga. ¡Asociémonos todos si nuestros gobiernos no convienen en construir los edificios de sus legaciones! ¡Se abusa de nosotros!

Daza observó que Reveur no pagaba alquileres. Era precisamente el único de los presentes cuyo gobierno disponía de edificio propio para su legación. Don Paco continuó cada vez más excitado:

—¡La huelga, la huelga universal, menos la de los *cabarets*, por supuesto! —repetía trazando con la copa un vasto círculo.

Reveur aterrado se despidió.

Don Paco llegó a su casa poco después de Fredesvinda, hacia las siete de la mañana. Como de ordinario los que solicitaron al ministro fueron despachados con la notificación de: «Don Paco está dormido». Doña Refugio estaba muy alterada aquella mañana. Las constantes molestias de los que pretendían interrumpir el sueño de don Paco y sobre todo la huelga de inquilinos la tenían muy nerviosa. Hubiérase dicho que esta última la afectaba personalmente. De un modo vago, doña Refugio veía allá, en las profundidades de su ser, un atentado de incalculables consecuencias en todo cuanto fuese

hostil al dinero. Ella soñaba con tener un día muchas casas e inquilinos seguros, en capacidad de pagar con la mayor exactitud sus alquileres. De haber podido, habría estrangulado a toda aquella turba insolente.

Inútilmente Remigio López Franco trató de ver a don Paco para hablarle de la prisión de Revilla, Argote y Fernando Islas, y si era posible interesarlo a favor de aquellos, pero a las seis de la tarde don Paco dormía aún. Doña Refugio entregada por completo al cuidado de sus plantas y a la canastilla de bodas de Fredesvinda cuyo enlace con Antonio Tejada era inminente, repetía inflexible su consigna: «Nada tienen que venir a buscar aquí ustedes».

En una de sus tentativas, López Franco oyó gritar a Fredesvinda:

—¡Cometen sus necedades y después vienen a molestarlo a uno!

Noticias de la A.P.- La aviadora norteamericana Alice Ayres que emprendió el vuelo sobre el Pacífico aterrizó en Honolulú a las 14 hs. 25 ms. con toda felicidad.

A mediodía me dirijo a visitar a Revilla. A la entrada, en medio de un grupo, estaban Ernestina Rojas, López Franco y Cayetano Hernández. Este último se hallaba en Penonomé y no pudo asistir a la reunión de Santa Ana.

—No llegué a tiempo —me dice.

Hace algunas semanas no he visto a Revilla. Lo encuentro cambiado como si por su rostro hubieran pasado muchos años, pero una voluntad acerada brilla en sus ojos. Me recibe como siempre afectuosamente. Hablamos bajo la vigilancia de un guarda. En noviembre, allá en Venezuela, florecen

los araguaneyes. Los caminos están morados de flores de pascua. Recordamos la tierra lejana de la cual Panamá es como un pedazo.

Luis Argote estaba incomunicado. Participó a Revilla las gestiones en favor suyo y la actitud de don Paco. Revilla se encoge de hombros.

—Es —dice— el representativo de dos o tres generaciones que podrían agruparse bajo el título de «don Paco o la indiferencia». Y recuerda la coletilla de las tesis universitarias: «Los suscritos, delegados, etcétera, aprueban la presente tesis sin hacerse solidarios de las ideas emitidas en ella». Y bajo esta salvedad —añade— se vive en nuestro país.

Revilla se levantó y miró por la reja:

—A propósito —dijo volviéndose—, tengo aquí una página que he escrito hace poco tiempo y me la ha sugerido una hora como esta viendo el azul intenso de la bahía.

Junto a la cárcel se ven los cementerios, después la ciudad y más allá el mar, un mar cruzado de gaviotas. Las olas llenas de sol estallan en la playa nimbada de plata. La tarde va a caer lejana y dichosa. Revilla comienza a leer:

«En la hora meridiana, mientras esperaba el almuerzo en una fonda de chinos, vi a un anciano frente a mí. Estaba vestido de negro, con el traje muy raído, manchado de caspa. Después de contemplarme me dijo:

»—Ahora no sería preciso que el diablo nos arrastrase por los aires, como sucedió a Fausto, para ver el mundo.[55] Bastaría sencillamente con tomar un avión. Nuestros mecanismos son menos eficaces, pero están al alcance de todos.

»—Sí, pero el diablo no cobraría en moneda contante por llevarnos en una nube.

»El anciano se encogió de hombros y su mirada cayó sobre mí.

»—No importa. ¿Quieres?

»Había en sus ojos cansados el reflejo de una meditación profunda. Salimos. Detuvo un auto y me invitó a subir. Seguimos hacia Balboa. Un avión estaba pronto a salir. La nave se deslizó levantando torbellinos de espuma, comenzó a remontarse y pronto volábamos sobre el Canal. La tierra surgía con sus montañas, selvas, ríos, esclusas, con los contornos de un mapa en relieve. Éramos los únicos pasajeros. No se veía el piloto. El anciano permanecía en silencio. Le pregunté su nombre.

»—Llámame, si quieres, Apolonio.

»A nuestros ojos apareció el mar. Atrás dejamos el Istmo. Horizontes cerrados de blanco. ¡Qué bella es la luz y cuán dichosos somos los mortales en contemplarla! A nuestros oídos llegaba un rumor impreciso que el anciano indicaba con una señal y el cual se oía a pesar del motor. Acaso el viento. Pero Apolonio se dispuso a revelarme el secreto de aquellas ondas viajeras que cruzaban el continente. De las pirámides de Quetzalcóatl hasta las llanuras de Venezuela. De ellas parecía desprenderse algo inmemorial cargado de secretos y advertencias, como en la luz que cae en los Llanos hacia el atardecer o esos pensamientos confiados a las piedras hasta hoy indescifrables. Un diálogo entablado entre la cordillera, las islas y el mar, entre las selvas y el mar en calma y de un azul profundo. Muchedumbres que han descendido silenciosas y nombres grabados en el silencio de los abismos. Suenan las viejas campanas en la hora de la siesta, la víspera de los días festivos. El viento corre del mar tierra adentro. El espacio es como un espejo cóncavo. Nació ante nosotros el lucero. Nos guio largo rato entre nubes moradas de fulgores rojizos. Se veían las luces de un buque. Ahora se habían disipado las voces del espacio. Con la noche comenzó a surgir el resplandor de las ciudades. Nos asaltó un silencio y apenas veía el rostro del anciano. Solo veía su mirada irónica. Constelaciones surgiendo del naciente. Hacia el amanecer comenzó a verse la costa ceñida de serranías.

De un lado la tierra, del otro el mar. Divisamos una ciudad extendida sobre un valle. Veía el rostro del anciano. Tenía una expresión burlona.

»—Esa es la ciudad necrófora, venturosa por excelencia, donde los hombres hablan sin pensar y dan la impresión de que van huyendo de sí mismos.

»Y en aquel momento mis ojos reconocieron con amor la montaña y el valle maravilloso. Apolonio me dio un anteojo y recorrí extasiado aquel cerco de colinas aterciopeladas, de junio. Descendimos sobre el valle. La ciudad volvía al cielo azul su ardor primaveral. Cruzamos las calles estrechas, largas, en medio de construcciones mezquinas. Trataba de ocultarme a los transeúntes. Era inútil. Había envejecido en horas. Penetramos en edificios con espaciosos claustros y paredes cubiertas de emblemas pesados y ridículos. Subimos escaleras alfombradas. Atravesamos salas en penumbra. Por todas partes multitud de funcionarios con los pañuelos perfumados, hablaban entre sí, observándose de soslayo, riéndose. Se inclinaban con ese aprecio que los hombres ofrecen cuando temen algo o desean algún beneficio. Repantigados en sus sillones, escuchaban, fingiendo indiferencia, las confidencias de los empleados de gabinete. En un salón de muebles isabelinos estaba el licenciado Inocencio Lameda. Los lentes cabalgándole en la nariz, la boca ruborizada de una institutriz inglesa. Tenía en las manos una lista de condecoraciones y ocultaba terribles pasiones bajo su aspecto pacato.

»Subimos y bajamos escaleras. El espectáculo resultaba monótono. En otra antesala unos empleados hablaban del "Doctor". Debía ser algún poderoso personaje. Decían que era día de pedirle, pues el Doctor tenía sus días faustos e infaustos. Días de conceder y de negar. Aquel día era viernes. Día de buen agüero. El Doctor estaba en su gabinete Luis XVI. Corregía las pruebas de un trabajo suyo para la *Revista*

de Jurisprudencia y trataba de darles a sus palabras un tono grave y mesurado según corresponde a un austero jurista obligado por azares de la vida a ser ministro. Examinaba cuidadosamente las cuartillas en busca de algún galicismo traidoramente deslizado en su pluma barroca.

»En aquellos salones colgados de pesados cortinones, los intelectuales funcionarios trataban de los problemas nacionales. Redactaban reglamentos administrativos calcados en los reglamentos extranjeros, escribían discursos académicos, disquisiciones inocuas, genealogías, todo con estilo artificioso y atildado. Por todas partes, vitrinas con fárragos de leyes y reglamentos, una vasta fantasía jurídica. Me asfixiaba en aquel ambiente y corrí hacia el aire, hacia la multitud, hacia la vida. Apolonio me seguía con gran trabajo y fue cerca ya del avión que volvime y contemplé su rostro triste. Escuchábamos el sonido languideciente de una campana. La ciudad desapareció a nuestros ojos. De un lado, la llanura y, de la otra parte, el mar flanqueado de cerros. Los ríos se perdieron en la oscuridad. Volvía a oírse aquel rumor extraño que me sorprendió cuando cruzábamos el mar. Vimos florecer los astros.

»Otra vez volvimos a descender, ahora en un campo atalayado de cardones. Eran las tierras de los cumanagotos y de los píritus, de los caciques Guaramental y Arcupón, del Neverí y del Unare. Los cardones, cargados de frutas secas, tenían la gracia de un cirio pascual. Caseríos en ruinas. Los habitantes salían a las puertas devorándonos con la mirada. Gentes de rostros terrosos que esperan la muerte desde el fondo de sus ranchos, sin desear nada. Aldeas que van desplomándose en torno de las iglesias abandonadas, llenas de humedad y donde las imágenes de los antiguos patronos se han ido quedando solitarias, sin luces ni votos. Revolotean los murciélagos en torno de las lámparas extintas.

Las campanas consagradas a la Virgen permanecen mudas. Parece que en aquellos caseríos dejó de haber vida hace siglos. De pronto asoma en el arcabuco la ciénaga verde, con ojos de fiera en acecho. Atravesamos a pie gargantas, desfiladeros, siempre vigilados de cardones.

Apolonio penetra en uno de aquellos ranchos a la vera del camino donde ladran unos perros. En el patio descansan unos arrieros que conducen a la ciudad inmediata frutos de la cumbre. Una tórtola canta entre los cardones. Una mujer vestida de negro, descalza, escribe sobre sus rodillas en un pliego de papel florete lo que le va dictando un hombre sentado en un asiento de cuero, muy bajo, frente a ella. Son fórmulas médicas: "eso para dormir, lo otro para el mal de las piernas; esto otro para la cabeza. Con eso se le quita". La mujer escribe muy despacio.

»En el patio se ven unos frascos llenos de orina, pues con el sol las aguas cobran el color que revela el mal del paciente. Estamos en el consultorio de Santos Pesado, curioso alienista. Observo que Apolonio ha perdido su sonrisa habitual y se sumerge en sus meditaciones. Su blanca melena se matiza en aquel momento de reflejos dorados y su mirada se concentra en la expresión sarcástica de Santos Pesado. Del otro lado del rancho, sentados en el suelo, se hallan varios pacientes. Algunos están coronados de hierba, otros arrojan al suelo aquel adorno extraño o se lo ponen a modo de collar, en el cuello. Un vigilante se precipita para volverlos a su sitio. Deben estarse quietos y mantenerlos en la cabeza. Aquellas hierbas ejercen su acción salutífera en los cerebros debilitados y restablecen el equilibrio en el sistema nervioso. Pesado me observa con curiosidad y después detiene su mirada en Apolonio. La mujer de luto continúa escribiendo. Había caminado diez leguas para consultarle sobre los males de su hombre enfermo. Al examinar las

"aguas", Pesado había diagnosticado exactamente el mal: paludismo y hambre. Bajo esas dos tenazas, los miembros se retuercen o hinchan con deformidades monstruosas que agarrotan, brotan úlceras, y los ojos se dilatan supurados, calenturientos, acosados por las moscas. Aquellos ojos queman, se ven brillar al fondo del rancho, el cuerpo casi amortajado en andrajos, en el chinchorro. El hombre ganó la fiebre en la montaña mientras talaba árboles para quemar la tierra y sembrarla y después abandonarla. Tierra quemada, tierra sembrada y abandonada. Desdeñaba al pasar el agua verde, fangosa, dormida entre la vegetación, agua redonda que centellea en la espesura como ojo de fiera en acecho. Sus fuerzas languidecieron rápidamente. Después no fue posible ir al trabajo. El hombre así permanece cautivo, impotente, y una resignación suave y dulce se le asoma al rostro. Pesado conoce exactamente las fases del mal. El cuerpo se hincha, la carne hidrópica vierte humor tumefacto; la víctima se tiende a morir. Cuesta arriba o en los valles sedientos los dos monstruos se apoderan del hombre, lo derriban y aplican sobre él sus ventosas hasta dejarlo sin sangre. Por eso, Pesado ha recetado siempre lo mismo, sabe que un mismo remedio es eficaz en todos los casos y que la muerte, con todo, es inevitable. Otros pacientes vienen a nuestro encuentro, nos miran y permanecen en ruedo con los brazos cruzados. Descuella entre ellos un viejo de tez bronceada, los pies descalzos, cubierto con un sombrero de paja. Pesado se dirige a él:

»—¡Adelante, general!

»Cuando un loco se escapa, el general que conoce hasta el último refugio de la montaña, que sabe el rastro y las inclinaciones del prófugo, sale en su busca y no vuelve hasta después de encontrarlo. Tiene sobre ellos influencia decisiva. Pesado lo presenta:

»—El general Ambrosio Sifontes.

»Permanece en silencio, con los ojos bajos. Sifontes ha estado preso mucho tiempo. Fue por una equivocación. Creyeron que estaba complicado en un alzamiento, pero cuando se puso en claro el asunto habían pasado ocho años. Sifontes habla con tal conformidad, refiere el caso, como si se tratase de otro hombre. Apenas se mueven sus párpados.

»—¿No lee usted en el porvenir, Pesado? —preguntó.

»—¿No, señor, no leo. Eso no alcanza a mí. Pero el de Guanipa sí sabe, ese sí lee, ese sí enseña; lo que aprendió él y lo que aprendió de los otros, de los pasados.

»Pesado interroga con los ojos a Apolonio. Su rostro es siempre sarcástico.

»Comparo aquel cuadro con el de la ciudad y no puedo evitar la observación que me sale al paso. Todavía Pesado guiñó los ojos diciendo:

»—Eso lo sabrá usted mejor que yo.

»Había un divorcio, un abismo inmenso, entre la realidad y los intelectuales de Caracas que temían la verdad y le ponían maquillaje y afeites ridículos para ocultarla. La ciudad le daba la espalda al desierto, se suicidaba, se ligaban las arterias para que no circulase la sangre.* Un reloj de sol marcaba la hora meridiana, pero ninguna campana hacía vibrar el aire azul.

»Y tras la ceja de un monte surgió ante nosotros un mar de luz. Una onda de oro corría sobre las encrespadas llanuras y la mancha verde –tan verde como el mar– se amontonaba en oleajes hasta fundirse con el horizonte. Caminamos largo tiempo entre barracas. Caras idiotas, alcoholizadas, pintadas de onoto, nos observaban. Llevaban el pelo cortado sobre las orejas. Una especie de falda azul turquí, sucia y andrajosa, caía sobre sus rodillas. Estábamos en Cachama, en un rincón de la mesa de Guanipa, residencia de Tamanaico, jefe de una

* Estas páginas están escritas en 1931-32. (N. del E.)

tribu de antigua nación Caribe.[56] Corrieron hacia nosotros armados de flechas y arpones. Tamanaico quería vernos. Nos hallamos ante un hombre agobiado de ancianidad que nos tendía las manos temblorosas. Apenas veía ya y por sus ojos oscurecidos corría un humor blanco. Tamanaico nos ofreció hospitalidad. Carne de iguana, yuca y cazabe componían su mesa. Un grupo de indios bailó acompañándose de sus instrumentos primitivos. Era un aire simple y triste. En sus movimientos acompasados entornaban los ojos y la rudeza de sus rostros se suavizaba con aquel hechizo propio de su alma encadenada. Cobraban una expresión dulce y soñadora. La tierra se empapaba de aquella melodía como de un riachuelo surgente al pie de los morichales. Parecía ablandarse roja y olorosa. Germinaban en ella los sonidos como la hierba fina o las lucecitas encendidas a la puerta de los ranchos. Por el rostro de Tamanaico se dilataba una sonrisa. No supimos cuánto tiempo duró aquello. Ahora anochecía sobre la mesa de Guanipa. Un sol rojo manchaba jirones de sabanas. Las llanuras se volvían transparentes. Se esfumaban en el silencio. Tamanaico iba refiriéndonos la agonía de la tribu, resto miserable de la gran nación caribe. Apenas distinguíamos su rostro.

»—Nos quitaron —dice— las escopetas de caza. Pasamos meses sin comer carne para no pagar los derechos de consumo, pues la ley de papel sellado nos ahoga, y los alambres de nuestras sementeras están en tal estado que ya no es posible defenderlas. El ganado extraño nos consume la yuca, única cosa de que nos alimentamos en estos campos desiertos. ¡Comemos sin sal!

»Tendía las manos suplicantes. Y al decir esto los ojos de Tamanaico se llenaron de lágrimas y su expresión se volvió de tal modo dolorosa que apartamos la vista para quitarle el pesar de que su miseria fuera un espectáculo para nosotros.

»Era la misma noche en que el presidente del estado Arcupón, doctor Juan Antonio Costilla,[57] dirigía a los jefes civiles una de sus famosas e instructivas circulares sobre la gloria, el progreso y el orden, y las cuales indicaban también con acentos profundos la urgente necesidad de mayor consumo de papel sellado. Corría un airecillo sutil que revolvía los papeles en la mesa donde escribía Costilla y producía en la enramada del patio un silbido ligero y extraño.

»Yo no tenía sueño. Prefería aspirar el aire fresco de la noche. Entonces pude palpar cómo la tierra y los demás cuerpos que en ella viven son sensibles a las emanaciones de los astros. Caminaba en silencio. Me sentía desligado del suelo. Me creía envuelto en aquel resplandor azulado y rojizo que brillaba en las alturas. Apolonio me condujo hasta un rancho solitario donde ardía una luz, la única que se mantenía encendida. Colgaban de las paredes pieles de caimán, de jaguar y de serpiente. Un murciélago pendía del techo y una lechuza acechaba desde una horqueta. Cerca de un brasero un indio en cuclillas extendía las manos y recitaba unas fórmulas después de soplar sobre los tizones. En torno suyo redomas de barro con esencias y pastas extraídas de animales y plantas misteriosas. El taero negro donde se restriega el mato para volverse invulnerable al dardo de la serpiente y la flor de aguacero, de aroma mortal, a la cual no se acercan los pájaros. Corazón de orquídea negra, de aéreo esplendor, y cenizas de corazón de águila y de tallos de palmeras que dan agua y pan en el desierto. Y hojas de manzanillo cuya sombra produce delirios. Antenas de arañas monas que matan durante el sueño, espían y descienden silenciosas sobre sus víctimas. Uñas de gavilán. Rabos de escorpión. Córneas de boa extraídas durante la luna llena y las cuales adquieren la dureza del cristal gracias a cierto zumo de hierbas. Amuletos para el amor; para la vida y para la muerte.

»El piache se inclinó sobre el brasero y repitió su conjuro. Golpeó la tierra, escuchó y después dirigió la mirada al horizonte. Era la hora en que el crucero está recto y la tortuga sale a poner sus huevos a orillas de los ríos. El ojo del zorro brilla en la pampa como una gran luz y los murciélagos abandonan sus refugios en las rocas para dar su vuelo nocturnal. La noche penetraba en mi ser. Me incliné y comenzamos a hojear el libro de silencio. Al fondo brillaban las constelaciones. Casi no hablaba el piache, pero distinguía sus palabras en el estremecimiento de sus labios. Los siglos pasaban rápidos, describiendo parábolas, y la vida cerníase sobre ellos y los regía. La vida era una mirada siempre abierta y vigilante. No se habían cerrado nunca aquellos ojos en la eternidad. Una mirada, una fuerza misma suspendida sobre el abismo. La vida se oculta y renace como el día. Del Nilo a Guanipa abarcaban los mismos ojos, la misma fuerza. No otro era el secreto de la Esfinge. No otro era el misterio de la mesa de Guanipa, cerca del Orinoco. Creía oír el tumulto de la muchedumbre. Creía oír sus pasos. Se levantaban ciudades. Rasgaban el secreto de la tierra.[58] Oía ruido de herramientas y alegres canciones. Y ya nadie se acordaba del dolor pasado. Cuando me incorporé era el alba. Volví el libro y la última página era el horizonte».

Aquí Pablo Revilla concluyó su lectura. Nos miramos en silencio.

—Precisamente, yo también he escrito algo, no ahora sino hace tiempo, pero viene al caso. —Y leí:

CIRENE

No es aquella Cirene que pidió una constitución a Platón, el cual no quiso dársela juzgándola demasiado corrompida. Junto a ella otra ciudad existió en siglos remotos, si bien Platón le hubiera dado la misma respuesta, ciudad que

desapareció asolada por la sequía y los terremotos. Del mismo origen dórico, los nuevos cireneses veneraban su recuerdo y hasta ella hacían remontar el esplendor de sus rosas y de sus razas de caballos. Los cireneses eran felices. Vivían entregados al culto de sí mismos y al de sus héroes que habían dilatado su fama en guerras con los estados vecinos. Hubo, sin embargo, uno entre ellos al cual proclamaron el hombre más grande de la tierra. A divulgar esa gloria dirigieron sus esfuerzos. Diéronse, pues, a ser historiadores y a vivir en el pasado remoto. Esculpieron aquel nombre en columnas, arcos, templos y al pie de una montaña erigieron un panteón rematado por una torre llena de símbolos. La vida en Cirene giraba en torno de aquella torre bajo la cual –afirmaban– se guardaban las cenizas del héroe en una urna de oro. Sus jardines, sus caminos, sus plazas y montañas florecían de lápidas y estelas conmemorativas. Concluyeron al fin por hacer de su héroe un dios a quien rendían el culto más ferviente. Los oscuros tiranos que se sucedieron en Cirene permitían este culto y lo favorecían. Encontraban así un medio seguro de hacerse perdonar sus latrocinios. Para los cireneses era tolerable la pérdida de sus derechos, de sus bienes, de la vida misma, todo menos ceder un grano de incienso de sus altares. Los extranjeros hallaron en ese culto una mina inagotable. En ocasiones, los tributos se consumieron íntegros en pagar odas, tragedias, estatuas y panegíricos del héroe. Oradores, historiadores, cómicos y músicos llegaron con el nombre de embajadores espirituales a sacar el oro de Cirene. Pretendían además los cireneses que los otros pueblos adoptasen el mismo culto y los embajadores no tenían pena en hacerlo cuando se hallaban en Cirene para ganarse así las simpatías del gobierno y del pueblo. Hubo épocas de hambre en que el pueblo se consolaba leyendo aquella literatura estéril. Pasaban los años. La nación no prosperaba, pero las ciudades

estaban satisfechas. La fama del héroe era proclamada en los juegos, en las conferencias y solemnidades de todo el mundo. Vino a ser el estudio de su vida el único afán de los meritorios cireneses y todo el que escribiese acerca de ella, particularmente los extranjeros, era considerado sabio. Surgían polémicas. Aquel aseguraba que el héroe había desaparecido de la tierra en una nube resplandeciente, este que se había arrojado al cráter de un volcán para dirigirse a las moradas de los inmortales envueltos en una veste fúlgida. Y aquellos en quienes residía la ciencia histórica, la ciencia de Cirene, desempeñaban los más altos cargos. Era el único camino para ascender en Cirene. La acción de los hombres debía retroceder hacia el límite del tiempo en que vivió el héroe cirenés. Fuera de él todo caía en oscuro silencio.

El horizonte mental de los cireneses fue estrechándose cada día. Y también la vida se hacía más y más difícil. Vivían, sí, el historiador Sosastres, autor de cuatro volúmenes sobre la epopeya cirenesa; el venerable Filón, muy entendido en todo lo que pertenecía al gran cirenés; el historiador Diógenes, notable por su barba gris, quien poseía datos para llenar cincuenta volúmenes; el rico y avaro Cleón, que ganaba sumas colosales por recopilar cartas del genio; el pintor Glauco, cuyos lienzos decoraban el templo de los inmortales; el alambicado Péntalo, fundador de la escuela cirenesa, etcétera, etcétera. El criterio cirenés era inmutable. Corrían los otros pueblos hacia el porvenir, ocurrían en el mundo las mayores transformaciones sin que Cirene se diese por aludida. Cirene contemplaba a su héroe. Escribía libros voluminosos guardados luego cuidadosamente en las bibliotecas. La misión de Cirene era permanecer inmóvil, vuelta hacia aquel resplandor que divisaba a su espalda como un astro sin ocaso. Y si en el mundo se oía alguna vez la voz de Cirene era para gritar aquel nombre eterno.

Y llegó un día en que Cirene, el jardín y la perla de la tierra, desapareció. Largos siglos pasaron. Cirene parecía muerta con su gran hombre. Pero un ladrillo encontrado por unos labriegos llamó la atención de los arqueólogos hacia aquel sitio. El ladrillo tenía una inscripción. Las primeras excavaciones condujeron al descubrimiento de varios cráneos.

Estos cráneos fueron motivo de disputas interminables. Tenían en el frontal o en el occipucio un vago diseño de figura humana y eran reducidísimos comparados con los de otros contemporáneos. A fuerza de sagacidad y paciencia se halló el motivo de tan sorprendente anormalidad. El diseño tenía extraña semejanza con la efigie del héroe cirenés grabada en las monedas y medallas. Como era la única idea posible, la obsesión, fue apareciendo aquel perfil en el cráneo de los desdichados cireneses.

Nos miramos un instante y guardamos silencio.

VII

El *Nelson* de la escuadra inglesa anclaba en Balboa. Visita de cortesía. Demostración del poderío inglés –dicen los otros–. El gigantesco navío cruzó difícilmente las esclusas. En las torres del acorazado iba sentado el genio de Shakespeare y al ver la masa flotante sobre las ondas saltonas podía creerse que bajo los relucientes cañones viajaban también Trafalgar y la Cámara de los Comunes. Almirantes blancos en los verdes ancones. Bache R. se disponía a reseñar las fiestas de a bordo y con la mano en la opulenta barbilla hablaba de «las líricas naves que traen su mensaje cordial». Desde su celda de la Cárcel Modelo Pablo Revilla contemplaba la llegada del verano, las hojas arrastradas por las avenidas y los túmulos de los cementerios vecinos: el de los franceses cubiertos de inscripciones románticas, el de los chinos sin adorno –líneas

rectas, cuadros de césped–, el criollo de ostentosos panteones. Verano de Balboa: luz, hojas secas, árboles de plata. A los ojos de Revilla el panorama se matizaba de recuerdos.

Se suspendió la incomunicación a varios detenidos, entre ellos a Luis Argote. En la cárcel privaba un régimen bastante liberal. Los presos podían reunirse a ciertas horas. Formaban grupos diversos divididos por amistades, complacencias y odios. Unos esperaban turno para ir a la colonia penal de Coiba. Otros cumplían condenas leves o iban a ser expulsados.

Los venezolanos perdieron toda esperanza en una intervención de don Paco. Doña Refugio aseguró rotundamente que era inútil ir a molestarla. Un auxilio inesperado sobrevino: el kanyac.* Con esto se abreviaron diligencias y días de cárcel. El kanyac penetraba en la prisión cuando los detenidos iban al juzgado o recibían permiso para efectuar sus diligencias. El reo Miguel Aguirre introdujo de una sola vez tres paquetes comprados en la calle 24 oeste, de acuerdo con el agente Juan Macías, encargado de conducirlo. La intolerancia de un funcionario al negar permiso de salida a uno de los reos produjo la sublevación que modificó por muchos meses el régimen de la Cárcel Modelo y a la par con la huelga de inquilinos hizo creer a los gobiernos de la América española que el comunismo hacía progresos y amenazaba destruirlos a todos. El kanyac trabajaba en secreto. El kanyac coloreaba los rostros, dilataba los ojos, ensanchaba los corazones, les infundía valor, los hacía capaces de rebelarse. Todo fue preparado rápidamente. Ni Revilla ni Argote tomaron parte en los sucesos que luego se desarrollaron. Fernando Islas esperaba su libertad para irse a Venezuela. La sola idea del regreso lo alborozaba, lo hacía saltar con alegría infantil.

* Kanyac: Yerba que fuma el bajo pueblo y la cual produce efectos semejantes a los del opio, la cocaína y la morfina. En Asia se mezcla con opio y miel para formar el hash. (De un examen de laboratorio). Nota de Xavier Silvela.

Tan sencilla la idea: regresar, y no se le había ocurrido antes. Él nada representaba. Podía ir y venir sin que nadie reparase en él. Y aquel día la libertad llegó. Muy temprano fue llamado al despacho del director. No había cargos en contra suya. Islas se despidió de Revilla y de Argote y bajó al patio.

—Buena suerte —le dijeron—. Te acuerdas de nosotros.

Fue a la hora de ir al refectorio cuando estalló el movimiento. Aguirre y Macías, arrestados desde el día anterior, se arrojaron sobre dos vigilantes y los desarmaron. Los reclusos se precipitaron en desorden a la escalera. Uno de los guardias pereció cuando intentaba resistir. Gente alocada, frenética, que gritaba y buscaba una salida. Al estallar el tumulto Fernando Islas esperaba en el corredor, cerca de la oficina, su boleta de libertad. Cuando los presos invadieron el patio quiso apartarse, pero viendo inútiles sus intimaciones la guardia de la puerta hizo fuego. Islas se halló entre unos y otros. Una bala le penetró en la garganta. Con el rostro pegado a la reja de su celda, Revilla le vio caer. La policía montada llegó y se apoderó del edificio. Solo algunos rebeldes habían desaparecido. Los cadáveres fueron llegando al Hospital de Santo Tomás. Nada más se registró en aquella jornada gris y calurosa. En una sombra espesa brilló por encima de los cementerios el lucero vespertino.

—Será preciso pensar en nosotros —dijo Revilla a Luis Argote.

Al día siguiente fueron conducidos a la alcaldía para notificarles que su expulsión estaba acordada y debían salir del país en un plazo de cuarenta y ocho horas. Revilla tenía su plan en el cual ninguno quiso acompañarlo: irse a una región deshabitada de Venezuela, la costa de Paria, por ejemplo, o al extremo opuesto, en la Goajira, y fundar allí un pueblo, una ciudad. Pasar miserias y vegetar en el extranjero no tenía objeto cuando tan vastos territorios se ofrecían al esfuerzo humano. Él conocía la tierra profunda, el desierto, y amaba aquellas soledades.

Argote prefirió irse a Barranquilla, donde tenía amigos y podía esperar a otro Robles. Cayetano Hernández y López Franco salían para La Habana. Pero Revilla necesitaba un compañero. Solo no sentíase capaz de acometer la mayor empresa de su vida. Necesitaba algo más que voluntad. Y pensó en Ernestina. Estaba con Andrómaca y el pequeño Raúl cuando entró Pablo. Sin poder contenerse Ernestina le echó los brazos al cuello.

—¿Qué haces, Ernestina? —Ella se apartó bruscamente por temor de que vieran sus lágrimas.

Juntos podían conquistar una región entera y labrar la tierra. El capitán de un barco petrolero le había ofrecido llevarlo. Revilla tenía un día para abandonar el país y estaba acostumbrado a dejar todos los sitios, aun aquellos donde por haber sufrido se comprenden mejor y hasta llegan a compenetrarse más con nosotros mismos. La tierra en que se sufre es inolvidable.

Era ya de noche y brillaban las luces en la Avenida Central y en la bahía llena de azul, cuando Revilla fue a buscarla. Las muestras luminosas giraban en las fachadas de almacenes y *cabarets*. El Cecilia, el Kelly, el Metropole. Más allá Calidonia, el barrio negro, perdíase en una línea de luces, resplandeciente y populoso.

Ernestina pasó cerca de la cesta donde dormía el pequeño Raúl. Revilla se detuvo:

—No, él también.

Ernestina obedeció. Tomó al niño y lo envolvió. Andrómaca dormía profundamente en su asiento anonadada por el calor y la pereza.

Cable de la A.P. publicado aquella misma tarde: Honolulú, enero 10.- La aviadora norteamericana Alice Ayres que recientemente realizó el vuelo sobre el Pacífico, se casó aquí hoy con el vicealmirante Irving Friday.

El *Atabapo* salía a las diez. Desde cubierta tripulantes y pasajeros contemplaban al *Nelson*[59] acodado a los muelles. Los sones de la orquesta poblaban la noche. Se danzaba a bordo. Revilla distinguió a don Paco entre la multitud. Con una mano sostenía su copa, en la otra su boquilla de ámbar. Sonó a lo lejos una campana y siguió después el silencio. Después las voces de los prácticos y el ruido de los cables que arrastraban el buque por el laberinto de dársenas. Una lluvia de signos rojos –mástiles, torres, boyas y faros– se derramaba en la noche. El mar se coloreaba de aquel fulgor rojizo. De pies Revilla observaba junto a Ernestina mientras el niño dormía acariciado por aquellos halos. Aquella noche era la primera de su amor y de su destino.

En Trinidad fue preciso ir al consulado. Allí se tropezaron con los últimos inconvenientes burocráticos. El cónsul no conocía a Revilla. Después de un examen minucioso se negó a visarles el pasaporte. Tampoco era necesario. Se embarcaron en una goleta que debía dejarlos de paso en un lugar de pescadores, casi desierto, en la costa de Paria, mientras continuaba hacia la Margarita. La soledad escapa a la burocracia, al formulismo y vigilancia de leyes y funcionarios. La soledad es hospitalaria.

Así la tierra verde, atalayada de serranías, se ofreció desierta. Revilla la palpó con sus manos y sintió en ella la vida y el porvenir de su raza. Aquella soledad era al mismo tiempo el libro en que iba a escribir la historia de su pensamiento y de su acción y aquel libro tardaría siglos en quedar concluido.

Panamá, febrero 1931
Barcelona (Venezuela), 1932

Notas críticas

1 La mesa de Guanipa no tiene mayor relación con el desenvolvimiento de la novela, y apenas es nombrada en uno de los subtextos que se tejen al final de la trama. No obstante, una vez finalizadas las tareas diplomáticas de Núñez en Panamá, en 1931, regresó a Venezuela y fue nombrado secretario general interino del gobierno del estado Anzoátegui, región donde se asientan poblaciones indígenas kari'ñas. Él mismo afirmó que había concluido allí la escritura de la obra, a principios del año siguiente. El «yo» definido como «E.B.N.», que agrega esta locación a la ficción, es el primer acercamiento del autor implícito al propio Núñez, artificio que anticipa la complejidad de esta obra.

2 Esto es una confesión de «inexactitud interesada» de corte sarmentino, y una declarada política de «mala literatura», que radicaliza su voluntad de verdad. Además, hace toda esta sección de advertencia editorial como si fuera, precisamente, «editor» y no autor, dando inicio a un juego metaficcional que luego puede seguirse en algunas de las notas al pie, firmadas o no (incluso como si fuera nota del editor entre paréntesis), que hacen de «E.B.N.» una suerte de autor implícito ficcional y representado.

3 Núñez no fue estable en la escritura de este apellido, pues aparece «Laredo» y «Lareda». Lo hemos unificado con la segunda grafía, considerando que es la más usual. Este personaje está inspirado en el «Enviado Extraordinario y Ministro

Plenipotenciario de Venezuela» José «Pepe» Austria –como reza el documento diplomático–, ya sexagenario, quien muere en el cargo, el 11 de mayo de 1931. Fue el embajador de la legación mientras Núñez se ocupaba de la secretaría. Muy pronto surgieron conflictos y grandes diferencias entre ellos, lo que fue una de las motivaciones para comenzar la escritura de su novela, y de ahí su carga vindicativa.

4 Hay un número significativo de palabras en inglés, que remarca la influencia norteamericana en Panamá y la objetivación del mundo moderno bajo las modas y tecnologías del país del Norte. No obstante muchas de ellas hayan sido a plenitud incorporadas al castellano cotidiano, Núñez las subraya como provenientes del inglés, decisión que respetamos por su significativa carga lingüística.

5 No hemos encontrado información sobre estos ejercicios militares en el marco cronológico definido, pero pudieran ser los de 1932, lo que explicaría la presencia de la «flota negra». En diversos periódicos de España y Latinoamérica se publicó un cable de Washington, fechado el 29 de febrero de ese año, titulado «La armada yanqui, al Pacífico. Maniobras navales», donde se afirmaba, entre otras cosas: «Durante dichas maniobras una parte de la escuadra, que se denominará la flota azul, se entregará a un simulacro de ataque a los principales puertos americanos del Pacífico, mientras que la flota negra tratará de evitar que esas tentativas tengan éxito. La reunión de las dos escuadras del Atlántico y del Pacífico [199 buques de guerra] constituirá la mayor concentración de buques de guerra que se ha efectuado en el Pacífico desde el año 1919». *ABC*, Madrid, 31.03.1932.

6 Desde los manuscritos y en otros textos, el autor escribe en singular los vientos alisios.

7 Este es «El anillo de Tiberio», como titula la novela en algunos manuscritos, y que tiene condición de talismán, a la vez de ser objeto del deseo de la trama.

[8] Personajes históricos coetáneos, hubo contactos entre Carlomagno y Harum al-Raschid (o Harún al-Rashid), califa de Bagdad, quien recibió a una comitiva del primero en la búsqueda de alianzas.

[9] Ferdinand de Lesseps fue el promotor del Canal de Suez, y estuvo vinculado al Canal de Panamá, por haber participado en la primera actividad diplomática y financiera para su construcción. No obstante, sus acciones terminaron en un escándalo internacional de corrupción, pasando luego la concesión a Estados Unidos, país que lo terminó y que lo controlaría desde entonces. El infortunio de Lesseps se entiende, en la trama, como efecto de la maldición del anillo, por haber sido él quien lo llevara a Panamá y «lo baja a la realidad» de la historia narrada, es decir, quien lo trae a la trama de la novela.

[10] El anillo de Tiberio ha sido a menudo comparado con el de Ramón Leiziaga, protagonista de *Cubagua*. Sin embargo, lo que aquí es una variada sucesión mundial de personajes, países y culturas, en la novela anterior es una peculiar genealogía de la hegemonía venezolana, que cruza diversos hechos culturales y económicos.

[11] Este es fray Vicente de Valverde, dominico español que acompañó a Francisco Pizarro en la conquista del Perú, protagonista del nefando «diálogo de Cajamarca», en 1532, con el inca Atahualpa, quien rechazó la divinidad de la Biblia. De inmediato, el indígena fue secuestrado por los conquistadores y, no obstante haber pagado el desproporcionado rescate en oro y objetos preciosos, fue acusado de idolatría y asesinado con crueldad.

[12] Este trozo del *Apocalipsis* es el de la caída de Babilonia, y sugiere que la historia que escribe Herr Camphausen termina, en sentido simbólico, al final de los tiempos.

[13] Como puede apreciarse, Silvela hace una doble operación de edición con el texto leído por Camphausen, equivalente a la de «E.B.N.» con el texto de Silvela.

[14] Como es ya evidente, Herr Camphausen concibe una historia predictiva, por lo que Miliani lo llama «profeta del pasado». («*La galera de Tiberio*. Sinopsis de una interpretación» [1971], en *Prueba de fuego*, Caracas, Monte Ávila, 1978, p. 106).

[15] En esta narración del «pasado de un futuro», hay que hacer énfasis en las ruinas para arqueólogos de un «futuro del futuro», que tendrá relación con las reflexiones del narrador, más adelante, en torno a las antigüedades y la tienda La Galera de Tiberio.

[16] No deja de ser inquietante esta equivalencia entre comunistas y cristianos primitivos, más allá de que Tiberio haya sido el emperador romano de la época de Cristo. Si bien es claro que Núñez no fue comunista, y hasta existe un artículo en el que ataca de manera virulenta la distancia entre ideología y práctica que les atribuye, en este texto los coloca como fuerza contrahegemónica y futuro sujeto de la historia. Dato interesante para este énfasis, es que el Partido Comunista de Panamá fue fundado en 1930, es decir, durante su estancia en el Istmo. Como se ve a continuación, la trama anticipa el macartismo en Norteamérica, que se iniciaría veinte años más tarde.

[17] Aquí el autor logra historiar el futuro real, adelantándose a lo que sucedería durante la II Guerra Mundial en los campos de concentración nazis, donde se asesinaron no solo a millones de judíos, sino a toda la resistencia, en particular comunistas, y a muchos otros de procedencia subalterna: negros, gitanos, homosexuales, etc. También hay que recordar las muertes masivas en los Gulags y cárceles estalinistas, en particular durante la década de 1930. Orlando Araujo lo resume así: «Adelanta una visión espeluznante de ese futuro que ve salir de las retortas del pasado. Su alquimia del tiempo y de la historia le dio el oro de la predicción: el profesor Camphausen, un organicista de la evolución social, prevé, con acierto admirable, la época de represión y de violencia que azotará la tierra...».

Narrativa venezolana contemporánea, Caracas: Tiempo Nuevo, 1972, p. 115.

[18] Escrito en inglés, quizás para indicar que Otranto estaba acompañado de la flota norteamericana, nombrada al inicio de la trama.

[19] Las siglas corresponden a «General Director of Universal Museums» en inglés.

[20] Significativa referencia a José Martí.

[21] Gracias a uno de los manuscritos, se puede precisar que habla del siglo xx.

[22] Camphausen ha desarrollado la historia del futuro sobre la historia del pasado, Roma-Medioevo- Renacimiento, a lo que habría que sumar su propia sentencia para decir que ese futuro, entonces, formaba parte de los «tiempos parásitos que viven del pasado».

[23] Hasta donde sabemos, solo Calidonia es un barrio real de Ciudad de Panamá. Los otros nombres, que simulan ser parte de la misma, hacen una extrapolación como ciudad-mundo.

[24] Solo aquí se hace evidente el contraste que hay entre Ernestina, que es el amor, y Miss Ayres, que se muestra como Atenea, por el casco de oro con que el narrador compara su cabellera.

[25] El autor, a todo lo largo de la narración y en muchas de sus obras, defiende la equivalencia entre las grandes culturas del pasado, en este caso, las babilónicas y la maya.

[26] En sucesivas correcciones del escrito fue eliminando referencias a las drogas, igual que en *Cubagua*. Sin embargo, no deja de llamar la atención que aquí señale su dañina influencia, en particular, sobre las prostitutas. Por un lado contribuyen a paliar su vida casi de esclavas, como también son el ingrediente fundamental para la aceptación del dominio y la explotación que se ejercen sobre ellas, como grupo más débil de la sociedad que se muestra la trama. Luego aparecerán también drogas en la cárcel.

[27] Diferimos de Alexis Márquez Rodríguez, quien afirma: «Referencia a invasiones y alzamientos contra Gómez que no ocurrieron, pudiendo poner lo que sí [...]. Le resultan innecesarios, igual que nombres de ciudades». De seguro, el crítico no asoció a Robles con Arévalo Cedeño, uno de los más aguerridos enemigos del gobierno dictatorial venezolano, quien inspiró este personaje novelesco. «Invadió» sin éxito y varias veces el país, precisamente por el Arauca, estuvo en Panamá y coincidió, incluso, con la estancia allí de Núñez. «Enrique Bernardo Núñez», en *Historia y ficción en la novela venezolana*, Caracas: Monte Ávila, 1991, p. 175.

[28] Asoma aquí el lugar común de los anarquistas como hombres de arrojo y melena, capaces de sacrificarse en atentados libertarios. Podríamos pensar alguna relación con el anarquismo internacional que concluye con la Guerra Civil Española, en particular, como consecuencia de la acción asesina del partido comunista, que fue instigada por los estalinistas dentro de las filas plurales de los republicanos, hecho determinante en la derrota de la República, en 1939.

[29] Los grandes conspiradores en contra de Gómez eran hombres a caballo y peonada, generales de la contienda, el alzamiento y la guerrilla de entonces; además de Arévalo Cedeño, Maisanta, «el Mocho» Hernández o el mismo «Tuerto» Vargas (véase nota siguiente). Sin embargo, también pudiera recordarse a Bolívar, quien «conquistó» a caballo la libertad americana.

[30] Es posible que este personaje estuviera inspirado en el ingeniero y general Roberto Vargas. Conocido como «el Tuerto» Vargas, participó en la insurrección de Manuel Antonio Matos en contra de Cipriano Castro. Juan Vicente Gómez lo nombró su primer ministro de Obras Públicas, cargo que ocupó hasta 1909. Vargas tuvo a José Rafael Pocaterra como secretario en ese cargo, así como cuando fue gobernador del estado Guárico, poco más tarde. Inspiró también el personaje

Juan Crisóstomo Payara, de la novela *Cantaclaro* (1934), de Rómulo Gallegos.

31 Esto luce caprichoso, pero puede ser un juego de palabras con la profesión de Silvela, el narrador de la novela. No obstante y en realidad, los agentes viajeros sirvieron a la subversión en los días de Gómez traficando armas y moviendo información, aprovechando la condición andariega del oficio y por tener, de manera natural, relaciones en todo el territorio nacional.

32 Tal vez se insinúe con esto la diferencia entre los revolucionarios antigomecistas, o antidictatoriales en general, y los revolucionarios comunistas.

33 El cambio de edad, de 25 a 32 años, que se verifica en el estudio de los materiales pretextuales, y el que Núñez haya llegado a Colombia poco antes de la huelga bananera, lo acercan a Revilla, quien rehace el recorrido «diplomático» del autor y, en parte, justifica la inspiración como personaje en la vida de Pío Tamayo. Éste, formando parte de los grupos de oposición al gobierno de Gómez, participó en la fundación del Partido Comunista Cubano. Luego, en Barranquilla, fundó la organización revolucionaria marxista Unión Obrera Venezolana, y en Panamá fue parte de la huelga de inquilinos de 1925, siendo luego detenido y expulsado. Ya en Caracas, formó parte del grupo organizador de la Semana del Estudiante, de 1928. Luego de esto, cae preso en Castillo Libertador, de Puerto Cabello, que también es nombrado en la trama. Murió poco más tarde. Véase Raúl Agudo Freites, «Pío Tamayo», *Diccionario de historia de Venezuela*, Caracas: Fundación Polar, 1995 (multimedia).

34 Desconocemos las fuentes a las que acudió Núñez sobre estos eventos. Si bien, hay constancia de que Núñez pasó algunos días de diciembre en las cercanías de Santa Marta, no tuvo tiempo suficiente para recoger información en la propia Colombia, ya que a principios de diciembre fue nombrado

secretario de la Legación Venezolana en La Habana. Quizás se apoyara en la investigación que hizo Jorge Eliécer Gaitán, expuesta en su debate ante la Cámara de Representantes colombiana, en septiembre de 1929, pero tampoco se sabe cómo se enteró tan rápido de ella. No obstante, en el texto resuena información fundamentada.

35 El párrafo cifra el destello inicial de Núñez, el motivo del cual desarrolla su novela: la necesidad de revelar y denunciar hechos tergiversados por la historia oficial, que ocultan la violencia y el atropello del Estado. Al mismo tiempo, la razón ética y estética inscrita en la manera de contarlo. Es decir, de aquí surge la propuesta de hacer literatura contra literatura, verdad cruda contra falsedad elaborada, lo que está en el fondo de su propuesta de «literatura imperfecta». Esta puede relacionarse con el testimonio planteado como género subalterno, en particular, en Latinoamérica durante los sesenta y setenta, como propone John Beverley («The margin at the Center: On Testimonio», en *Against Literature*, Minneapolis: U. P., 1993, pp. 69 *et passim*); y con el neorrealismo italiano, que tuvo marcada influencia en el cine continental de esas mismas dos décadas. En fin, también ayuda a explicar la relación entre título y subtítulo de la obra: la novela histórico-fantástica como ficción, y la crónica como «pretensión de realidad».

36 Este personaje rememora al médico venezolano José Rafael Wendehake, exiliado en Panamá durante 20 años, que fue autor de varios libros de corte histórico y ensayístico, entre otros, sobre Simón Bolívar, Simón Rodríguez y sobre el libertador de Panamá José de Fábrega. Brindó apoyo económico a diversos proyectos conspirativos en contra de Gómez. *Diccionario de historia de Venezuela*, ob. cit.

37 Galicismo empleado por Núñez derivado de *mésalliance*, que significa «mala unión matrimonial» con un miembro de clase inferior.

[38] Hay que hacer énfasis en el empeño del autor en distinguir las cualidades éticas de los revolucionarios. La novela presenta, así, un muestrario que va de la honesta y profunda actitud de Revilla, la ingenua y sacrificada de Lobo o de Palma (dos nombres vinculados con lo natural), a toda una gama de oportunistas y estafadores intelectuales, «revolucionarios personalistas» como el doctor Wendano y Bache.

[39] No debe soslayarse lo de «construir antigüedades» de las civilizaciones americanas como mercancía para turistas, que es un falseamiento de la vigencia significante del pasado, como se señala en la trama, mientras que los objetos arqueológicos auténticos terminan secuestrados en museos norteamericanos.

[40] La palabra francesa es «toilette», aquí castellanizada y utilizada como vestimenta femenina.

[41] Refiere la presencia de Francisco Pizarro en camino a la conquista del Perú, junto a trece compañeros, en espera de la ayuda que debía llegarle de Panamá. Al mismo tiempo, marca el pasaje de los buques de vuelta, con destino a España, cargados con la riqueza saqueada al «imperio» de los incas. Por tanto, la derrota no es la de Pizarro, sino la de los indígenas americanos.

[42] Esta crítica y rechazo es quizás una de las más duras al propio oficio diplomático que Núñez desempeñaba en ese momento, y que, por tanto, cobra sentido de denuncia.

[43] Como en otras partes de la novela, las palabras de Herr Camphausen recuerdan *Cubagua*, en particular las de fray Dionisio de la Soledad.

[44] Beethoven no compuso réquiem alguno, sino una *Missa solemnis*.

[45] No se entiende quién es esta «amiga», pero pudiera ser la misma Miss Ayres, convertida entonces en objeto del deseo también de Xavier Silvela, el narrador representado. Pensamos que aquí surge una voz cercana al autor implícito, de nuevo extrañamente representado.

[46] El «tirano Chía» no puede ser otro que Juan Vicente Gómez.

[47] Este «talismán terrible» sugiere ser el mismo anillo de Tiberio, entonces en manos de un Morgan que atraviesa los siglos. Es la permanencia del colonialismo «por medios distintos».

[48] La acotación a su boca desdentada en la que sostiene largas boquillas de mármol o ámbar, radicaliza la imagen esperpéntica y contradictoria del diplomático en decadencia, que se muestra a la vez como un personaje aristocrático y como un mendigo, como si resumiera en sí mismo el momento de crisis.

[49] Este nombre no está en el resto de la novela, y apenas se incluye en uno de los manuscritos, donde aparece como Ludovico Castrovido.

[50] Alusión a su doble, el pirata Morgan.

[51] Luego de esta última mención del anillo, vinculado al poder mundial, no se esclarece su destino y, por tanto, el del «poder» mundial que propicia. En los primeros estadios de escritura, Núñez pensó hacerlo pasar a manos de «la clase proletaria», aunque fuera simbólicamente en las palabras de Revilla, con un optimismo revolucionario un tanto exagerado a esta altura de la trama, pero significativo para el debate ideológico en que se encontraba el autor.

[52] Llama la atención su énfasis en el mundo asiático, a todo lo largo de la novela, si bien no está exento de estereotipos. De este modo, anticipa el interés de la narrativa latinoamericana por rescatar su participación en el tramado social, en particular en el Caribe. Li Foo es parte de una marginalidad múltiple, con tensiones internas evidentes, que revelan racismo y xenofobia dentro de la propia subalternidad latinoamericana, pero que para el autor es un ingrediente constitutivo y en proceso de integración. Así, se presenta Oriente como una de las dos caras continentales (y no lo indígena y lo español), como señala en varias ocasiones el narrador al principio de la trama.

[53] Es coherente que se sepa ahora que Miss Ayres es aviadora, como Morgan había sido navegante, en una actualización tecnológica también de la práctica pirata. La relación aire-tierra que atraviesa toda la trama se expresa, además, en la idea de la galera fantasma como una suerte de portaviones.

[54] La versión de Daza sobre la huelga bananera es opuesta a la de Revilla. En muchos sentidos, es un cínico recorrido que enfrenta la posición de la diplomacia, que hubiera debido ser la de Núñez como secretario de la legación venezolana, a la del inspirado revolucionario y protagonista con quien se identifica el autor.

[55] Se hará, entonces, el viaje fáustico anunciado, pues el avión que toman no sirve para explicar las experiencias que a continuación se describen, confundiendo espacio y tiempo. Este texto aporta una dimensión ritual, una experiencia de transformación, pero también un especial recorrido dantesco, de ahí la presencia de diversos guías en ascenso: Apolonio, Santos Pesado, Tamanaico, el piache.

[56] Este es otro personaje tomado de la realidad, el ya entonces centenario Leonardo Tamanai'sho o Tamanaico, chamán y líder de la etnia kari'ña.

[57] Una vez más, Núñez refleja su circunstancia inmediata, como puede seguirse en las variantes genéticas correspondientes a este párrafo. El nombre oculta el del presidente del estado Anzoátegui, Antonio José Castillo, de quien era entonces secretario. Todo termina, en pocos meses, debido a discrepancias políticas que lo hicieron abandonar el cargo, arriesgándose a ser encarcelado, y entrando, desde entonces y por varios años, en una crítica situación económica, por no encontrar ya más trabajo.

[58] Lo de rasgar «el secreto de la tierra» contrasta con la interpretación que ha hecho la crítica de *Cubagua* (tornándolo casi un significante vacío), como deuda, silencio, pérdida, ya que aquí aparece con sentido positivo.

[59] La doble presencia de barcos, el *Atabapo* y el *Nelson*, equivale a los dos que surcan también el final de *Cubagua*. Sendos protagonistas salen navegando de sus tramas hacia destinos que apenas comienzan. Y una extraña conexión invertida se ratifica cuando Revilla se dirige a Trinidad en un petrolero, y luego sigue en una goleta con destino a Margarita; mientras que el barco de Leiziaga sale de Margarita en dirección al Orinoco (a donde se había encaminado el narrador Silvela), pero tiene como puerto final Trinidad. Si en *Cubagua* «todo estaba como hace cuatrocientos años», aquí todo «tardaría siglos en quedar concluido». La primera novela mira al pasado; la segunda, al futuro.

ENRIQUE BERNARDO NÚÑEZ

Nació en Valencia, estado Carabobo, el 20 de mayo de 1895. Se trasladó a Caracas en 1910. Inició en 1916 sus colaboraciones en periódicos nacionales, actividad que lo convertiría en una incómoda «conciencia social» de su época, y que lo llevó a prisión durante la presidencia de Eleazar López Contreras. Ocupó cargos diplomáticos y acompañó en Margarita al escritor modernista Manuel Díaz Rodríguez, presidente del estado Nueva Esparta en 1925, para fundar el *Heraldo de Margarita*, el cual dirigió hasta febrero del año siguiente. Allí concibió su más importante obra, *Cubagua*, si bien la escribiría entre 1928 y 1930, y la publicaría un año más tarde en París.

Su proyecto narrativo lo completan algunos cuentos, en particular, los tres relatos de *Don Pablos en América*, escritos en la década de 1920, pero publicados solo en 1932. Sus otras novelas concluidas fueron *Sol interior* (1918), *Después de Ayacucho* (1920) y *La galera de Tiberio* (1938).

Entre sus trabajos de corte histórico destacan *El hombre de la levita gris. Los años de la Restauración Liberal* (1942), *Tres momentos en la controversia de límites con Guayana* (1945), *Miranda, o el tema de la libertad* y *Juan Francisco de León, o el levantamiento contra la Compañía Guipuzcoana* (1950), *La estatua de El venezolano: Guzmán o el destino frustrado* (1963), así como textos vinculados con su desempeño como primer cronista de la ciudad de Caracas, a partir de 1945 (y hasta su muerte, apenas con una breve interrupción). En ese cargo escribió uno de sus libros más conocidos, *La ciudad de los techos rojos. Calles y esquinas de Caracas*, en 1947, con el cual obtuvo el Premio Municipal de Literatura

un año más tarde, coincidiendo con su incorporación como individuo de número de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela.

Muchos de sus artículos periodísticos fueron en realidad enjundiosos ensayos sobre los más variados temas, los que seleccionó para su publicación, en particular, en *Viaje por el país de las máquinas* (1954), sobre su experiencia en los Estados Unidos, y *Bajo el samán* (1963), una suerte de testamento intelectual. Murió en Caracas, el primero de octubre de 1964.

ALEJANDRO BRUZUAL

Egresado de la Universidad Central de Venezuela, es PhD en Literaturas Latinoamericanas de la Universidad de Pittsburgh, Pensilvania, y profesor ejecutante de guitarra de la Escuela de Música Pablo Castellanos, en La Guaira. Se ha dedicado al estudio de la guitarra latinoamericana y al tema de las vanguardias históricas en el continente, en particular al análisis y edición crítica de la obra de Enrique Bernardo Núñez. Cuenta con más de veinte libros publicados, algunos de los cuales han sido traducidos a otros idiomas, y ha recibido premios en las menciones poesía, investigación literaria, musicológica y cinematográfica. Fue profesor de la escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela, y miembro fundador y presidente de la Sociedad Venezolana de Musicología. Es investigador de planta del Centro de Estudios Latinoamericanos y del Caribe Rómulo Gallegos.

ÍNDICE

Presentación 7

Nota editorial 15

La galera de Tiberio
Crónica del Canal de Panamá
Enrique Bernardo Núñez 17
El editor al lector 21
Primera parte 23
I 23
II 29
III 47
IV 62
V 75
Intermedio 81
Segunda parte 83
I 83
II 90
III 98
IV 107
V 117
VI 123
VII 141
Notas críticas 147
Enrique Bernardo Núñez 159
Alejandro Bruzual 160

La galera de Tiberio.
Crónica del Canal de Panamá
Se imprimió en el mes de noviembre de 2026
en Caracas,Venezuela

· Colección Continentes ·

Concebida originalmente para recoger la mejor producción narrativa venezolana y latinoamericana de todos los tiempos, Continentes se ha ampliado para incluir también la obra de los narradores más representativos de otras regiones del mundo.

· Otros títulos en esta colección ·

La vida de un muerto
Óscar de la Borbolla

Pie de página
Humberto Mata

Trilogía de Caracas
José Negrón

No todos los cíclopes nacen ciegos
Sol Linares

El simulacro de los espejos
Vicente Baptista

• Colección Continentes •

Una galera fantasma persigue naves de guerra norteamericanas por el Caribe. Un anillo mágico pasa el poder del mundo de la leyenda a la ficción. Una historia del futuro sobre el pasado imperial romano anuncia el macartismo en los Estados Unidos, veinte años antes. Un viaje fáustico del Canal de Panamá a la mesa de Guanipa revela la violencia dictatorial gomecista. Son subrelatos de la trama de esta compleja obra, entre oracular y biográfica, que Enrique Bernardo Núñez desarrolla a la par de su escritura, entre 1930 y 1932. Se recrea aquí la inquietud social provocada por la crisis de la Gran Depresión en Venezuela, Colombia, Cuba y Panamá, a través de políticos internacionalistas y diplomáticos inspirados en personajes reales. Sobre todo, destaca el haber convertido la matanza bananera de Ciénaga, en manos del ejército colombiano en 1928, en el hecho generador de su estética, inscripción y denuncia que se adelantan a *Cien años de soledad* en más tres décadas. Testimonio, novela social de vanguardia, neorrelismo *avant la lettre*, esta es una de las creaciones más singulares de toda la literatura latinoamericana.

9 789800 126967

MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura